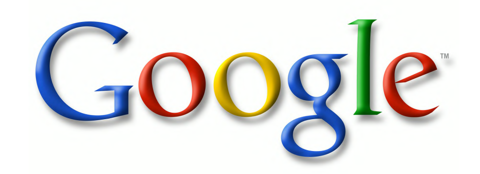
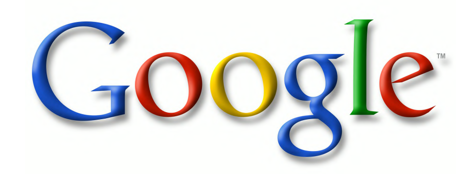
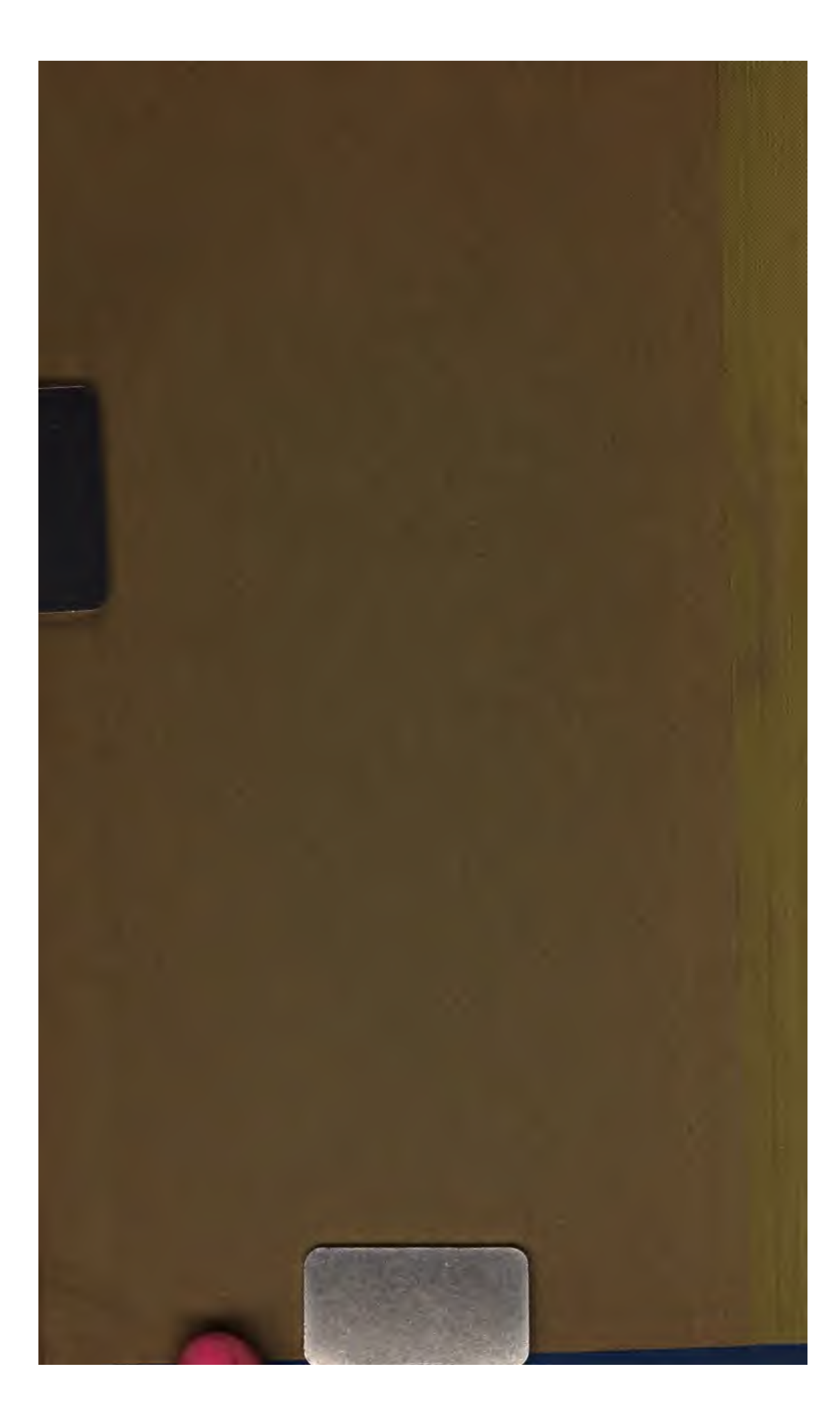




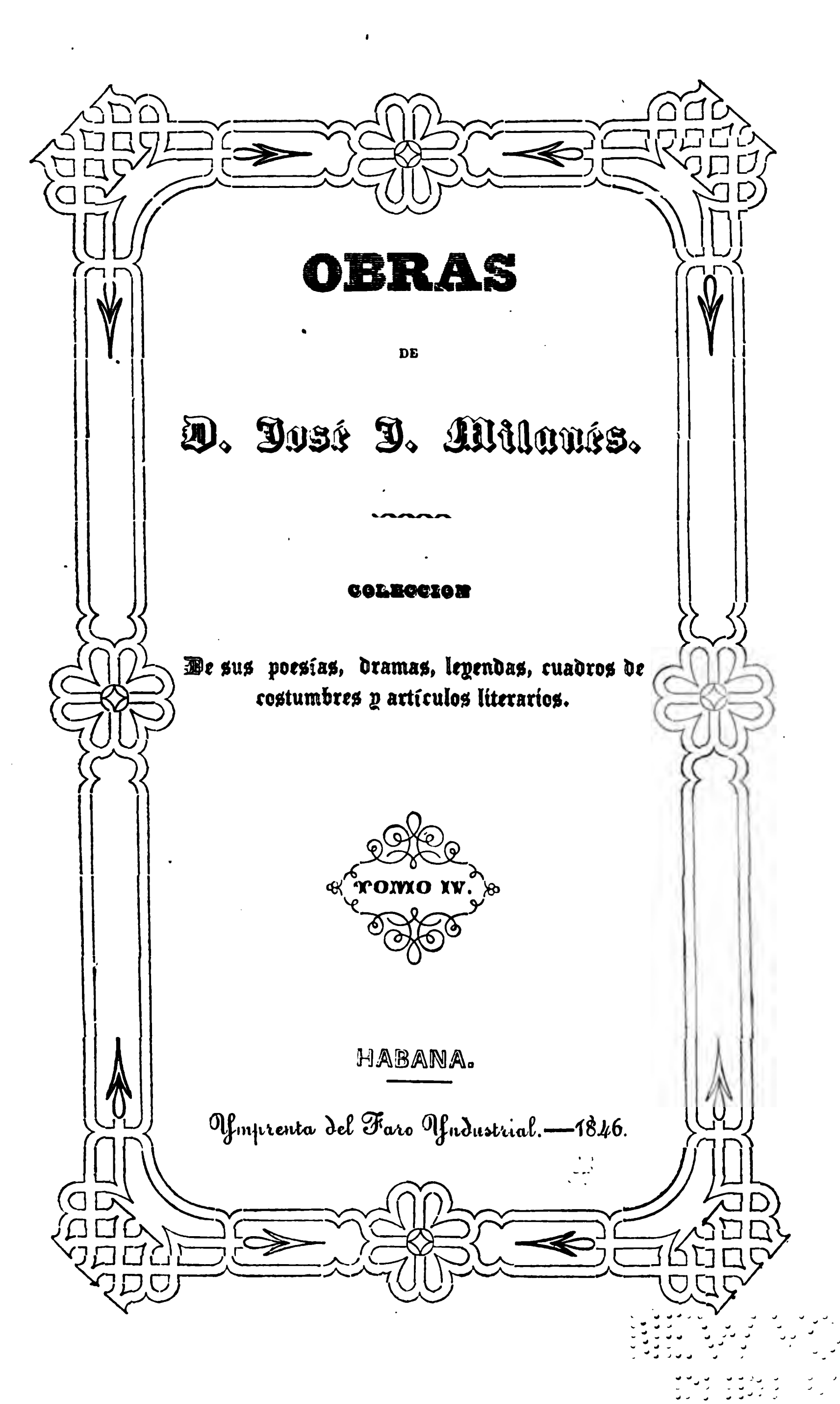

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07437076 2




V.4
NPW
Milanés



OBRAS DE MILANES.



OBRAS

DE

D. José J. Milanés.

COLECCION

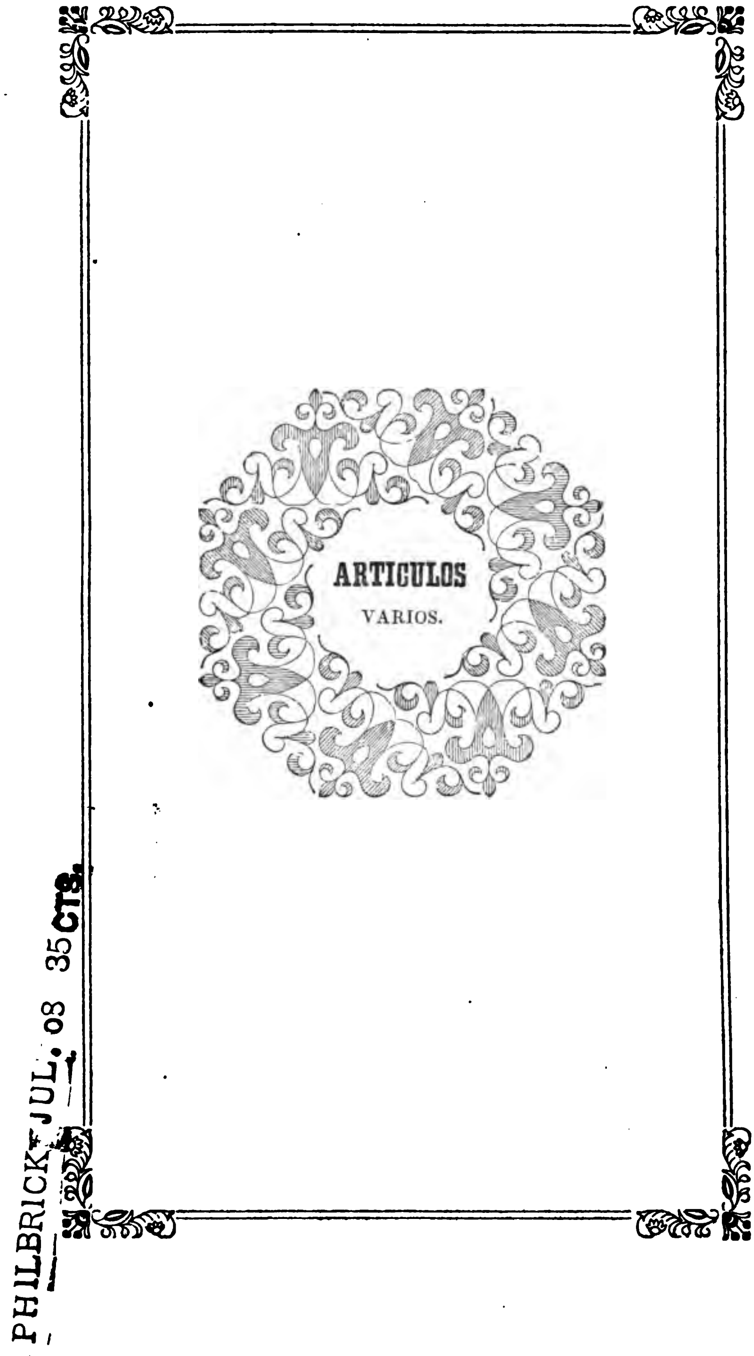
De sus poesías, dramas, leyendas, cuadros de costumbres y artículos literarios.

TOMO IV.

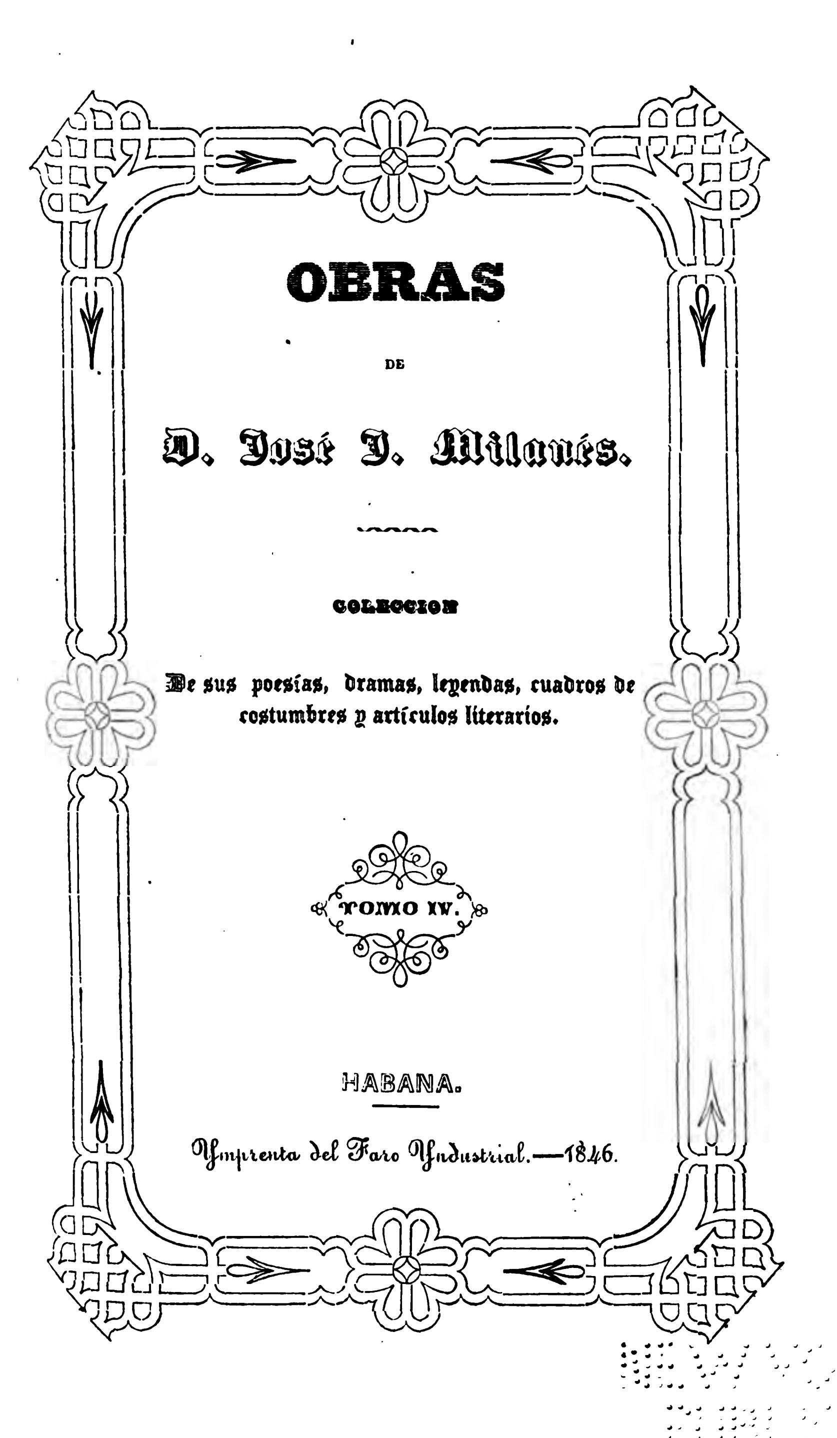
HABANA.

Imprenta del Faro Industrial.—1846.




ARTICULOS
VARIOS.

OBRAS DE MILANES.



OBRAS

DE

D. José J. Milanés.

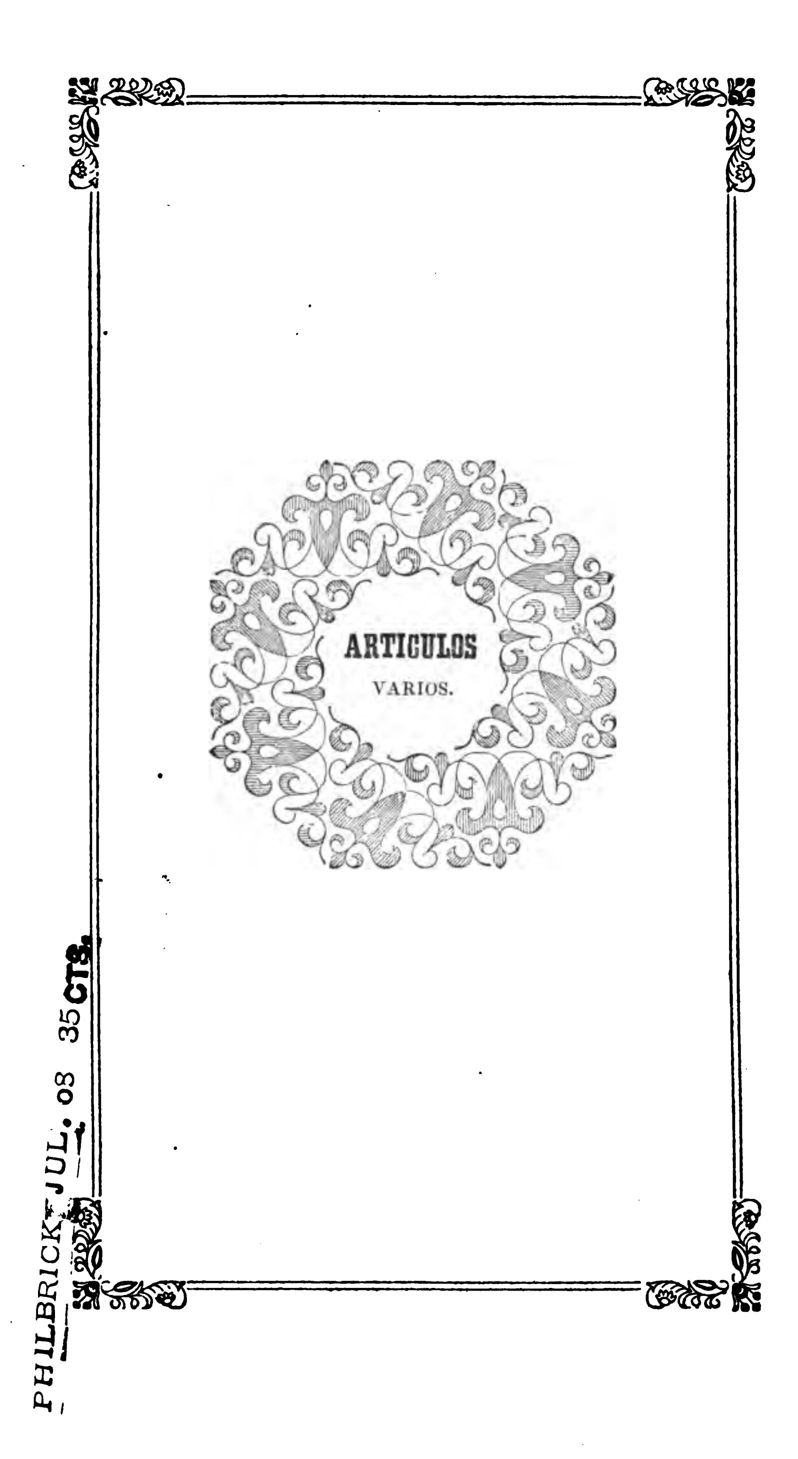
COLECCION

De sus poesías, dramas, leyendas, cuadros de costumbres y artículos literarios.

TOMO IV.

HABANA.

Imprenta del Faro Industrial.—1846.


ARTICULOS
VARIOS.

DEL DRAMA MODERNO.

El Público.—El Clásico.—El Romántico.—El Poeta.

Clás. ¿Quiere usted, señor poeta, acertar en sus tentativas dramáticas?

Poeta. Ya se vé que sí.

Clás. Pues respete usted las reglas.

Rom. Quebrántalas, poeta, si aspiras á ser injenio peregrino.

Clás. Esa peregrinidad que dice el señor, es extravagancia neta á los ojos del cuerdo. No me amalgame usted jamas la risa con el llanto. El drama que usted conciba, ha de guardar un semblante serio ó festivo desde su principio hasta su fin. Todo separadito. Así caerá usted en gracia á la buena crítica, y será su obra toda racionalidad.

Rom. Pero no verdad. Al injenio olvidadizo que no echa de ver la union estrecha que en este mundo tienen lo sublime y lo grotesco, las lágrimas y la risa, la desaprobacion universal le probará mejor que no el *visto bueno* de las academias, que sus concepciones,

hijas de una deduccion sistemática, se alejan de la verdad como la tierra del cielo. Demas que en un cuadro han de existir sombra y luces, delicadamente ligadas, para que el cuadro reproduzca el tipo natural.

Clás. Con mi método, descenderá usted á una moral única y constante.

Rom. Con ese método moralizará usted siempre sin ser moral. Las palabras son menos influentes que los hechos.—Un apoyar la frente sobre la losa del sepulcro maternal, y un deshacerse en lágrimas silenciosamente, dicen mas al corazon que cualquier apóstrofe elejíaco por florido y elegante que sea. ¿Será la virtud adorable por que usted me lo diga, ó porque yo la veo combatir animosa contra el vicio?

Clás. Aunque parece que el señor arguye discretamente, no haga usted caso. Huya usted de esos espectáculos sangrientos y espantosos que nos ofrecen las tablas modernas. ¿Le da á usted por lo serio? Revolver previamente las poéticas de Luzan y Martinez de la Rosa para componer trajedias; pero no trajedias en que estomague la pintura del vicio, sino escritas con decencia teatral, y cuya catástrofe sea el puñal ó el veneno, medios decorosos y estilados entre jente culta. Si así se hiciesen, cuando la escena las vivifique, oirá usted....

Rom, Los silbidos populares, lanzados muy equitativamente contra un jénero despopularizado. Y eso de hermosear el vicio me parece tan malo como afear la virtud.

Clás. Si á dicha es usted burlon, urda comedias tales como las compuso Moratin.

Rom. Moratin no alzará el espíritu mas que á miras caseras, y el siglo XIX exije un drama tan osadamente filantrópico, como el que se debe dar á una sociedad necesitada y anhelante. Ahí están los siglos medios, en que el hombre habla y siente de un modo tan poético, y aun se viste con mas bizarría que nunca. Désenos un drama esencialmente cristiano, exteriormente maravilloso, en que se pinte la pasion tan voluntariosa y descomedida como entónces era, y desprendido el co-

razon del adormecimiento mortal en que le iba hundiendo el irónico y atroz egoismo de los filósofos materialistas, simpatizará con todo lo que es alto y magnífico, y volveremos siquiera á ser hombres.

Poeta. Luego ¿para quien debe ser mi pluma?

Clás. Para los que discurren.

Rom. Para los que sienten.

Clás. Trate V. de seducir la razon.

Rom. De cautivar el alma.

Poeta. ¿Y no habrá un tercero que os concilíe?

Públ. Yo soy ese tercero.

Poeta. ¿Y cómo los conciliarás?

Públ. Escribiendo tú para mí solo.

Poeta. Eres tú clásico ó romántico?

Públ. Ni romántico ni clásico. Soy el Público.

Poeta. ¿Cuál es el jénero que te gusta?

Públ. Lo bueno.

Poeta. ¿Y eres infalible?

Público. Como la verdad. Aplaudo ó silbo, porque el silbido y el aplauso son los últimos resultados de las reyertas críticas.

Poeta. ¿Y no te vimos ya silbar concepciones magníficas.

Públ. Habría de por medio algun poder mas influente que el poder social.

Poeta. En fin, señor clásico, decidido á componer un drama, ¿qué costumbres debo pintar en él?

Clás. Costumbres modernas.

Rom. Costumbres antiguas.

Públ. Costumbres morales.

Poeta. ¿Y como haré para que mis máximas doctrinarias sean inequívocas y convenzan?

Clás. Pintando hechos virtuosos, que sirvan de norma al auditorio.

Rom. Pintando hechos criminales, para que el auditorio escarmiente.

Públ. Pintando buenas y malas acciones en un cuadro lleno de verdad, pues la virtud y el vicio nunca demuestran tanto su peculiar hermosura ó fealdad, como cuando se ponen en contraste.

Clás. La virtud es bella cuando triunfa.

Rom. Y bellísima cuando sucumbe.

Públ. Luego la consecuencia moral de toda obra, es establecer que no hay victoria para el crímen.

Poeta. Y es decir que ya son conciliables las opiniones de Vds.?

Clás. y Rom. ¿Cómo?

Poeta. Si yo compongo un drama caballeresco, en que campéen atroces acciones, hijas de preocupaciones antiguas, y cuya moral sea poner de manifiesto el adelanto que la civilizacion cristiana ha traido á las costumbres modernas, ¿qué hará el público?

Públ. Aplaudiré.

Rom. ¿Y qué dirán ahora los señores clásicos?

Clás. Diremos...

Poeta. Yo responderé por Vds.—Y si tejo una accion sacada de las costumbr es del dia, compuesta de hechos que risibles en la apariencia, son horrendos en el fondo, para demostrar lo que aun no ha desterrado de nosotros la civilizacion cristiana, ¿qué hará el público?

Públ. Aplaudirte.

Clás. ¿Y qué dirán ahora los señores románticos?

Poeta. Que solo hay un drama; único y constante en su esencia moral; vario en su forma, como son varios la historia y el mundo; y ya relate acontecimientos pasados ó presentes, ha de pintar al hombre exterior y al interior de todas edades, presentando expresa ó tácitamente una deduccion moral, que grabada en la memoria, nos saque de esta impasibilidad calculada en que yacemos, y nos empeñe en altas mejoras sociales.

1838.

REFRANES DRAMATICOS.

Si hemos sorprendido al benévolo lector en uno de aquellos largos ratos de ocio, tan favorables al escritor articulista, porque el estilo de este tiene entónces el hermoso don de presentarse rozagante y poético á los ojos de aquel, permítasenos pues, que utilizando su dócil complacencia, entretengamos la holganza de sus facultades mentales con una idea lijera y desnuda de gravedad filosófica, pero tan cierta y tan existente como los millones de millones de hermanas suyas, que son moradoras de la admirable fábrica del cerebro.

Y ántes que abordemos la materia, parece muy consiguiente y muy justo que expliquemos al que extrañe el título de nuestro discurso, la razon de haberle adjudicado este y no otro, siquiera porque no entremos desde el principio por extrañezas inexplicadas; y tambien en atencion á lo que dicta la ley de la buena crítica, que todas las composiciones lleven un título exacto, propio y adecuado; no caprichoso, extravagante y mal discurrido, y

por consecuencia ridículo, como lo suelen ser en el pais de las palmas y de los aguacates, los *títulos* de algun ricacho, que porque le sobran las talegas piensa que le hacen falta las condecoraciones aristocráticas; y atento solamente á titular, no tiene reparo alguno en cargar con las estrambóticas denominaciones de marques del *Manglar*, ó conde de la *Turraya*, ó vizconde de las *Guavinas*.

Larguísima es la familia de los refranes, dificilísimo el completo deslinde de sus derivaciones y orígen, y á este tenor fuera interesantísimo poner de manifiesto el influjo que ejercen sobre la índole del idioma, y sobre tantas creencias y opiniones sociales.

Lamentemos debidamente la falta que nos hace un hábil y experto filólogo, que á la manera con que el naturalista separa y clasifica las distintas especies de los tres reinos animal, vejetal y mineral, recojiese, separase y clasificase tantos millares de adagios y proverbios españoles; dando, si puede decirse así, una noticia biográfica de cada uno de ellos, demostrando los que nacieron en épocas antiguas y han muerto y sepultádose en la nuestra, y los que con tres ó cuatro siglos de vida existen lozanos y vigorosos, y probablemente no fenecerán mientras se mantenga en pie la lengua de la que son hijos. Entre la asombrosa muchedumbre de individuos de esta inagotable especie, existen algunos, y estos llevan consigo un sello de eternidad indestructible, tan orijinales por el colorido y forma, que yo, mirándolos y remirándolos con la minuciosa atencion de un anatómico sereno y pacienzudo, los vengo á considerar ni mas ni menos que como unos cuadros dramáticos, lo mas en miniatura que es dable figurarse: pero llenos y acabados, con su exposicion, enlace y desenlace, y por consiguiente con su idea moral, la cual viene á ser el mismo refran visto en todas sus partes. Y estas moléculas orgánicas de la filosofia del idioma, súfraseme esta determinacion nueva pero no falta de verdad, son las que me han parecido que podrían llamarse prudentemente *refranes dramáticos*.

La verdad del nombre no disminuye en un ápice la verdad del hecho; y si el lector tiene la bondad de re-

novar su atencion, como puede hacerlo con un pagaré que le brinde seguridad y provecho metálico, amplificaré mi idea, sacando de una de las muchas celdillas del magin un lío de observaciones, que no tengo embarazo alguno en presentar tales como me ocurrieron, seguro de que no harán tal vez un papel demasiado infeliz en algun futuro repertorio de curiosas investigaciones sobre el genio de nuestra sonora lengua castellana.

Para dar una prueba de la esencia dramática de muchas de las innumerables locuciones proverbiales que andan en boca de la gente rústica de España, hablistas castizos de nuestra adulterada lengua, séame lícito transcribir seguidamente tres de ellos, acompañándolas de breves notas, en corroboracion de mi aserto. Y para no detenernos, abramos por donde quiera una coleccion de refranes: examinemos el primero que nos venga á la mano, supongamos este.

"*Albricias, madre,*
Que pregonan á mi padre."

y hallaremos en él un perfecto cuadro dramático. En las siete palabras que le componen encuentro pintada una aldea, porque el tono y la intencion del refran revelan costumbres rústicas; y no es la casa indeterminadamente, sino la sala de ella, porque el personaje que habla y el que escucha debe suponerse que se hallen en la pieza mas cercana á la puerta, para que haya verosimilitud de que oigan el mencionado pregon. Los interlocutores que aparecen en la escena son una muger ya provecta, y una niña que es la personificacion de la simplicidad, por las palabras con que se expresa. Los afectos desplegados en este cuadro, el *non plus ultra* de los cuadros pigmeos, son la sorpresa de la madre, y el alborozo inocente y sencillo de la hija, que viene á pedir parabienes de lo que debiera estar pesarosa. Tambien figuran, aunque de bastidores adentro, el pregonero y su comitiva que han de pasar la calle, cuando la doncella salta con aquel dicho lleno de frescura y originalidad aldeanas. Y no dejemos en el tintero la figura verdaderamente teatral del padre, que sin

presentarse en la escena se atrae el interes del espectador leyente, porque es un ser que merece el vivo cariño de la matrona y la jóven, y al mismo tiempo se ofrece bajo un colorido cómico y grotesco: la justicia le persigue probablemente por alguna bellaquería positiva ó supuesta. Sin duda algun lance, que acaeció de la manera que yo he finjido, dió nacimiento al adajio: ó es forzoso suponer que si este es concepcion artística de algun hombre, el tal, ya perteneciese á la clase campesina ó á la ciudadana, era de agudo y perpicaz ingenio.

Y ¿qué diremos de este segundo proverbio?

"*El hijo muerto,*
y el ápio en el huerto."

¿Cabe encerrar en menos palabras un lance mas lleno de pormenores, mas colmado de interes dramático y moral? Así como el refran anterior es un cuadro cómico, iluminado con risueños tintes, el presente viene á ser la pintura trájica del funesto resultado, causado por el olvido de una madre. La escena pasa en la pieza de una casa que debe estar situada entre la alcoba y el patio, poblado de yerbas medicinales. La puerta de la antedicha alcoba debe estar precisamente abierta, para dejar ver el cadáver de un niño tendido sobre un lecho, cuya figura se eclipsa en el fondo oscuro del aposento. Y ¿quiénes, preguntará el conmovido lector, serán los personages de esta escena, dibujada con rasgos sombrios? Los necesarios á la pieza son la protagonista, la acongojada y dolorida madre, que sale de la alcoba en el mismo punto que agoniza el carísimo fruto de sus entrañas: el niño, personaje mudo, pincelada la mas lúgubre del cuadro, que como he dicho aparece sin vida; y otro personaje, que seguramente por la frialdad con que lanza las tristes frases que componen el probervio, debe ser el médico, que no ha podido salvar la tierna víctima de las mortales consecuencias del ahito. Y ¿á quién habla el sorprendido facultativo? No es á la madre, porque fuera extremada crueldad herir sus oidos con aquella seca y acusadora esclamacion, sino á alguna parienta de la matrona, que



ha venido á acompañarla durante la enfermedad de aquel su hijo único: pero aunque no se encara con ella, oye la madre las durísimas espresiones, y debe quedar anonadada. Y cuándo dice el doctor semejante palabra? En el momento mismo en que habiendo rejistrado minuciosamente todo el huerto, porque no creyó que faltase ápio, segun le afirmaron sin duda, sale de él declarando que efectivamente existe allí la yerba tan buscada, pero da á entender que ya es inútil haberla hallado, supuesto que la criatura es un frio cadáver.

No menos picante, aunque de estilo jocoso, es el cuadro que nos ofrece estotro refran.—

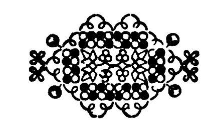
"*Abad de zarzuela,*
comisteis la olla, pedis la cazuela."

La época representada en él es aquella en que dominaban con tanta fuerza sobre el vulgo rezador y supersticioso de España, esos hombres de iglesia llamados *abades*, cuyos indeterminados privilejios no especifican exactamente los anales de la edad media, pues unas veces eran meros párrocos de una aldehuela, otras extendian á varias su jurisdiccion espiritual, y otras con los nombres clasificativos de *abad mitrado*, *santo y bendito abad*, estaban autorizados para desplegar ante los ojos atónitos de la jente villana el predominio y las insignias imponentes de un prelado episcopal. Lo gracioso del adagio es ver como contrasta la dignidad seria y majistral del juez relijioso de Zarzuela con la situacion por estremo cómica en que se halla: á esta situacion lo conduce su índole avara y codiciosa. Dos son los actores de este brevísimo drama: el abad, cuya grotesca figura es la que aparece expuesta á los dardos del ridículo, y un honrado y pobre campesino, que á pesar de sus pocos medios se ha esmerado en presentarle una buena comida. Preguntárase tal vez: ¿cómo es que siendo el abad hombre de prestijio y tal vez adinerado, casi obliga al pobre rústico á que le ofrezca la olla? Aquí se nota la verdad con que está pintado el avaro relijioso: él es seguramente hombre de mas posible que su convidador, pero no

quiere gastar: quiere que le mantengan sus feligreses. Y no se contenta con regalar su gula monástica devorando la olla, y yéndose despues de agradecer la generosa voluntad del huésped, sino que quiere apoderarse del contenido y del continente, de la olla y la cazuela: entónces el villanejo, ofendido y escandalizado de ver la adicion de codicia que acompaña al indiscreto monge, le echa en cara sus dos humillantes vicios con las palabras del adajio. Omito advertir lo que puede notar el lector con los ojos de la perspicacia: que el colorido local está perfectamente guardado. El abad está sentado junto á la mesa donde acába de ofrecer á sus festèjados dos muestras vergonzosas de dos vergonzosos defectos, y el otro se halla de pié frente á él, teniendo empuñada, como en acto de llevársela, la pedida cazuela. Tambien se desprenden de las espresiones del proverbio la intencion política de hacer ver á la clase trabajadora algunas de las ridículas mañas de sus directores espirituales, y la intencion moral de escarnecer al hombre inadvertido, que no contento con lo necesario, aspira tambien á lo superfluo.

Ahora bien, y ¿no podríamos, lector amabilísimo, llamar con razon *refranes dramáticos* los que van citados? Y examinando igualmente infinitos de los que corren por los términos de España, desempeñando su verdadera intencion, y procurando rastrear sus derivaciones ¿no era dable componer un copioso tratado acerca de la filosofia caractéristica del idioma castellano, para marcar la silla que en el grande estrado de la civilizacion europea ocupa el pais, donde nació un Cervantes, y donde se creó un Sancho Panza? ¿Era dable ó no?—Pienso que sí.—Pues nada mas añado: aquí suelto la pluma, y aquí termino el discurso.

1841.



WALTER SCOTT

Y

LA NOVELA HISTORICA.

Honor y timbre de Edimburgo, famoso Walter Scott, yo te saludo! Tú que hiciste darse las manos á la historia y la novela, que tan reñidas andaban hasta el momento en que estableciste su bella alianza; tú que diste á la erudicion un aspecto dulce y amable, sin que oscurecieses con ella los airosos alardes del injenio; tú que separándote de las intenciones laxas y disolventes de la filosofia francesa, fuiste pintor del corazon para ser rector de la mente; tú que dotaste tus sabrosas y bien trazadas descripciones de la bizarra prolijidad y el esmerado acabamiento que ostentan en sus cuadros los famosos coloristas de la Béljica: cuan corto, humilde y desalentado hallarás el eco que te celebre, cuando no te asigne un elevado asiento entre las altas notabilidades de nuestra época.

Permítaseme este espontáneo desfogue de admiracion en alabanza del nobilísimo escritor de Escocia; dis-

culpando la justicia del elojio, que se atreva á apostrofar á un injenio tan levantado y excelente quien toca tan de cerca con su ignorante nulidad.

En efecto, cuanto debemos á Walter Scott! Antes de él ¿qué era la historia?

Lectura casi esclusiva de sérios estadistas, de secos diplomáticos, ella sola entretenia los ocios de la clase que ménos la necesitaba, la aristócrata: miéntras la clase llana que por su posicion pasiva debiera informarse mas por menudo y con doble interes de las instituciones que la gobernaban y de los atropellamientos con que la maltrataban á veces los reyes y los grandes, dedicábase en los ratos de desahogo á leer novelas caballerescas, versos comedias, hurtándole las graciosas y bien vestidas frivolidades un precioso tiempo que con tal ahinco le reclaman sus inmediatos intereses. Y ¡qué males no nacian de tan desatinado hábito! Acostumbrada la clase trabajadora á desatender y dar de mano la historia de sus leyes, pareciéndole esclusiva obligacion de letrados y mandarines, desde la infancia miraba bajo un aspecto falso los acontecimientos políticos de su pais, no osaba escudriñarlos, y alejando cada vez mas la idea de que el pueblo no debe ignorar nunca cómo y para quien existe, escudaba con su indolente abandono las erradas disposiciones de sus gobernantes, sancionaba los estravíos políticos y económicos de sus legisladores, y con sus propias manos labraba y abonaba el inmenso campo de los abusos.

Pero tú apareciste, autor de Ivanhoe, y los claros rayos de tu ingenio disiparon las sombras que tenian invadida la literatura contemporánea: tu mente creadora abarcó de un vuelo el campo recorrido, y viste la necesidad de descubrir nuevas campiñas en que pastase el rebaño de las inteligencias imitadoras. Creaste la novela histórica.

Volvió los ojos la sociedad entera á contemplar tu digna y excelente creacion: las clases ricas y pobres, autorizadas y súbditas, todas devoraron con avidez tus pájinas empapadas de verdad y elocuencia poética: multiplicaste hasta lo infinito el número de lectores: diste po-

pularidad á las letras: prestaste un poderoso empuje al comercio de libros: dignificaste y ennobleciste la carrera del artista, dando á sus concepciones importancia moral y política; y los pensamientos filosóficos debieron á tu pluma lijera y rigorosa la acelerada locomocion de la máquina de Fúlton.

Tiempo era ya seguramente que las artes del bien decir, abandonando el corto círculo de retóricos egoistas y pedantescos gramáticos, vistiesen un traje mas social y se nos entrasen por las puertas, aleccionándonos agradablemente, y poniéndonos cara á cara con cuestiones influyentes y vitales. Así el caudaloso rio de las ciencias se vé dividido en numerosos arroyos, que fertilizan con su riego todas las clases civiles. Así las grandes verdades históricas, condenadas ántes á yacer ocultas en empolvados infolios, corren de una manera eléctrica desde la carpeta del novelista que las produce hasta el taller del laborioso carpintero; y en su rápido tránsito ilustran las mentes del preocupado octogenario, de la doncella modesta y cándida que cose junto á su madre, del mancebo imberbe que cuenta las horas detras del mostrador; y aun del niño que sale corriendo de la escuela, codicioso de soltar los libros y retozar con sus alegres cólegas en el patio de su casa.

La historia y la novela, como antes eran tratadas, y la novela historica como existe en el dia, las considero yo como pueden ser considerados, poco mas ó menos, tres tipos de amigos diferentes.

El primero se señala por su veracidad y hombria de bien, pero al mismo tiempo por la excesiva seriedad de su porte y la severidad de su lenguaje salpicado de modismos afectados. Este amigo es franco y enemigo de la mentira, exacto en sus observaciones, lójico en sus deducciones, verídico en sus datos, convencedor en sus pruebas. Ni adula ni se humilla. Pero ¿qué importan estas inmejorables prendas, si su carencia de amabilidad, su pedantesca exactitud, su infecundo amor á la estéril verdad, su tono majistral é imperativo, obligan á quien le conoce á no visitarle con frecuencia?

Remedo de este amigo es la historia.



El segundo tipo es el mismo donaire, el mismo gracejo personificados: no moraliza, ni predica, y sus observaciones satíricas son un torrente de chistes y agudezas que vierten sobre los pequeños acontecimientos de la vida un tinte risueño y entretenido. A veces llora, pero mas veces se rie. Charla y discute sobre mil pormenores domésticos, interésase en escudriñar frívolos chismes y triviales cuentecillos, y los presenta con faz de gravedad é importancia. Este amigo no para en su casa: siempre está metido en las agenas, charlando y divirtiendo la ociosidad de sus camaradas. Pero ¿qué importan lo festivo y agudo de su injenio y la vivacidad de su plática, si la exajeracion y la mentira viven en sus labios, si á pretesto de entretener transforma y desfigura las verdades mas recibidas, y deslizándose á tocar todos los asuntos, vierte frases atrevidas y escandalosas que son latigazos contra la religion y la moral, escarnece los mas puros sentimientos, y pintando á veces las escenas mundanas con lúbrica desnudez, maltrata la vergüenza femenil, golpea las santas creencias, inficiona y corrompe?

Este es la *vera efigie* de la novela.

Entre estos dos individuos, cuya resaltante fisonomía marca dos aberraciones, puede colocarse otro, que parece destinado á enlazar las buenas prendas del primero con las del segundo, templando el colorido áspero de sus recíprocos defectos. Este amigo tiene un entrañable cariño á la verdad, mas para que la reciban con los brazos abiertos, sabe engalanarla de tal modo, que donde quiera es festejada y aplaudida. Desdeña el bastardo aplauso que se tributa á las bellas y floridas nulidades: no discute sino sobre graves y trascendentales materias, pero las trata con un estilo tan amable y sazonado, que la persuacion va con sus palabras, y penetra en los corazones de los que se atienden: no le dedica al triste oficio de cazador de epígramas, oficio que abrazan los injenios de vuelo humilde y rastrero, ni sacrifica en las aras del chiste escupiendo y dilapidando la moral pública. Su amor es humanitario; no ensalza una clase de la sociedad para encarnizarse en otra: á todas las enseña, á todas las corrije, á todas las divierte y regocija. Su tono es noble, su

diccion pintoresca. Ama los lijeros diálogos, las descargadas narraciones, las descripciones ataviadas y sueltas. Ataca sin tono demagójico y anarquista las añejas preocupaciones y desmoronados ridículos; pero los ataca por que se estienda mas latamente la ley del progreso, y por que marchen á paso redoblado las instituciones civilizadoras. En su labio la verdad resplandece al doble, y la mentira casi parece tan amable como aquella. Todo lo acendra, todo lo engalana, todo lo embellece.

Este, amigo, es el retrato de la novela histórica. ¡Honor, pues al famoso Walter Scott, al honroso timbre de Escocia.

1842.

LA REDONDILLA Y LA OCTAVA.

D. AGUSTIN. D. CANDIDO. IRENE

D. Agustin.—Con que te has metido á hacer un poema?
D. Cándido.—Y nada ménos que un poema épico.
D. Agustin.—Dios te valga! y sobre qué versa?
D. Cándido.—Ahí es nada! Sobre un asunto cubano, y ademas histórico.
D. Agustin.—Lindamente. ¿Será.... sobre Hatuey, no?
D. Cándido.—El mismo.
D. Agustin.—La intencion es patriótica. Dios quiera que la ejecucion sea poética!
D. Cándido.—Tú sabes que á mí no me falta mi poco de chispa.
D. Agustin.—Sí, con efecto.—Y ¿en qué versificacion vas á desplegar tu cuadro?
D. Cándido.—Eso no se pregunta: en octavas de arte mayor.
D. Agustin.—Qué número de cantos?
D. Cándido.—Ahí veremos. Yo creo que podré encerrar mi idea en unos veinte.
D. Agustin.—Y todos versificados en octavas?
D. Cándido.—Por supuesto.



D. Agustin.—Y qué! Tú no cuentas con el fastidio de los lectores?

D. Cándido.—Yo trataré de divertirlos é interesarlos.

D. Agustin.—Hijo, veinte cantos y todos rimados en octavas, son mucha caminata aun para el lector mas tenaz y despabilado. Acuérdate de Ercilla: su poema, á pesar de llamarnos la atencion con el aire fresco y orijinal de los personajes que son americanos, y de tener valientes y animadísimos trozos, adolece, al ménos para mí, de dos defectos que harán fastidiosa á la misma amabilidad, que son la largura y la monotonía. El primero de estos defectos desapareciera desterrando el segundo; pero ya se ve: cuando se compuso la Araucana, los cimientos de todo edificio épico habian de ser octavas precisamente, al modo que ahora los cimientos de toda casa flamante han de ser grandes piedras de sillería. Las tales piedras harán sólida la fábrica; pero dejarán por eso de ser pesadas? De haber escojido una sola versificacion, mas le hubiera valido al buen D. Alonso usar la redondilla que no la octava.

D. Cándido.— Hombre, la redondilla no es verso noble.

D. Agustin.—Pues qué! ¿En la poesía hay rangos como en la sociedad?

D. Cándido.—Sí, señor.

D. Agustin.—A ver cómo es eso.

D. Cándido.—¿Tú no has reparado que cuando un poeta quiere tocar asuntos heróicos y graves, echa mano del romance asonantado, el verso libre, la octava ó alguna de las infinitas combinaciones del endecasílabo? Señal clara de que tuviera como á mengua vestir las ideas altas de una versificacion que no fuese majestuosa y rotunda. Y por el contrario, cuando inventa alguna composicion lijera ¿no has visto que se contenta con desmenuzar su pensamiento en versos octosilábicos, como considerándolos vivos y retozones? Luego hay versos nobles y versos plebeyos.

D. Agustin.—Conque la octava pertenece á la aristocracia de la poesía?

D. Cándido.—Quién lo duda?

D. Agustin.—Yo lo dudo, que no veo en eso que me has




dicho sino palabritas dulces y deslumbradoras, pero faltas de buen sentido. ¿Qué motivo hay para colocar á la redondilla entre el vulgo de los versos?

D. Cándido.—El uso que lo ha hecho sabe lo que se hace.

D. Agustin.—Pues yo digo que el uso no sabe algunas veces donde tiene las narices. Lo cierto es que en el endecasílabo, por mas que tratan de popularizarlo todos los poetas nuestros desde Garcilaso acá, siempre lo rechaza aquella parte del público que juzga de las composiciones por lo que siente, y no por lo que opinan los retóricos. Los pensamientos poéticos que andan en boca del pueblo y se han hecho tradicionales, repara que casi nunca están escritos en versos largos, sino en romances, redondillas y cantarcillos.—Luego, si no tienen popularidad ¿de qué sirven sus tareas al versificante?

D. Cándido.—Mira: esta es una cuestion algo dificil de resolver. Yo tengo en mi abono la opinion general de poetas y retóricos desde el siglo décimoquinto, en que tuvo ya formado España su lenguaje métrico, hasta nuestros dias. Todo el año lo gastaremos en disputar si llevamos esta reyerta crítica por el camino que suele dársele. Hagamos una cosa nueva. Elijamos por juez de nuestro pleito á mi hermana Irene, que no ha leido ni una pájina sobre el arte poética, pero está dotada de la mas cándida perspicacia que en tu vida has visto. Con esto se decidirá ingénuamente nuestro negocio.

D. Agustin.—Pues llámala.

D. Cándido.—Irene?

Irene—Qué hay de nuevo? Están ustedes riñendo literariamente?

D. Agustin.—Como siempre.

D. Cándido.—Dispénsame, Irene, que te saque de tus costuras para meterte de hoz y coz en nuestras controversias artísticas. Estamos dudosos Agustin y yo sobre cierta asercion, y queremos que tú, guiada por tu solo gusto, nos digas quien acierta y quien desatina. Yo tengo entre manos un poema épico sobre la historia cubana: dije que pensaba versificarlo en octavas, y

Agustin me asegura que mas me importaría hacerlo en redondillas. Con este motivo, á modo de dos pujiladores ingleses, estamos debatiendo sobre las respectivas bellezas y ventajas de la octava y de la redondilla. Pónnos en paz diciendo á que versificacion dieras tú la preferencia.

Irene.—Dime primero: ¿para quién escribes tu poema?

D. Cándido.—Para el público de Cuba.

Irene.—Y á quien pretendes agradar? á los leidos como suele decirse, ó á los no leidos?

D. Cándido.—Yo.... á todos.

Irene.—Pues entónces, ni hagas lo que opina Agustin, ni lo que tú pensabas.

D. Agustin.—Pero ó él ó yo debemos tener razon.

Irene.—A mi parecer ninguno la tiene.

D. Cándido.—Para entrámbos es inesperada tu sentencia; pero miéntras no la espliques ni pruebes, nos veremos en el caso de acudir á nuevos fiscales.

Irene.—Yo ignoro si mi parecer convendrá con los reglamentos poéticos, pero sé que es hijo lejítimo de mi corazon.

D. Agustin.—Es el parecer que buscamos. Y á qué se reduce?

Irene.—A demostrar que yo no soy nunca partidaria del esclusivismo, sobre todo en materias de arte y de gusto. Figúrate, Cándido, que me mandasen hacer una guirnalda de estas graciosas flores, que conocemos los cubanos con el nombre de *maravillas*. Supon que estando ya provista de la vareta de coco en que he de ensartarlas, me hallase delante de un matorral de esas maravillas campestres, y me tuviese indecisa la diversidad de sus matices, ¿qué haria yo para que mi guirnalda fuese mas aceptable á todos?

D. Cándido.—Yo no lo alcanzo.

Irene.—Pues yo te lo diré.—Imitar cuanto cabe á la misma naturaleza que me ofrece flores tan variadas, interpolando blancas con rojas, rojas con amarillas, amarillas con matizadas, todas en ordenado artificio; y estoy segura que así gustaria mas mi guirnalda, que compuesta solo de uno ó dos colores.

D. Cándido.—Con que es decir?....

Irene.—Es decir que los versos son como las flores. Dótalos á todos de propiedad y armonía, varíalos, y tu poema, por largo que sea, parecerá corto y agradable.

D. Agustin.—Lo de variar continuamente las versificaciones é inventarlas nuevas, ofrece un asidero para esquivar dificultades á ciertos versistas modernos, que en cuanto se hallan trabados en una octava, saltan á un romance, ó del romance saltan á las quintillas, como el que va despeñándose, que suele salvarse á fuerza de brincos. Pero esa no es gracia.

Irene.—Y quién dice que lo es? Señal clarísima de que la sonoridad viene á ser en el verso como el color en las flores: el color da hermosura á las flores, pero no les da vida. La sávia es la que sostiene todo el árbol: no basta pues que el verso tenga colores, es menester que tenga sávia, que encierre grandes ideas sociales.

1842.

REPARTIDORES.

Varias veces, lector apreciable, me ha acontecido querer indagar las verdaderas causas que influyen didirectamente sobre el éxito adverso ó próspero de cualquier trabajo literario en la isla de Cuba; y despues de aglomerar un ejército de datos, y estraer las consecuencias que me parecieron con mas propiedad hijas de ellos, he venido á dar en una conclusion que tú la juzgarás hipotética y caprichosa, porque es nueva y desusada; pero que para mí es tan verdadera y natural, como lo son en el orbe científico las leyes de la atraccion halladas por el insigne Isaac Newton, el dia que tuvo la humorada de sentarse bajo el manzano y sentir la colision que hizo con su órgano nasal una de las frutas de aquel árbol memorable: ó el sistema planetario, concebido por el mísero Galileo, y dado á luz, sostenido y corroborado por el gran Copérnico sobre la vuelta circular que dá nuestro mundo al rededor del astro, que es padre lejítimo del calor y la vida.



Antes que te esponga la sobredicha conclusion, entremos por el hermoso é ilimitado campo de las suposiciones que nosotros los pobrecitos hijos de Eva tenemos que andar y desandar á cada instante, y haciéndome tú el grande honor de concederme un rico y productivo injenio (mental se entiende, que el otro material no puedo, ni debo, ni quiero alcanzarlo) supon que en medio mes concibiera, escribiera en limpio, encuadernara y presentara á la censura una lindísima novela, ó una coleccion de cuentos románticos y fantasmagóricos, ó un "Tratado acerca de cuales pudieran ser la urbanidad y atenciones sociales de los indios de esta Antilla," ántes que Colon viniese á sacarlos del salvagismo inveterado en que yacian, y á doctrinarlos y pulirlos, inoculándoles el habla y las costumbres españolas. Supon que el censor me concediese sobre la marcha su aprobacion, supon que yo, como es muy natural, diese un formidable brinco á la imprenta, y sin pérdida de tiempo se empezasen á tirar pliegos, elegantemente impresos, y por la coalicion de cajistas, prensistas, rejentes &c., en cuatro dias estuviese en letras de molde, plegada, cortada, encuardenada y dispuesta en pilas de á veinticinco ejemplares la produccion referida. Supon, despues de esta retahila de suposiciones alegres, que sucede que de trescientos suscritores con que yo contaba cuando calculaba como un descosido, supon, digo, que sufro la desercion de unos ciento cincuenta, y la mitad restante no viene á soltar las comprometidas pesetas sino á fuerza de refunfuños y quejas; cuando no sean lindos mofletes al pobre y sudoriento cobrador.

¿En que consiste esta mudanza tan amarga y poco sufrible al esperanzado escritor? ¿Tuvo la culpa el injenio de este? No; porque ya hemos dicho que su obra es tan graciosa como orijinal, tan cultamente escrita como diestramente esplanada, tan acreedora al agrado del sexo lindo como del feo, tan gustosa á los maestrazos impertinentes y regañones del arte, como á los adeptos casquivanos y presumidillos que apénas sueltan la carpeta escolástica cuando empuñan la pluma periodistica. ¿Tuvo la culpa el censor? No; porque no hubo tullimiento ni am-



putacion de ninguno de los períodos de la obrilla. ¿Acharémos la mala suerte de la suscricion y venta al impresor?—No; porque este puso de su parte buenos tipos y mejores manos, y no pueden negársele tres prendas (y no de poca monta) en esta impresion: *prontitud, limpieza y elegancia:* ademas que el pago de su papel, tinta y demas zarandajas estaba pendiente de la suscricion, segun cláusula terminante del previo convenio celebrado entre él y el creador de aquella aparicion literaria; y mal pudiera proceder el primero contra sus propios intereses.

Pues si no tuvieron la culpa el autor, ni el censor, ni el impresor, triple obstáculo á veces para el éxito y salida de algunos librejos, ¿quién causó que la suscricion fuese mezquina, y la venta casi nula?

Ahora viene de perilla aquella conclusion anunciada, la cual para que no se pierda irá en letras mayúsculas, escoltada por dos admiraciones, una delante y otra detras, que diga medio á medio del artículo

¡EL REPARTIDOR!

¿Con qué el repartidor es el causante del chasco que llora el malaventurado escritor?.... Sí tal que lo es,—y si no, vamos á cuentas.

Ademas de la lista (larga ó corta) de suscritores que lleva este importante individuo, ademas del lapicero con que ha de hacer al márjen de la susodicha lista ciertos signos, á veces enigmáticos, para expresar los que le hayan dado pesetas ó escusar negativas, ademas del paquetillo de ejemplares que han de ocupar el hueco entre el brazo zurdo y el pecho, lleva de parte del autor un buen acopio de instrucciones y advertencias sobre los parajes donde puede hallar á los concurrentes, sobre la hora en que será mas hacedero que presten su bolsillo á aquel repentino desagüe, y otras menudencias que pueden muy bien bautizarse con el nombre de tretas; porque efectivamente en una suscricion cualquiera, hay suscritores que marchan hácia adelante, otros que se vuelven atras, y otros que no caminan atras ni adelante y se quedan en un estado de estagnacion, como dicen los ingle-

ses; y estos últimos se dicen siempre *comprometidos*, y pesarosos de haber soltado su firma, y esperando leer prestada la obrita, la tachan antes de haberla leido y propalan anticipadamente que saben que el autor quiso hacer *pato* y le salió *gallareta*, con otras lindezas así, con que se descartan no muy delicadamente del catálogo suscritorial. En fin, supongamos que el repartidor, pertrechado con todos los avisos preventivos, sale á la calle y empieza á repartir. Ahora es ello!

Si este heraldo de la obra anunciada es un hombre flojo de pies, flojo de ánimo y torpe de lengua, ¿qué bien puede acontecerle ni al autor, ni al trabajo mental de este? Llega á un suscritor, no el dia que debió entregarle el ejemplar, sino dos ó tres posteriores,—porque como ya he dicho, aunque el repartidor apelmazado y calmudo que acabamos de describir, salió de casa del escritor armado de todas armas; esto es, con los ejemplares, la lista y el lapicero: no por eso ha de creerse que va derecho al negocio, sino que primero, atendiendo á que hace el reparto en el mes de junio, y suda la única camisa que ha de vestir en toda la semana, se va á su casa á escojer mejor hora, hace un vasito de refresco y echa un sueño hasta las tres ó las cuatro de la tarde: entonces sale porque el sol ya no tiene tanta fuerza, y se halla con todas las casas cerradas, y los suscritores unos comen y no quieren que los vean comer y despiden al bendito hombre, y otros duermen la siesta y no quieren pagar hasta que no salen á la calle. Sale á la calle en fuerza de estas indisputables razones, el asendereado repartidor: tópase en una esquina á dos de los suscritores, avanza hácia ellos, pero antes que desenvuelva la lista, tiran el uno por la derecha y el otro por la zurda, diciéndole que si aquella es hora á propósito para detenerlos, y sobre todo para hablarles de pagos? Vuelve el hombre las espaldas, recoje y guarda el catálogo, acomoda dos ó tres de los ejemplares que se le cayeron en tierra con el *exabrupto* de los dos negativos contribuyentes, y despues de limpiar mal ó dejar manchada la portada del flamante librejo, sigue á la casa de otro suscritor, que por dicha está abierta y en la cual há estado ya tres veces

aquel dia, sin poder dar con el dueño. Este que lo ve venir de lejos, hace como que regaña á sus hijos ó á sus negros, y sale á la calle con ojos centellantes y ademan furibundo. Por supuesto, el temeroso repartidor, despues de haber graduado el grueso de la caña del iracundo suscritor, le deja pasar como quien se arrima á una acera porque no le atropelle un mulo desbocado, y pierde este nuevo tributario. Ultimamente, recoje dos docenas y media de protectores del arte, porque tuvo la dicha de hallarlos jugando en un billar, y porque los mas de ellos andaban de ganancia; y con este pobre botin se vuelve á casa del autor, quien echando cálculos de oro y soñando con porvenires de plata, tiene aparejados cien ejemplares sobre su carpeta, no dudando, viendo volver tan pronto al repartidor, que los cincuenta anteriores volaron en un dácame allá esas pajas.

¡Cómo se queda el infeliz literato, cuando al notar el déficit tremendo que han causado los suscritores prófugos, palpa real y positivamente que tiene que poner de su bolsillo para satisfacer las exijentes visitas del impresor, que habiéndole entregado los quinientos ó mil ejemplares convenidos, reclama y con toda justicia el precio de su tarea! A esto se añade que el repartidor, oríjen desconocido de aquella inesperada desercion, sobre la gracia de no ser activo y de no poseer aquella firmeza necesaria para pedir los cuotas á las suscritores; tiene la suficiente para exijir del chasqueado autor que le exhiba la asignacion pactada: le hace una pintura apologética de su celo en cumplir bien con todos los repartos anteriores, le demuestra que el presente es una escepcion abortada por alguna pícara casualidad, y entre ruegos y frases groseras, hace un largo y nauseabundo detalle de sus lacerias domésticas, se quiere quitar la chaqueta dos ó tres veces para presentar las troneras de su amarillenta camisa; y por último, el autor con la cabeza caliente y deseoso de salir de las garras de aquel fantasma, estira la mano, alarga el bolsillo; y sin conocer que aquel majadero que acaba de salir de sus umbrales es el verdadero fautor de la triste peripecia, se tira de los cabellos, y echa pestes contra el siglo y el pais

y los amigos, y hace un buen acopio de bilis, para descargar su enojo en algun atronante comunicado.

Mal aventurado autor, escúchame: echaste mano de una pelma, de un hombre sin alma, y este te ha puesto en la crísis metálica en que te miras.—¿Sabes que el bueno de tu repartidor ha sembrado el desaliento, el *desembullo* entre esa hueste de aficionados á tus obras, que te juraban antes comprar por doble precio del que exijiste la obra caida, la obra cuyo alumbramiento literario ha sido infelicísimo, merced á la cesantía de suscritores que te ha acometido? Has de saber que ese buen hombre esperaba á que los suscritores tomasen por asalto los ejemplares, para imajinar que deseaban pagar con gusto la cuota convenida: por desgracia tuya ha tenido ese hombre sus ribetes de frenólogo, y queria leer en la cara de los suscritores el desplacer ó la alegría con que escuchaban la noticia del reparto. Si álguien le manifestaba que volviese á su casa, porque á la sazon estaba exhausta su faltriquera, ni volvia á requerirle, ni dejaba de decirte, por no tornar á la faena á buscarle, que con aquel no contases ya por entónces.

En fin, no dudes, escritor público que trates de escribir en esta riquísima Antilla, que de poco te sirven el mérito literario de tu produccion, la presteza del tipógrafo, ni la vociferacion anticipada del círculo de amigotes que preconizan tu talento, si te falta un repartidor lijero y vivo como un cohete, que vuele por esas calles repartiendo ejemplares, sin detenerse mas que al cobro, y cuyo movimiento rápido y acelerado de pies por esas esquinas, plazas y callejuelas, cuyos chistes repentinos y epigramáticos y cuyo aire de jovialidad activa y progresista dejan en la mente del último suscritor que paga, una idea aventajada del *embullo* que promueve la obra rendida, y tal vez le obligan ó que meta jenerosamente las manos en el bolsillo, y se suscriba por dos ó mas ejemplares. ¿Pensaste que el repartidor no es la rueda maestra que pone en accion la complicada máquina de una suscricion literaria? Piénsalo un poco, y medita mas; y otro dia advierte primero á quien encargas el reparto de tus concepciones intelectuales.



LA NIÑA DE PLATA.

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO.

¿PODRA negarnos el lector que cuando fija los ojos en el bello título de esta comedia, pasa por su mente un pensamiento florido y apacible, cargado de los deleitosos recuerdos de la niñez, y de las sonrisas amorosas de la adolescencia?

Con efecto, pocas veces la pluma del dramático ha dejado caer en el papel un título mas rozagante y poético.

Nuestros escritores del siglo XVII alcanzaron una época bienhadada: llenos sus oidos y heridos sus corazones con el rumor de las hazañas caballerescas de la conquista de Granada, impresionados fuertemente con la espulsion del Islamismo, con el descubrimiento de las Américas, con ver que la cuchilla española brillaba temida en las cuatro partes del mundo, entusiasmábanse, tomaban la pluma, y sus cantos líricos y dramáticos devolvian á sus contemporáneos el reflejo maravilloso de sus abrasadas fantasías. Sin verse en esta época desa-

lentada y dudosa, que tiende un velo negro sobre las concepciones del artista, sin pedir á la filosofía mas que sus flores suaves, aquellos fecundos y vigorosos injenios esplotaban las minas feraces de la invencion y de la orijinalidad, hacian escursiones y conquistas por los reinos del saber, y héroes y paladines del donaire y la agudeza, formaban una lengua pomposa y engalanada, armoniosa y enérjica, indicando á las naciones que aquel era el idioma imperativo, el idioma lejislador.

Entre estos insignes fabricantes de pensamientos bellos y de frases galanas, Lope de Vega, creador del teatro de Castilla, ocupa un levantado asiento. Su índole apacible y amiga de poetizarlo todo, inclinóse al estudio de las costumbres populares; y deseoso de utilizar en pro de la escena patria los rasgos característicos de las escenas nacionales, de las tradiciones históricas y todo el séquito de amables reminiscencias que llevan consigo, nunca miraba con ojos indiferentes ni distraidos la particular fisonomía de su pueblo. Esto se echa de ver con la simple lectura de cualquiera de sus invenciones dramáticas; y se conoce que el delicado y afectuoso trovador que tantos manantiales de poesía encontraba en las cosas de su tierra, mal pudiera entretenerse en el estudio de literaturas estranjeras, y mal pudiera dejar de arrastrar las simpatías contemporáneas, cuando contaba lo que todos sentian, pintaba lo que todos veian, y era fiel intérprete de lo que á todos pasaba. Yo me figuro á Lope y á muchos de los que le ayudaron á echar los cimientos y levantar el edificio escénico, vulnerables á toda impresion patriótica y casera, accesibles á todas las fiestas y regocijos del pueblo español, comunicables hasta con las clases ínfimas: francos, injénuos, populares; sin nada del pedantesco desden que afecta el literato moderno, porque mira en la plebe una clase oscura y atrasada, y tiene á ménos el examinarla para conocerla. Asi es que familiarizándose con el público, y saliendo de la soledad abnegativa de sus gabinetes, les era fácil á aquellos laboriosos apóstoles de la civilizacion multiplicar el número de sus prosélitos, y hacer mas venerable cada dia la autoridad de la idea y

mas influyente la trascendencia de la palabra. De aquí la indestructible enerjía de tantas observaciones injeniosas y profundas sembradas en rimas octosilábicas y endecasílabas de tantos y tan notables dramas.

El argumento del que hoy nos ocupa, admira por su sencillez y gracia. La época en que pasa es aquella en que Sevilla era corte del famoso personaje que ha ocupado tantas plumas antiguas y modernas, el rey D. Pedro el Cruel, á quien se afanan en pintar todos los poetas de nuestro siglo de oro, y uno eminentísimo del presente, como merecedor del dictado de Justiciero (1). Las circunstancias especiales son la entrada de sus hermanos don Enrique y don Fadrique en Sevilla, y las fiestas públicas que con este motivo se hicieron.

Vivia honesta y pobremente en ella al abrigo de su hermano don Félix y en compañía de su doncella Teodora, la hermosa Dorotea, á quien desde la escena primera bosqueja el pincel de Lope con estos prestijiosos rasgos.

"En ella, en fin, se retrata
una imájen del deseo.
¿Qué sirve tanto rodeo?
Esta es la *niña de plata*
que habeis oido en Castilla,
porque tanta perfeccion
es monstruo, y admiracion,
y grandeza de Sevilla.
Cuando tratan de su rio,
de su alcázar eminente,
de sus calles, de su puente,
de sus armas, de su brio,
de su regalo y riqueza,
todo se acaba y remata

(1) El equivocado modo de comentar la ciencia del mando, cierta especie de gazmoñeria en la sujecion de las antiguas formas despóticas del sistema monárquico, y por otra parte un deseo varonil y liberal de sostener la dignidad de la nacion, ajada en algun modo con la coronacion del Bastardo, á quien sentaban en el trono las manos instrusas del frances, han influido poderosamente, segun mi opinion, para que haya tanto empeño de parte de poetas y prosistas españoles en dorar y teñir de cierto barniz heróico el loco, el sangriento, el anárquico reinado de Pedro el Cruel. Sin embargo los datos mismos de la tradicion le privan legalmente del título de JUSTICIERO.





con que la *niña de plata*
es cifra de su grandeza."

Amábala con pureza y ternura D. Juan, hijo de un veinticuatro, y á pesar de que repugnaba el padre que sus amores terminasen en boda, por ser tan pobre Dorotea, estaba resuelto á dotarla el mancebo, cuando vino á descomponer sus miras la entrada de los infantes, y la particular circunstancia de que don Enrique pasase por la calle de las Armas, donde ella vivia, y viéndola se enamorase perdidamente de ella. No son estos amores como otros improvisados é inverosímiles sembrados en nuestras antiguas comedias. Don Enrique conocia á Dorotea por fama, y el amor que lleva datos, parece de calidad mas duradera que cualquier otro. El celoso don Juan sabe que su dama piensa ir al Alcázar, entre los infinitos curiosos que atraia el acto solemne del recibimiento de los príncipes, y trata de hallarse en el mismo sitio; pero cuando él y su escudero salen de noche armados á efectuar su intencion, detiénelo el veinticuatro, y les hace volver á casa. Rendido á la obediencia filial, cede el enamorado jóven, pero resuelve escaparse, cuando lo permita la ocasion, por la azotea de un amigo y volar á verse con su hermosa. Platicaba en tanto don Enrique con su hermano el Maestre y otros caballeros de Sevilla, sobre las prendas bellas y notables de la *Niña*, y de repente se aparece esta con su doncella y un escudero. Las espresiones galantes y cultas de la entrevista merecen transcribirse, así porque son una linda hilera de pensamientos delicados y nobles, como porque dibujan atinadamente los caractéres del infante y de la fascinadora andaluza.

D. Enr. Volved: no paseis de aquí.
Dorotea. Antes me quiero volver,
porque viniendo yo á ver
ya no hay mas de lo que ví.
D. Enr. ¿Pues qué es lo que á ver venistes?
Dorotea. Las riquezas de allá arriba,
y acá el jardin que cultiva,

de esmeraldas y amatistes,
el cielo con mil primores:
y en vos lució todo en fin.

D. Enr. Cómo?

Dorotea. En el talle el jardin,
y en el injenio las flores.

D. Enr. ¿Hay tal niña?... hay tal tesoro?...
Muy necio fué quien os trata,
niña, por *niña de plata.*

Dorotea. Por qué?

D. Enr. Porque sois de oro.

Auséntase la donairosa sevillana, y codicioso el infante de ganar su corazon, no solamente soborna al escudero, sino que manda buscar á don Félix, hermano de la *niña*, y le honra prometiéndole un oficio en palacio.

En tanto, rompiendo por todos los embarazos, y favorecido con la alegre confusion de una noche de luminarias, pintada con aquella airosa maestría que luce Lope en los pormenores locales, entra don Juan con su paje en la casa de Dorotea, y la dice que está determinado á casarse con ella. En esto pasan por la calle en traje de fiesta y acompañados de mucha parte del pueblo, el rey don Pedro y sus hermanos. Pinta Lope con viveza una de aquellas rancias *encamisadas*, diversion nocturna y alborotosa, propia de los sencillos tiempos en que el monarca se atribuia un derecho casi divino, y á la vez no temia comprometer la dignidad de la corona, vestido de mojiganga y corriéndola con sus vasallos. Sedientos y cansados entran los reyes en la casa de la famosa *niña*, miéntras su amante se esconde. Piden agua, y al ver que la traen en barro, dice el Maestre:

Cómo! ¿En barro,
señora, se bebe aquí?

Y con aquel amable candor, con aquel donaire familiar y culto que Lope atesoraba en su alma y sabia transfundir en sus poéticas heroinas, responde Dorotea:

Lo poco que se contrata
no da para mas valor;
que en esta casa, señor,
sola soy yo *la de plata.*

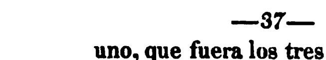
La hermosura de la doncella, y sus respuestas cuerdas y donosas, entretienen á los príncipes: hácenla mil preguntas, y á todas responde con agudeza y decoro. Pregúntala don Pedro por qué la llamaban *de plata*, si era por ser tan hermosa. Y ella replica:

No, señor: mas porque he sido
de muchos solicitada,
y por estar obligada
del honor con que he vivido,
enfermé de pensamiento:
y temiendo que amor mata,
quise ofrecerme de plata
al templo del casamiento.

Réplica en que se corresponden gallardamente lo picante de la idea con lo acendrado de la espresion y lo cadencioso de la rima.

Los reyes le regalan unas joyas, y tratan de irse; pero antes de salir le pregunta don Pedro cual de los tres le parece el mas galan: cosa para comprometer la discrecion de la mas entendida señora de la corte. Ella con su nunca desmentido y gracioso despejo, da la contestacion mas satisfactoria.

Rey. Vos nos lo habeis de decir.
Dorotea. Que me place, si es forzoso.
El galan mas poderoso
para poder competir
es el Rey: el mas valiente
para de noche en la calle
el Maestre: el que del talle
se precia mas justamente
es Enrique.—Y si yo fuera
digna de tanto interes,



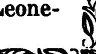
uno, que fuera los tres
para mi gusto quisiera.

Aquí conviene hacer un reparo. Comparando el drama de Lope con el de nuestros dias, me parece que debemos convenir en que si el último he ganado no poco en prendas filosóficas, ha perdido mucho en agudeza y donaire. No se contentaban nuestros antiguos poetas con hacer gala de una espresion castiza y de un verso fácil y sonoro: empeñaban su injenio ante el público en proposiciones apuradas para que las soluciones inesperadas y brillantes que se veian forzados á improvisar, los coronasen con todo el esplendor de una victoria. De aquí el interes májico que nos lleva de verso en verso hasta la conclusion de una pieza dramática antigua, por mas que á veces el mal tejido plan y los caprichosos pormenores parezca que tiran á descomponer la armonía de los caractéres y la marcha del argumento.

Idos los reyes, sale don Juan de su escondite, zeloso como es de creer, y temeroso de la mudanza de su bella. Dorotea que sabe que ha divertido á los soberanos, y aun está saboreando su vanidad mujeril con el recuerdo de las flores que el infante la dijo, contesta burlándose, aunque ama cordialmente al hijo del veinticuatro. El enojado mancebo le increpa su facilidad, ella se píca, le riñe y le vuelve la espalda.

Así concluye el acto primero.

Enojada la Niña con su amante, dejó la casa en que vivia, y fué á ocupar una frontera á la suya, que habitaba la dama de su hermano don Félix, llamada Marcela, la cual se trasladó despues á la que dejaba Dorotea. Pasado el primer enojo, y amando verdaderamente á don Juan, escribióle la Niña un papel y mandóle un cofrecito de joyas. El mensajero halló á don Juan en su casa acompañado de un tal Leonelo, personaje de quien no teníamos noticia en el acto primero, y que luce débilmente en la obra, aunque por otra parte es discreto y da escelentes consejos sobre su amor al hijo del veinticuatro. Para pintarnos Lope la falsa tibieza con que procura don Juan encubrir su profundo cariño, hace decir á Leone-




lo, despues de haberse retirado el portador del palpel y las joyas.

Leonelo. ¿Cómo no abris el papel?
D. Juan Como ya el tiempo pasó
que diera mil besos yo
á cualquiera letra de él!

Abierto el papel á instancias de su amigo, vé don Juan que es un soneto en que le dice su dama, con tiernas espresiones, que supuesto que le robaban la atencion y el tiempo otros cariños, tuviese consigo sus prendas, y añade.

Cesen, por vida mia, los enojos,
que príncipes conmigo son quimera,
sueño del gusto, engaño de los ojos.

Abre don Juan el cofrecillo, y cuando espera hallarlo lleno de sus cartas y prendas antiguas, ve en él todas las joyas que los reyes la regalaron, las reliquias del Maestre, el cabestrillo de don Pedro, las *memorias* de don Enrique. Este feliz desengaño enciende de nuevo su pasion, y ya se disponia á cambiar el papel de quejoso en el de suplicante, cuando se aparece su escudero Chacon, le detiene y le dice que no trate de querer á su amada con el fervor primitivo, porque acaba de pasar por la calle de Dorotea, y ha visto á sus puertas dos carros llenos de ricos muebles de sala y cocina. Prevenido el espectador de que la Niña y Marcela han cambiado recíprocamente de domicilio, conoce que Chacon equivoca las damas, pero esto no lo penetra el amante, que volviendo á sus celos, esclama con enérjica amargura:

¡Que den
licencia á un honrado hermano
con su opinion semejante
á que tan libre el infante,
sin otro respeto humano,
cubra con sus telas de oro

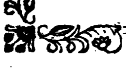
casa, que con tal limpieza
tuvo el honor por riqueza
y la virtud por tesoro!
¡Ah, vil interes, que puedes
rendir la virtud y honor!
¿No estaban, Niña, mejor
desnudas esas paredes?....

Y añade con la sonrisa amarga del amor propio herido.

Pues yo no pienso morirme.
¿Quién hay en todo el lugar
con quien la pueda picar,
y yo alegrarme y reirme?

Propónele Chacon que entable amores con Marcela, que por vivir en la misma calle, le ofrece mas sazonado y entero despique: consiente don Juan y marcha á vengarse de su dama en cuanto quepa. Con efecto, entrada la noche, vienen á rondar los umbrales de la Niña, creyendo que son los de Marcela, el amante, el amigo y el escudero.

Melancólica y celosa estaba asomada al balcon Dorotea: llega don Juan, y conociéndole su dama, finje la voz, y traba con él un lindo diálogo, en que despues de repetidas quejas sobre la volubilidad de su ingrata Dorotea, dice don Juan que está resuelto á olvidarla y poner su cariño en la discreta y gallarda Marcela, con quien se figura hablar, y en muestras de ello, le quiere presentar un tributo de verdadero amor en las prendas que los príncipes dieron á la Niña. Pídele al mismo tiempo que descuelgue del balcon una cinta y atará con ella el cofrecito. Venciendo su despecho, lo hace asi la taimada Niña, y vuelven las joyas á su primera señora. Y cuando se regocijaba don Juan del sabroso desquite que tomaba de las sinrazones de Dorotea, aparece un embozado por la calle. Era el hermano de la Niña, esta se retira, y el embozado entra en su propia casa. Desconócele don Juan, cree que es una traicion de Marcela, y prefiriendo los celos del infante á los de un desconocido, porque al fin





amaba de veras á Dorotea, se dirije á la casa de esta, sin advertir que es donde Marcela vive.

Cuando llega á ella, dícele Chacon, como en guisa de advertencia:

¡Con qué gracioso desden
te ha de recibir la Niña,
viendo que á rogarla vas!

Y contesta don Juan:

El amor me obliga á mas.
¿Qué se me dá que me riña?....

Pero ¡cómo se queda el azaroso amador cuando acercándose á las puertas de Dorotea, ve llegar dos hombres, tocar, aparecerse una mujer, hablar con uno de los recienvenidos y al fin llevársela éstos, habiendo dicho al principio que venian de parte del infante!

Efectivamente, los que llegaron era un cortesano, llamado don Arias y su paje, que por servir á don Enrique, se proponen robar á la Niña y llevarla á palacio, y padeciendo la misma equivocacion que el hijo del veinticuatro, en vez de la hermana de don Félix, se llevan su dama. Si este rapto se hubiera anunciado en alguna escena anterior, no cabe duda que pareceria mas fundado y verosimil. Pero aun mas extraño parece que Marcela, tan solo porque don Arias finja ser don Félix, baje sin reparo á la calle. En fin, concedamos que de enamorada bajase: lo que sí no es concedible ni lleva visos de razones, que descubiertos los raptores, solo porque la dicen que respetarán su honor, y que es preciso que los siga, se deje llevar sin miramiento, de noche, y puesta á merced de unos hombres que la son extraños. Esto no lo hace ninguna dama atenta y decorosa. En fin, el rapto de Marcela, por las consecuencias interesantes que arrastra, debió Lope haberlo manejado con el tino y maestría que le distinguen cuando escribia mas sosegadamente.

Volvamos al celoso don Juan, que engañado con las señas de la casa, y creyendo que la que se ha ido con los

raptores es la Niña, vuelve á pensar en Marcela, y resuelto á dedicarla exclusivamente sus obsequios, se encamina á la que cree su casa.

Orijinal es este lance, y parece que con él se preludian las marañosas peripecias de Calderon.

Asómase Dorotea, atiende á las flores de don Juan, oye la protesta que le hace de olvidar á la Niña, fundándose en el lance que acaba de acontecerle y que le pinta indignado, apoyando su certeza en la aseveracion de su amigo Leonelo y de Chacon su paje. Entonces la calumniada y aflijida Dorotea no puede contenerse mas: habla en su voz natural, descúbresele, y despues de dejarle confundido y atónito, le dice que cifre sus esperanzas en Marcela, porque es la única que puede hacerle caso, y se retira enojadísima de la reja, dejándole en la situacion que expresa esta copla:

D. Juan. Fuése?
Chacon. Con la colorada.
Y á tí te ha dejado frio
con *la amarilla*, pues quedas
de oirla mas muerto que vivo.

Noticioso el rey don Pedro de los amores de don Enrique y la tristeza en que le ponian, y conociendo el sesgo trájico que suelen dar las pasiones populares á las amorosas tropelías de la clase alta, hízole presente al Maestre de Santiago que refrenase la pasion del infante, ó de lo contrario haria un ejemplar escarmiento en todos ellos. El Maestre se lo promete, y cuando se halla con él á solas, no se escusa de darle prudentes amonestaciones; pero Enrique, ya ciego, ni atiende á sus palabras, ni piensa mas que en el instante de ver aparecer á don Arias con la gallarda Dorotea. Así es, que cuando entra el cortesano y le dice que su hermosa está dentro de palacio, desnudándose súbitamente de la melancolía que le abrumaba, prorumpe en estas frases de júbilo:

Qué bien!
Qué gloria!.. Afuera tormento!...

Yo estoy loco de contento....
¡Qué se venció su desden!
Ya el contento se desata
en fiesta y en alegría.
¿Dónde está la prenda mia,
la hermosa *Niña de plata*,
el asombro y maravilla,
del cielo propia pintura,
el esmero de hermosura,
el sol que alumbra á Sevilla?...

A poco de haber exclamado con tanto alborozo, entra una mujer tapada con un velo, corre hácia ella Enrique, descúbrese la dama, y es Marcela!

Vuelve Enrique á su melancolía, despide cortesanamente á la que creyeron la Niña, y le recomienda á don Arias que la traten con respeto y la devuelvan á su casa.

El acto finaliza con estos lijeros y picantes versos:

Marcela. En vano ya se recata
la verdad.
D. Arias. De todos modos
nos vuelve locos á todos
aquesta *Niña de plata!*

El trueco de las damas, en vez de entibiar la pasion del infante, le dió mas grados de efervescencia, y habiendo conseguido de los criados de la Niña la llave de su cuarto, entra una noche en la casa de ella, á tiempo que andaban rondándola el mas que nunca enamorado don Juan y los que les guardaban las espaldas. Estos vieron entrar á don Enrique, quedarse en la puerta don Arias, y no quedándole duda al hijo del veinticuatro que iba á consumarse la deshonra de Dorotea, enfurécese al principio, y luego conteniéndole Leonelo, se retira abjurando para siempre de aquel desengañado y azaroso cariño. En tanto penetra don Enrique en los aposentos de la Niña: esta se asusta, le echa en cara su alevosía, quiere arrojarse sobre su espada; y entónces el príncipe conmovido y lastimado de ella, y reconociendo cuanto

amaba á don Juan, desiste de su tiránica idea, se ausenta y se dirije á hablar con el veinticuatro en compañía de don Félix, á quien desde el acto primero hace como una oferta tácita de buscar á su hermana un esposo. Propónele el infante al veinticuatro el casamiento de don Juan con Dorotea, añadiendo que la dotará en veinticuatro mil ducados, y que á él le pondrá un hábito de Santiago. El padre de don Juan agradece tan altas mercedes, le da palabra de casar á su hijo con la novia señalada; pero apenas se aleja don Enrique y comunica al mancebo su mandato real, le replica don Juan indignado que aquella boda es afrentosa, y de paso le cuenta lo que vió de noche á las puertas de su dama. El anciano para cumplir con su rey y no violentar á su hijo, le propone buscar otra dama y finjir ante don Enrique que está casado con ella: Para esto se valen de Marcela: llévanla tapada á palacio á tiempo que en él entraban Dorotea y sus criadas: preséntase al rey don Pedro, el veinticuatro dice al infante que su hijo don Juan no puede casarse con la Niña, porque habia dado palabra á la dama del velo. Marcela lo niega, y dice que es dama de don Félix: el rey se indigna del engaño, y lo hubiera pasado mal el veinticuatro á pesar de la honrosa protesta que hace, si don Enrique no hubiera sostenido desnudando la espada, que el honor de la Niña estaba ileso, y que seria un villano el que dijese lo contrario.

A tan vehemente demostracion, que era de suma fuerza en aquellas eras sencillas y caballerescas, cede don Juan, y casándose con la Niña como don Félix con Marcela, termina la fábula.

Por lo que se ha visto, la disposicion del drama nos parece acertada, esceptuando el incidente sobre el rapto de Marcela, cuya inverosimilitud hemos ya señalado; y las escenas marchando unas tras otras, ceban poderosamente el interes. Sin embargo, nuestro dictámen particular es que el acto primero escede en enerjía poética á los siguientes: no porque el segundo y tercero resfrien en manera alguna la atencion de los espectadores; pero en el primero ha sembrado Lope tan bellas y robustas pinceladas, palabras tan fascinadoras, rimas tan *cantan-*

tes, si así es dable llamarlas, que es imposible dejar de oirlo con indecible contento. Parécenos, pues, que todas las escenas del acto primero han sido escritas con aquella complacencia, aquel *embullo* del artista que aborda un asunto florido y poético; y las últimas ya echan de sí cierta gana de finalizar, y por lo tanto aparecen menos aliñadas y bellas.

Hay en todo el drama de aquellos pensamientos frescos y orijinales que derrama tan profundamente la pluma creadora de Lope. Disuadiendo Chacon á su amo de que siga queriendo á Dorotea, le dice:

Amas una cosa que es
espíritu, entendimiento,
eco, acento, pensamiento,
serafin, donde no hay pies.

Y empeñado en darle una leccion de buen gusto en materias amorosas, manifiesta su propension á pagarse de ciertas damas poco melindrosas y de *rompe y rasga*, como suele decirse.

Cuerpo de tal! Si quisieras
una mujer para todo,
para polvo, para lodo,
para burlas, para veras,
de estas de rua y camino,
sin melindre, sin milagro,
que tienen su gordo y magro
como pernil de tocino,
mujeres que duran mas
que un zapato de baqueta,
no vieras en esta seta
tus pensamientos jamas.

Pintando anteriormente una disputa que tuvo en las fiestas, y que remató entrándose á beber en una taberna los contrincantes, hace Chacon este reparo:

Decia bien un mohino,
que estas pendencias habladas



eran castañas asadas
que todas paran en vino.

Al comenzar el acto segundo, combate Lope una de las preocupaciones de su época. Pregunta Marcela á don Félix por qué la Niña tomaba otra casa, siendo la que dejaba mejor? Don Félix le replica:

Fué cierto humor
que otra ocasion no la sé;
que siendo en la misma calle
y peor casa, fué locura.
Marcela. Debe de probar ventura:
que es lástima que aquel talle
no halle un rico marido:
que *hay casas, que topa en ellas.*
D. Félix. *Casas hay contra doncellas?*
Nunca lo he visto ni oido.
Notables supersticiones
teneis todas las mujeres.

De esta creencia popular sobre lo favorable ú ominoso de las casas, habla tambien don Diego Hurtado de Mendoza en la *Vida de Lazarillo de Tormes*, en aquel capítulo en que le dice á Lázaro, su amo el escudero:

"Y mas te hago saber, porque te huelgues, que he alquilado otra casa, y en esta *desastrada* no hemos de estar en cumpliendo el mes. Maldita sea ella, y el que en ella puso la primera teja, que con mal en ella entré!"

Sin embargo, Hurtado de Mendoza no hace mas que mencionar la preocupacion, sin combatirla ni escarnecerla. Lope se detiene á llamarla *necedad* y *supersticion notable.* Hablando de la astrolojía en este mismo acto, dice el infante don Enrique:

Y en tu vida de adivinos
ni astrólogos me has de hablar;
porque es el tiempo gastar
en ociosos desatinos.

Quejosa de la deslealtad de su criada Teodora, dice la Niña en el acto tercero:

Quiero despertar la fiera,
que con las viles me iguala
por el interes que espera:
que no hubiera mujer mala
á no haber buena tercera.

Pensamiento expresado con sencillez y valentía. Tal es la *Niña de plata* de Lope de Vega Carpio. Para hacer un cuadro tan bello, para iluminarlo de tintas tan apacibles, y para dibujar con tanta soltura y viveza la figura riente y aérea de la Niña, de nada le hubieran servido ni el estudio de los preceptistas, ni largas escursiones en la literatura griega y romana, ni un abundante acopio de máximas filosóficas: era preciso algo mas, era menester ser poeta, y Lope lo era por extremo.

¡Lástima es que las obras de este injenio extraordinario no hayan merecido todavia un discreto compilador, que las limpie de tantas manchas ortográficas, de tantas mutilaciones de frases y palabras, y de tanto cieno é ignominia como en ellas han vertido los mal mirados copiantes, y los descarados impresores! Si Lope hubiera nacido en Lóndres ó en Paris, casi podemos asegurar que no lloraríamos tanto abandono, ni aun tuviéramos ocasion para la queja!

1842.

UN LATIGO CONTRA UNA ESPADA.[1]

PASA EL HECHO EN EL SITIO EN QUE REUNIÓ EL REY AMBIGUT Á LOS DIFERENTES CAUDILLOS CELTAS QUE LE CONOCIAN POR SEÑOR.

Por las tortuosas sendas que trepaban las colinas y serpenteaban por las florestas y pantanos célticos, iba un apiñado y extraordinario concurso de viajeros. En el pais de los Tectósagos, por el mismo paraje donde hoy se ha localizado Carcassone, iba bajando á lo llano un numeroso acompañamiento, capitaneado por un gallardo mancebo. que de pié en un carro tirado por dos corceles, y dando la espalda hácia el lugar á donde estos conducian, clavaba una larga mirada en el jentío que detras venia, pareciendo que por vez última se despedia de aquellos terrenos. Aquella muchedumbre, que de vez en cuando se paraba á contemplar, era una reunion de hombres mal vestidos, los delantales rotos, las túnicas de parda y grosera lana, y los cintos de donde les colgaba la espada, sin ornamento alguno; y si era nota-

(1) La gala y castiza lozania de esta traduccion del novelista frances Federico Soulié, nos servirá de escusa para insertarla entre las pocas obras que en prosa escribió J. J. Milanés.

ble la miseria del traje, mas lo era la del individuo, pues todos ellos venian flacos, macilentos y mal traidos. Sus mujeres, con los hijuelos á las espaldas, empapadas en sudor, muertas de cansancio y casi sin poder alentar, se asian con ahinco del extremo de los carros, en donde tristemente tendidos yacian sus esposos, queriendo de este modo valerse de las ya pocas y desalentadas fuerzas de los estenuados rocines. Tal iba subiendo una cuesta la dilatada comitiva, y el duro sol de mayo duplicaba lo fatigoso de la marcha y lo escabroso de la subida.

Próximo al carro director, iba caballero en un asno un hombre cano de barba y cabello, y él y su bestezuela parecian los mas bien tratados de todo aquel ejército de hombres y animales. Luego que hubo llegado á una altura, reparó el jóven que en la hilera de carros ya no se tocaban uno con otro, separándose cada cual con dilatados intérvalos, á guisa de una enorme serpiente, cuyos trozos trabajan por reunirse; y habiéndose detenido á mirar aquello, inclinóse al anciano y le dijo, reduciendo el tono de su voz al tono de una súplica:—Vuelve la cara, Astrucion, y mira que aunque modero el correr de mis caballos, trabajosamente me siguen mis guerreros y sus esposas. Pulsa el harpa, y cántanos algo que los aliente y les haga menos fatigoso el camino.

Devolvióle el anciano una mirada irónica y le replicó:

—Bébrix, qué parte de botin me das para que les cante?

—Cómo, trovador, qué parte de botin me pides? respondió Bébrix; pues si yo para conseguirlo tengo que animar á los mios con tus canciones, será fácil que lo logre si te me niegas?

—Maldito sea el dia en que me puse á devocion de tan menesteroso caudillo!

—Maldito sea, repuso Bébrix, aquel en que te elejí por bardo, en el instante que te espelieron del sagrado bosque por haberte embriagado durante las ceremonias y hurtado un cordero á la viuda que lo ofreció en holocausto por la vida de su hijo!

—Nadie me ha probado ese crímen, Bébrix; y si de entonces acá me veo proscripto entre los trovadores, consiste en que la virtud viene á padecer al mundo.

Clavó Bébrix sus ojos coléricos en el desvalido poeta, y apoyando los hombros en la delantera del carro, le decia:

—Bébrix, si porque soy pobre y me rechazan los mios, me miras con desdeñoso menosprecio, si cuando te hablo de la perseguida virtud llegas al extremo de reirte, sábete que son idénticas nuestras historias. Nacido de noble projenie, te llevas la gala en juventud, en jentileza y brio; pero eres pobre, y Valla, á quien solicitaste por amante y por esposa, te hizo mofa de ello, y Ruscino, su anciano padre, mandó que te echasen de su casa No hace mucho que las tribus nuestras, de quien quisiste ser caudillo, cuando se presentasen al rey Ambigat, prefirieron que lo fuese Saron, ese que has vencido en nuestros juegos con tanta frecuencia, y en las guerras contra el Ibero escedido tan aventajadamente; y no está en mas la causa, sino en que tu rival cosecha oro del rio que fertiliza sus estados, y es dueño de innumerables manadas que acompañan á sus tropas, y garantizan á cada soldado un abundante banquete tras un dia de fatigosa marcha. ¿Quién te hace, pues, víctima de los desdenes de una bella y del menosprecio popular? Tu pobreza. Luego ¿por qué tachas la mia?

—No tacho tu pobreza, Astrucion, sino tu mala vida.

—Enhorabuena, dijo Astrucion; pero ignoras tú que mi pobreza es hija de la mala vida que traigo? Bébrix, tú estás en la flor de los años, y solo te las has habido contra la miseria, pero ya te internarás en la vida y darás no solo con la pobreza, sino con pasiones bravías que la serán temibles auxiliadoras. Y porque veas que ya contigo llevas pasiones arrastradoras, te diré que hice reparo, cuando apareció Saron á los ojos del pueblo con cadenas y brazaletes de oro, que en él clavabas tan ardientes ojos, que me parecieron bastantes á derretir aquel metal con que engarzaba tu adversario su pecho y las muñecas. Así tambien cuando te rechazó de sus umbrales el rey Ruscino, no diste muestras de humilde ni de soberbio, enmudeciste; y sin poner la mirada en el suelo como hombre abatido, ni alzarla al cielo como para ponerle por testigo, la asestaste al pecho del monarca,

mirándole derecho al corazon y pensando en la herida mortal que le preparas. Codicioso y vengativo naciste; y la venganza y codicia, si son vicios en el poderoso, en el menesteroso, Bébrix, son semillero de crímenes. Mírate bien en ello.

—Bardo, replica Bébrix con aire sereno, uno de tus deberes poéticos has cumplido, vertiendo en mi oido discretas amonestaciones; pero si antes no te las pedia, menos te las pido ahora. Desordenados vienen los que me siguen: casi se rinden al cansancio los mas forzudos: anímalos con una cantilena tuya.

—¿Cómo quieres que anime á los otros, si ves que yo tambien flaqueo? Ya fuera dicha que para sostenerme me dieses un poco de aguamiel ó alguna blanca.

No sin un leve ceño en el semblante, dobló el cuerpo Bébrix, y de un saco de piel que con los pies cubria y estaba en el fondo del carro, sacó una moneda ancha y de poco peso, y ofreciéndosela al anciano le dijo:

—Aquí tienes el premio que sin haberlo ganado me pides. Bien sabes que no sin razon economizo este tesoro que me cuesta carísimo: por eso te pido que no abuses.

—Sí por cierto, repuso Astrucion: pedístelo prestado y te has comprometido á devolverlo en esta vida ó en la otra. Pero si en vida no lo solventas, menos solventado quedarás si mueres. Solemne niñada has hecho, Bébrix, que puede llamarse el *non plus* de la imprudencia.

—Canta, le contesta Bébrix, y haz que los mios lleguen al término del viaje: que si despues estalla la guerra, todo me saldrá á maravilla; porque juro que tengo de darme maña para conseguir el botin suficiente á liquidar empeños antiguos y enriquecerme para lo futuro.

—Pronto me tienes, replica el bardo, y sacudiendo los nevados cabellos, puso en el cielo los ojos, ahuyentando lo vulgar de su rostro la inspiracion que le sobrevino, ó que afectó con astucia, porque entonces, como era tan socorrida la poesía, se transformaba en oficio.

Dió principio Astrucion con la cántiga siguiente:

—"Adelante!

"Jimió el sagrado bosque donde yace el ídolo de Theutates: brotaron de sus entrañas horrendos ahullidos: apa-

recieron en ellas espantables serpientes, y en sus mas encumbrados ramos lucen llamas sanguíneas. Adelante!

"Terrible guerra con ello se nos anuncia. El rey Ambigat por todas partes nos convida. ¿Seremos de los que lleguen rezagados al festin? Entrarémos cuando se harten nuestros hermanos de sangre y de despojos? Adelante!

"El que no llegue es mas vil y menguado que el prófugo. Fé tuvo en su valor aquel que escapa: aquel que no llegó la tuvo de su mengua y cobardía. Adelante!

"Si no quereis que vivos os persigan la mofa y maldicion; si no quereis que se pongan de pié vuestros hijos sin vuestro beneplácito, adelante!

"Si temeis que de los sacrificios os espulsen y andeis vagando como fieras por los montes, y al fin si no quereis que por delante de vuestros sepulcros pasen silbando todos, adelante!"

El canto expresado en voz tronadora, discurria las faldas de la montaña, y alentando como centella eléctrica el desmayado brio de los combatientes de Bébrix, al fin trascendieron la cuesta que tan agria les era de subir, y á poco se vieron en una espaciosa llanada donde acampaban ya distintos ejércitos. Era cada cual una vasta circunferencia de carros, cuyo centro congregaba todos los individuos de una nacion, puestos á la obediencia de su respectivo cabo. Pronto avistó Bébrix los campamentos de Saron y de Ruscino, reconociéndolos no solo en el largo trecho que ocupaban y la diversidad de colores de los carros, sino en la gallardia y pujanza de los corceles atados cerca de ellos, y en el sinnúmero de candeladas, que esparcidas de una extremidad á la otra, eran anunciadoras de espléndidas y abundantes provisiones. Y aunque á Bébrix debió saberle muy amarga su penuria, á vista de tanta prosperidad, no por eso, cuando vió los campamentos contrarios, dejó de exclamar lanzando un grito de júbilo:

—Los alcanzamos, amigos, los alcanzamos! Ahí estais viendo los que nos llevan dos dias de ventaja, los que partieron pasándonos por delante soberbios y menospreciadores. Ved ahí los guerreros que no me quisie-

ron jefe, ved ahí los jefes que nos aceptaron por guerreros, como van arrastrando por esos caminos su balumbante opulencia, al paso que nuestra pobreza corre con piernas ájiles y es la primera que llega. Dejadlos que por hoy se rian de vernos pocos y modestamente engalanados: dia llegará en que les devolvamos doble grita, cuando nos hallen los primeros en los cotos enemigos henchidos de oro y de botin, como esos lo están ahora de carnes y de bebidas.

A estas palabras sirvió de respuesta una estruendosa aclamacion, y él, seguido de todos los suyos acabó de bajar la cuesta y sentó su campo á distancia igual de los de Saron y Ruscino; pero mientras colocaba sus carros en forma circular, habíase acercado la jente de Ruscino y Saron á la márjen de sus diversos cotos, y saludaba á los recienvenidos con largas risotadas. Cada vez que algun fatigado rocin ó algun carro descompuesto hallaban dificultosa colocacion en la fila de los otros, llovian un torrente de mordacidades contra Bébrix y sus guerreros; y aunque este al principio las sobrellevó con calma y sostenia el ordenado movimiento de los suyos, con el silencio se acrecentó la osadia de los mofadores, y en últimas ya no les motejaban su pobreza, sino el esmerado sufrimiento con que trabajaban.

Apenas hubo soltado un mal gracioso tan imprudente necedad, cuando se arroja Bébrix dentro del recinto de Saron, donde eran mas agudos los silbidos y mas violenta la vocería, y llegándose á un carro donde venia un soldado de jigantesca estatura, encaróse con él y le dijo:

—Tú apuras mi paciencia, Naumes, y yo quiero ver hasta donde raya la tuya; pero no te hiero con la lengua, que es arma de cobardes, ni con la espada tampoco, que fuera teñirla de sangre vil. Naumes, á los que hieren con la lengua mira como los castigo.

Y esto dicho, tira del sayo un gran látigo con mango de manejable acebo, del cual colgaba una desmedida correa, y sacude con ella al formidable guerrero que estaba de pié en el carro. Ultrajado públicamente, ase el otro de su venablo y lánzaselo enfurecido; atento y rápido como un corzo, salta Bébrix al ver el arma que le

asestan, y el despedido venablo se encaja y hunde casi todo en tierra. Arráncalo Bébrix, y dice lanzándolo con vigorosa mano á los suyos:

—Para que asemos nuestros cuartos de buey, vaya ese asador que los amigos del campo de Saron nos regalan.

En tanto el afrentado guerrero echa mano con ira de la espada, embraza el escudo, y arrójase del carro precipitándose sobre Bébrix; pero antes que toque el suelo, hiérele los lomos segundo latigazo, y con acento mofador le dice Bébrix:

—Mal salto ha sido ese, y si mis lebreles no salvasen de mejor guisa un obstáculo tan pequeño, en vez de uno, diez latigazos les aplicaria!

Naumes no le responde: ármase del ancho broquel y de su lárga espada, y con un rabioso grito se abalanza á Bébrix, pero éste, con pies mas deleznables que los del ciervo, húyesele riendo y fácilmente le evita. Persíguele el otro: entonces Bébrix aparenta dejarse alcanzar, y sacándole el cuerpo con un brinco, mientras en su arrebatada carrera pasa Naumes de donde estaba su adversario, afírmale otro latigazo que le desgarra los hombros. Vuelve airado Naumes, y vuelve la dura correa y le hiere y le ensangrienta la cara. Rabioso y adolorido, lanza un ahullido ronco el pecho del combatieute, y vuelan el uno tras otro por el espacio de los tres campos. A los límites de ellos se habian en tanto aproximado los guerreros, mujeres y niños de cada hueste, y miraban con notable susto aquel extraño combate, distinguiéndose entre los curiosos de uno y otro bando, por una parte Ruscino acompañado de su hija Valla, y por la otra Saron, á quien por la gala del vestido se le conocia. Semejaba entonces la lucha de Bébrix y del ajigantado Naumes, á la de una liebre perseguida por un corpulento galgo, y ya le faltaban astucias á Bébrix para escaparse del terco adversario que á los alcances le venia. Tantas veces cuantas cambió de rumbo, habíalas cambiado con celeridad igual el presuroso guerrero: y al paso que los soldados de Ruscino y Saron le escitaban á gritos, los de Bébrix se estaban inmóviles y temerosos del exito de la pugna. Con efecto, era ya la vez tercera que iba

recorriendo Bébrix la distancia de un campamento con otro, y ni perdian ni ganaban terreno los acosados combatientes; pero convertido ya el combate, como parecía, en una apuesta de vigor, todos se recelaban que cayese rendido el mancebo antes que su incansable antagonista; y mas cuando vieron que en últimas ya no se le escapaba Bébrix sino al desesperado esfuerzo de frecuentes rehuidas. Pero así que se hizo visible Valla al lado de su padre Ruscino en uno de los carros circunstantes, dió una gran voz el animoso Bébrix, y huyendo y dando vueltas, todo á la vez, menudeó rapidísimos latigazos sobre su enemigo, escarneciéndole y gritándole:—Anda, Naumes, anda mas lijero: que está mirándote una hermosa doncella!

Entonces se echó de ver que la intencion de Bébrix no era otra que prolongar las vueltas cuanto pudiese, á fin de que llegasen los espectadores de su gusto. Y al punto dejando á Naumes largo trecho lejos de sí, cosa que le diese tiempo para decir algo á la gallarda jóven.—Valla, le dijo, estoy ejercitando los guerreros de tu amante, para que cuando le vean la cara al enemigo, sepan como se huye.

Trémulo de ira, y viendo que acudia el soldado, le grita Ruscino:

—Guerrero, tantas onzas te daré de plata como gotas de sangre tiene en las venas ese villano: hiérele y ven por el premio.

Alentaron estas palabras á Naumes, y acometiendo á Bébrix, iba á descargarle en la frente una espantable cuchillada, cuando el otro, envolviéndole apresuradamente las piernas con la dilatada correa, tira de ella con ímpetu y hácele caer de cara como á dos pasos de sí; y sin darle tiempo á levantarse, sigue corriendo, y arrastrándole con desembarazada rapidez, sin que bastase á detener al soldado el asirse con las manos y las uñas de las escabrosidades del terreno. Con este esfuerzo rompiósele el látigo á Bébrix; corre, ase de la espada, y amenaza á la cabeza del celta que iba ya levantándose; pero cuando todos se temian que la descargase y rematase la

lucha, arrójala á los de su campo, diciéndoles:—Vaya otro regalo, amigos!

Y solo con el mango del látigo derríbale de nuevo como el toro al martillazo del carnicero, y aléjase por vez segunda. El soldado, aturdido con el golpe, vertiendo de la boca espuma sangrienta y exhalando imprecaciones, levantóse al principio como un ébrio, y vuelve de un lado y otro los perdidos ojos, semejando la personificacion de la rabia domada que se encarniza en la pelea. Exasperándole el enojo, habia lanzado lejos de sí el escudo, olvidando que es el extremo de la mengua del que combate; y creyendo que estaba reducida la lid á luchar cuerpo á cuerpo con su adversario, y que la victoria le absolveria. Pero engañóse, porque Bébrix habia puesto segunda correa al mango del látigo, y cuando vió que le venia encima el celta, no le quedó mas recurso para defenderse que sacudirle otro latigazo en la cara. Furioso avanza el guerrero, rápido retrocede Bébrix y de nuevo le pega. Espumando y rujiendo avanza Naumes de nuevo, y el otro torna sin compasion á herirle. Precipítase el celta cubriéndose el rostro con las manos, y otro poderoso latigazo viene á deshacérselas en el rostro.

A pesar del dolor, pugnaba Naumes por ir adelante; pero azotado por una mano incansable, arrancábale cada paso un grito de rabia y tormento: volaban hechos jiras sus vestidos, bañábansele de sangre, y á poco, sobre aquellos desnudos miembros, corrian arroyos de ella de los cárdenos surcos que el látigo estampaba. Él, no pudiendo poner las manos en aquel antagonista que le pegaba con tal teson, y no pudiendo verle por la nube de sangre que los ojos le cubria, al cabo tuvo que hacer alto: rindióse á la desesperacion, domó su impotencia la ferocidad de su brio, y lacerado con las dolorosas llagas que mas y mas se irritaban, volvió las espaldas y púsose á correr; pero apenas le vieron, lanzaron víctores al aire los soldados de Bébrix, y los de Saron y Ruscino bramaban de ira, viendo al jóven caudillo como iba empujando á latigazos, como si fuera bestia de carga, al fujitivo celta, y diciéndole á gritos:

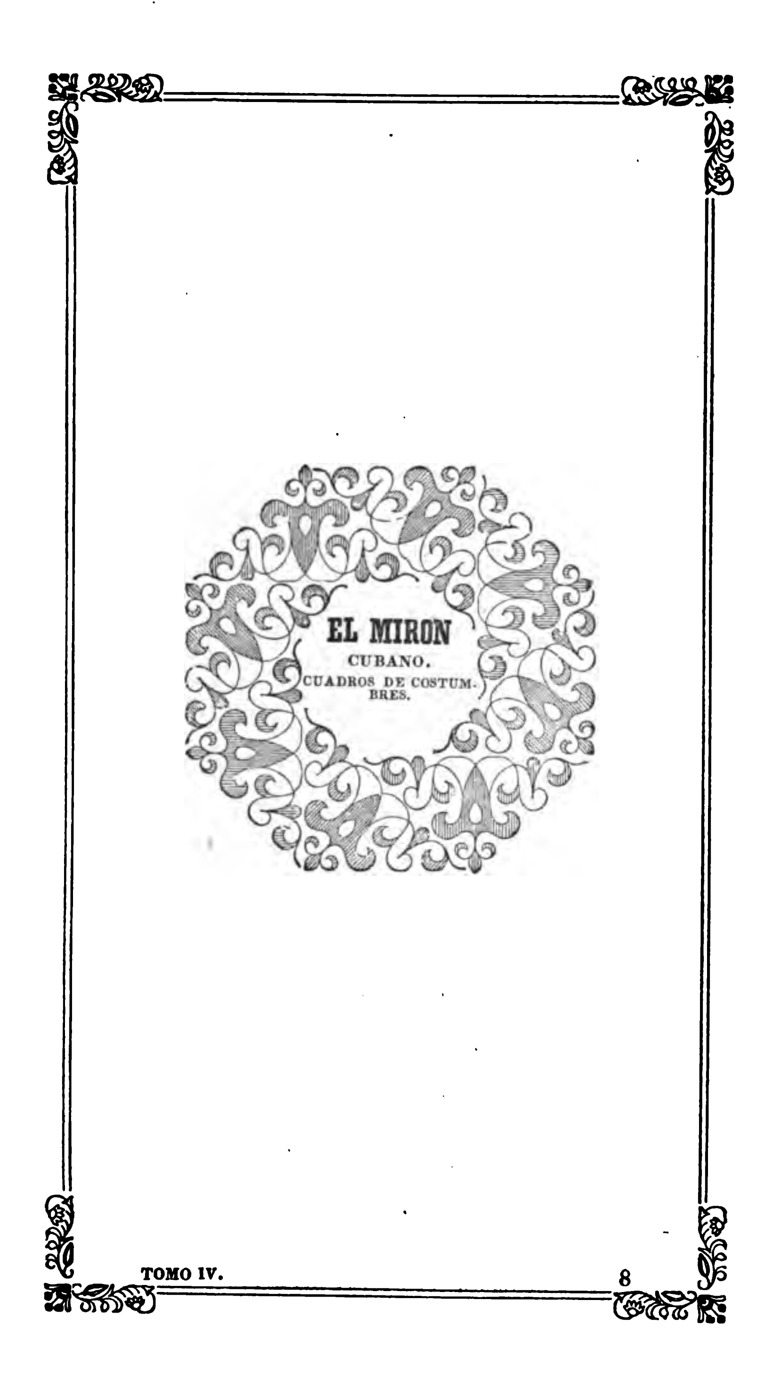
—Anda, corre, vuela: paciente soy como dijiste, he de probártelo yendo tras tí todo el dia.

El celta, vencido de aquel desaliento que ya no cura de salvarse, iba huyendo sin tratar de guarecerse en parte alguna, y hubiera perecido al horrible vapulamiento de Bébrix, si no hubieran saltado á sacorrerle algunos soldados del campo de Saron. Salieron otros del campo de Ruscino y entonces detiénese el caudillo, oye una tumultuosa voceria que por todas partes se derrama: ve que los carros, jirando con lentitud en los ejes, presentan el costado, que los unos uncen los caballos, que los otros los enfrenan, y que todos corren á las armas, haciendo crujir el aire con el nombre de *Bébrix* envuelto entre maldiciones.

Y hubieran fenecido el mancebo y los suyos, cuando en el punto de asaltarle la enfurecida muchedumbre, los departieron poniéndose por medio unos hombres que vestian blancas túnicas de lino.

Eran los bardos, que viniendo en el séquito de Ruscino y Saron, presenciaron los baldones hechos á Bébrix y el desagravio que de ellos tomó. Aquellos venerables inspirados desempeñaban dos santas misiones entre los celtas, la una provocarlos á combatir contra sus enemigos, y la otra apaciguarlos cuando rompian en intestinas peleas. Otorgaron la lucha de Bébrix con el soldado, porque la creyeron justa; pero vinieron luego á mediar, por ver que estando la razon de parte de los menos, estos sucumbirian al mayor número. Las airadas tropas querian pasar adelante y llevársela de punto; pero habiendo entonado á una todos los bardos un canto maledictorio contra los que no los acatasen, se apoderó de los otros tan azorado terror, que pararon de golpe, retrocedieron y tornaron á sus respectivos cotos, no menos que si desde las altas nubes les hubiera hablado el tremendo Theutates.




EL MIRON
CUBANO.
CUADROS DE COSTUM-
BRES.

EL MIRON CUBANO.

I.

EL COLEJIO Y LA CASA.

PERSONAS.

DON NORBERTO.—JULIANITO.—UN NEGRO.—EL MIRON.

Casa de don Norberto.

(*Salen don Norberto y el Miron.*)

D. Norb. Mucho le habrá fastidiado,
Señor Miron, nuestro pueblo,
Si usted busca en él placeres.
Tambien viene usted en tiempo
Que ni bailes ni teatro
Nos dan un solo momento
De distraccion. Sobre todo,
Qué recompensa tendrémos
De hallar cerrado el teatro
Los que somos caballeros?
Miron. Cuál dice usted? Me parece
Que hallar abierto el colejio.
D. Norb. Sí, es verdad. Pero los niños
Son quien se aprovechan de eso,
No nosotros.

Miron. Para un padre,
Hay mas interes que el de ellos?
D. Norb. Ya. Pero quiero decir
Que sin entretenimientos
Nos fastidiamos los hombres;
Y esto es malo.
Miron. Yo sospecho
Que fuera peor, que estando
Divirtiéndose los viejos,
Estuviesen los muchachos
Vejetando.
D. Norb. Así lo creo.
Pero el colejio que ahora
En esta ciudad tenemos,
Es cosa magna.
Miron. ¿Y usted
Me lo dice? Me sorprendo,
Porque cuando iba á instalarse
Fué usted de los mas opuestos.
D. Norb. Pues la causa....
Miron. Ya la sé.
Fué notar que los maestros
Eran, como usted entonces
Y otros padres advirtieron,
Mancebos de pocas barbas;
Y tomáronse pié de esto
Para no formar gran juicio
De su instruccion y talento.
¡Como si en la edad madura
Se vinculase el acierto!
¡Como si el ser vividor
Enseñase á ser discreto,
Cuando la experiencia muestra
Con repetidos ejemplos,
Que el que no aprendió de niño
Tampoco sabrá de viejo.
Las cien preocupaciones
Que en la leche se bebieron,
Por mas que se modifiquen
Van creciendo con sus dueños.

D. Norb. No: pues yo volví muy pronto
De mi error. Al mes y medio
De su instalacion, noté
Que iba tan bien el colejio,
Que sorprendidos los padres
Sin mas pérdida de tiempo
Pasaban sus hijos á él
De otros establecimientos.
Allá he puesto á Julianito,
Y siempre estoy mas contento
Del cambio. Lo que quisiera
Es que usted un dia de estos
Le fuese á ver.
Miron. Ya lo hice.
D. Norb. Sin noticiármelo?
Miron. Bueno!
¿Y fuera imparcial exámen,
No haciéndolo yo en secreto?
Yo trataba sorprenderle.
D. Norb. Y qué tal? Cual fué el efecto
Del exámen? Me figuro
Que á usted no le ha satisfecho.
Miron. Al contrario. En él hallé
Mas señalados progresos
Que en los años anteriores.
Noté viveza y despejo.
D. Norb. Eso es lo que me incomoda.
El niño es harto despierto;
Y si digo la verdad,
Mas que despierto es travieso.
Miron. Pues lo que mas celebré
Fué su porte circunspecto.
D. Norb. Es posible!
Miron. Respondió
A mis preguntas muy serio,
Usando un tono de voz
Ni muy vivo ni muy lento;
Sin torcerse los botones
De la chupa ó del chaleco,
Y sin buscar la respuesta,

Como hacen otros chicuelos,
Bailándose en pié, rascando
La banca, ó mirando al techo.
(*Sale Julianito con un látigo.*)

Julianito. Papaíto.... Buenos dias,
Señor Miron.

Miron. ¿Qué hay de nuevo,
Amiguito? Cómo va?

Julianito. Muy bien. Y usted?

D. Norb. Qué tenemos?

Julianito. Vengo á pedirte un favor,
Pero ha de ser en secreto.
Con el permiso de usted,
Señor Miron.

Miron. Caballero,
Usted lo tiene.

(*El Miron se entretiene en mirar los cuadros, mientras Julianito y su padre hablan en voz baja.*)

D. Norb. Qué quieres?

Julianito. Que ya me fastidia el perro
Que me diste. Es tan chiquito,
Que con él no me entretengo.
Quiero montar á caballo.

D. Norb. A caballo! Ni por pienso.

Julianito. Deja que estrene el potrico
Que ayer tarde me trajeron
Del cafetal.

D. Norb. No señor:
Que puede arrojarte al suelo.

Julianito. Papaíto!...

D. Norb. No te canses.

Julianito. Yo hablé con mamita de eso,
Y ella quiere que lo monte.

D. Norb. Oh! Yo no puedo creerlo.
De veras?

Julianito. Ella me dijo
Que ser jinete es muy bueno.

D. Norb. Oh! Pues si ella lo permite
No te pongo impedimento;
Pero me hace tanta fuerza

Que ella lo quiera. *(Sale un negro.)*

Negro. *(en voz baja.)* Yo vengo
De parte de la señora
Á decir....

Julianito. (Adios mi enredo!)

Negro. A su mercé que no sufra
Bajo de ningun pretesto,
Que monte el niño Julian
En el potro que trajeron.
Dice que puede caerse.

D. Norb. Está bien. Vete. *(Vase el negro.)*
Embustero,
Con que engañas á tu padre?

Julianito. Oh! Pero si eres tan terco
Que no me dejas montar,
Qué voy á hacer?

D. Norb. Ya no quiero,
En castigo, que lo montes.
Vete á jugar allá dentro.

Julianito. Y qué haré con este chucho?

D. Norb. Anda y dáselo á Mateo,
Que lo guarde.

Julianito. Voy allá.
(He de vengarme del negro,
Siquiera porque le trajo
El recado.) Te obedezco;
Pero ya que hoy he salido
Tempranito del colejio,
Déjame jugar.

D. Norb. Con quién?

Julianito. Con cualquiera: con Mateo.

D. Norb. Bien: vé.

Julianito. (Pues que mi mentira
Castiga papá con esto,
Ya que no monte en el potro,
Mi potro será ese perro.) *(Vase.)*

Miron. Yo pensé que Julianito
Estaba á pupilo entero.

D. Norb. No señor: en casa come,
Y en casa duerme.

Miron. Yo creo
Que será perjudicial
Tal método á sus progresos.
Yo me tengo figurado
Que viviendo en el colejio,
No tiene en mas que pensar
Que en sus libros.
D. Norb. ¿Cómo puedo
Persuadir esas ventajas
Al cariño loco y ciego
De una madre? Ella pretende
Que cada dia ha de verlo.
Qué he de hacer?
Miron. Manifestarla
Con todo convencimiento
Que para que sepa mas
Debe estarlo viendo menos.
D. Norb. Muchas veces se lo he dicho;
Pero su obstinado jenio,
Afirmando que es amarle
Lo que es mimarle, ha deshecho
Cuantas objecciones pongo.
Miron. Ay amigo! Esa tenemos?
Pues la educacion del niño
De mala data la veo.
Si el padre y la madre llevan
Dos dictámenes opuestos,
¿A qué se atendrá el muchacho,
Que estará como un acero
Entre dos imanes?... Trate
Usted de infundir respeto
A quien la bendita madre
Halaga con su chiqueo!...
No hay remedio: en este caso
Todo el paternal imperio
Es nulo, y añada usted
Que él ya déspota pigmeo,
En el mas tonto capricho
Os obliga á complacerlo.
D. Norb. Algo fundado va usted;

Pero yo no sé: yo tengo
Creido que aunque es muy útil
La ereccion de ese colejio,
Esas ventajas morales
Que de su interior arreglo
Se derivan, no se notan
Tan claras como yo quiero.
No puedo negar que hay órden,
Y el porte cortés y atento
Como la buena conducta
De sus distintos maestros,
Pronostican muchos bienes
Para en lo adelante; pero
En Julianito reparo
Un contraste que no entiendo.
Usted dice que celebra
El aire modesto y serio
Con que respondió al exámen.
Y diga usted: acá dentro
De mi casa, de qué nace
Que es tan loco y majadero?
Acá todo lo revuelve:
Nunca puede estarse quieto:
Si le llamo á que me lea
Para notar sus progresos,
Algun libro, no hace caso;
Y por mas que le reprendo,
Se está con el *papalote*
Al sol, poniéndose negro.
El arriate está sin flores,
Y vacío el gallinero,
Y estas son hazañas suyas.
Petulante y pedigüeño,
Todo el dia está comprando
Cuando le damos dinero,
Dulces que siempre le tienen
El estómago indispuesto.
En fin, si el colejio, amigo,
No solo instruye al que es necio,
Sino que pule costumbres

Y morijera los jenios,
Estas dichosas ventajas
¿Dónde están que no las veo?

Miron. Para responder con tino
A esos reparos diversos,
Es menester....

Negro (dentro.) Bueno, niño!

Julianito. (id.) Toma, perro! Toma, perro!

Negro (id.) Ay! Ay!

D. Norb. Qué ruido es aquel?

(Sale el negro huyendo y detras Julianito con el látigo)

Negro. Niño Julian, ya está bueno!
Señor!

Julianito. Papaíto!

D. Norb. Qué hubo?
Por qué le das á Mateo?

Negro. Por nada, señor. El niño
Hoy está muy majadero.
Sumerced le eche un regaño,
Porque, la verdad, no puedo
Sufrirle.

Julianito. ¿No ves, papá,
Como responde este perro?
¿Es razon que á tí y á mí
Y al señor falte al respeto?

Negro. Pero, señor, ¿qué razon
Hay para rajarme el *cuero*
Sin motivo?

Julianito. Usted lo oye?

Negro. ¿No soy de carne y de hueso?

Julianito. Qué desvergüenza!

Negro. ¡Querer
Ponerme la silla y freno
El niño Julian, y darme
Chuchazos!... Pues yo no pienso
Que soy caballo.

Julianito. Atrevido!

Negro. Y el dia que me caliento
La sangre....

D. Norb. Ah, perro! ¿Qué modo

Delante de un caballero
Es ese? Vé á la cocina.

Negro. Pero, señor don Norberto,
Soy yo animal para estar
De esta manera sufriendo?
No soy jente?

Julianito. Dame acá,
Papá, verás si le pego.

(*Julianito quiere tomar el látigo que tiene en la mano su padre, pero este no se lo da.*)

D. Norb. Vete allá dentro! (*al negro.*)

Negro. Señor,
Yo no paro aquí un momento
Con el niño.

Julianito. Calla, diablo!

D. Norb. Vete allá dentro, Mateo!

Negro. Deme su mercé papel,
Que aunque me ande todo el pueblo,
Quiero buscar otro amo
Que no sea....

D. Norb. Vete, negro!

Negro. Tan.... (*vase.*)

D. Norb. Pero tú ¿qué querias
Hacer con él?

Julianito. Yo iba á hacerlo
Mi caballito. Le puse
Silla, cabezon y freno;
Y apenas le dí un chuchazo,
Cuando quiso el muy soberbio
Tumbarme. Peguéle mas;
Y él, echándome en el suelo,
Vino corriendo hasta aquí.

D. Norb. Y tú no ves que es un viejo?

Julianito. Pero es un perro.

D. Norb. Otra vez
Ven á decirme en secreto
Lo que te hiciere.

Julianito. Y tú quieres
Que yo lo aguante muy quieto?
Si tú eres bobo, yo no.

A mamita voy corriendo
Para decir que lo mande
Al cafetal, y que quiero
Que le den un *bocabajo*
Hasta que mude el pellejo. *(vase.)*

D. Norb. Usted, amigo querido,
Dispensará como cuerdo
Que nos haya interrumpido
Este lance tan doméstico
La plática interesante
Que estábamos discutiendo.
Siga usted.

Miron. Sin ese lance
Quizá no diera tan presto
La respuesta que iba á dar.

D. Norb. Pues ¿usted ha descubierto
Cual es la causa que sea
En su casa y el colejio
Tan distinto Julianito,
Que allá es cuerdo y aquí necio?

Miron. Sí señor.

D. Norb. Pues ¿cual es?

Miron. El diferente manejo
Que acabo yo de notar
En su casa y el colejio.
Renuncie usté desde ahora
A sacar ningun provecho
De su enseñanza.

D. Norb. Por qué?

Miron. Porque usted, mi don Norberto,
Echa á perder en su casa
Lo que adelanta el maestro.
En el colejio se vedan
Por especial reglamento
Los castigos corporales:
Usted, por contrario acuerdo,
No tan solo los sanciona,
Pero permite muy fresco
Que un niño de doce años
Pegue sin razon á un negro.

Allá las malas palabras
Sufren perpétuo destierro,
Y se habla segun ordenan
Los gramáticos preceptos:
Aquí á su padre y su madre
El niño las está oyendo
Cada instante, y como muestra
Del abuso mas soberbio,
Se apellida impropiamente
A un mísero esclavo *perro*.
Allá entre sí los alumnos
Se tratan con gran respeto,
Sin que aquel mucho decoro
Haga su cariño menos:
Aquí, por mero capricho,
Un muchacho majadero
Transforma en un animal
A un desventurado siervo;
Y porque el siervo resiste,
Quiere condenarlo al cuero.
Dígame usted: dos sistemas,
Uno malo y otro bueno,
¿Qué influirán sobre el muchacho
Que está bajo el poder de ellos?
¿Piensa usté que el bueno triunfe,
Cuando en la experiencia vemos,
Que cuanto al bien somos tardos,
Tanto al mal somos lijeros?
Por eso renuncie usted
A ver, señor don Norberto,
Que den sazonados frutos
Morales advertimientos,
Cuando no vayan á un fin
Unico, seguro y cierto,
Las públicas instrucciones,
Los paternales ejemplos:
Cuando no se den la mano
Las casas y los colejios.

———

II.

EL INCONSECUENTE CUERDO.

PERSONAS.

DON CELESTINO.—DOÑA RITA—MERCEDES.—AGUSTINA, mulata.—
EL MIRON.

Casa de doña Rita.

(*Salen doña Rita y el Miron.*)

Dª Rita. No quiera usted defender
Al dichoso Celestino
Que aunque él sea mi sobrino,
Hoy es tal su proceder,
Que me voy imajinando
Que es un pillo.
Miron. Doña Rita,
Pero eso ¿quién lo acredita?
Dª Rita. Yo que lo estoy reparando.
¿No hace un mes que acá no viene?
Esta ausencia sin tener
Enfermedad, ¿qué ha de ser?
Pues él pasa, y se detiene
A conversar al postigo
Con Merced, pero no entra;
Y si con ella me encuentra,
Anda tan falso conmigo,
Que en el momento saluda

Y se vá.—Dígame usted:
¿No ha de imajinar Merced
Que ya de bisiesto muda?

Miron. Sus quehaceres...

Dª Rita. No hay quehaceres
Por la noche.

Miron. Oh! Pues, señor:
El en materia de amor,
Nunca engaña á las mujeres.
Me consta, porque le trato
Y le conozco muy bien.

Dª Rita. Ay, señor Miron. ¡Y quién
No encuentra con un ingrato
A cada paso!

Miron. Ya digo
Que es incapaz de tener
Tan variable proceder.
Conozco bien á mi amigo.

Dª Rita. Pues Merced me ha declarado
Que no le dió que sentir
En nada; y el no venir,
Y el demostrar tanto enfado
De alguna causa procede.

Miron El tal vez retornará.

Dª Rita. No señor; no vuelve acá.
Agustina, que lo puede
Saber, porque es la mulata
que sale siempre á mandados
Dice...

Miron. Pero á los criados
No hay que darles fé tan lata.

Dª Rita. No: porque Agustina es fiel
Como pocas. Pues contó
Que ayer tarde se encontró
En esa esquina con él;
Y habiéndole detenido
Para saber la razon
De su ausencia, el picaron
Con un semblante aflijido
Le dijo, que nunca mas

Vuelve á casa.

Miron. En este lance,
Lo que el discurso no alcance,
¿Quién lo sabrá?

Da. Rita. Barrabas.
Yo ya me he helado los sesos
Y no saco nada en claro.

Miron. Pues pidámosle su amparo
Al padre de los sucesos,
Al tiempo: él nos dirá pronto
Si el acusado sobrino
Es falso, señora, ó fino;
Pero yo sé que él no es tonto.

(Sale Agustina.)

Agustina. Señora, dice la niña... *(Ve al Miron.)*
(¡Ay, Jesus! No reparé
Que habia visita..)

Da. Rita. ¿Qué?

Agustina. Dice...

Da. Rita. ¿Qué cosa?

Agustina. (La riña
Que ella armará, si prosigo
Delante del caballero,
Lloverá sobre mí... ¿pero
Que diré?..)

Da. Rita. ¡Vamos!

Agustina. (¿Lo digo?
¡Sí, yo lo digo..! A mi ver,
¿Qué me importa su capricho?)

Da. Rita. ¿Todavia no lo has dicho?

Agustina. Dice que no ha de coser
Mas.

Da. Rita. ¿Porqué es eso, mulata?

Agustina. Hasta el dia que usted quiera
Comprar una costurera,
Porque la aguja la mata.

Miron. (¡Qué oigo!)

Da. Rita. Dile que si quiere
Chancearse.

Agustina. De ningun modo.

Allá lo ha tirado todo
Y dice que si cosiere
Para alguno, con el *chucho*
Yo misma le dé una *tunda*.

Dª Rita. ¡Qué agudeza tan profunda!
Agustina. Lo dice seria.
Miron. (¡Qué escucho!)
Agustina. Y se ha tendido en la cama
Con la mayor languidez.
Dª Rita. Vamos: le llegó su vez
De bobear.
Miron. (¡Discreta dama!)
Agustina. Y dice que yo le lleve
Un tomo de una novela
Que la niña Micaela
Le ha prestado.

(El Miron se acerca á una mesa y toma de ella un libro.)

Miron. Toma: debe
Ser este libro.
Agustina. Ese es:
Que es uno de pasta oscura.
Miron. (Vamos: ama la lectura,
Aunque se tiende.)
Dª Rita. Anda pues;
Y dile tú que me alegra
Que ya se divierta mas.

(El Miron abre el libro.)

Miron. (Es *El baron de Foblas!..*
Qué miro! ¡Esta si es mas negra!)
Agustina. ¿Me da usted el libro?
Miron. Toma;
Pero déjame apuntar
En este mismo lugar
Con lápiz...

(Escribe en el libro con lápiz y despues se lo da á Agustina.)

(Le daré broma;
Pero broma que le duela.)
Dª Rita. Y dile que se levante.
Agustina. Eso despues que se encante
Un rato con su novela. *(vase.)*

Miron. (Un libro atroz.. ¡Yo estoy lelo.!)
Dª Rita. Pues volviendo á nuestro asunto
Lo menos que me barrunto
Del consabido mozuelo,
Es que él ha puesto asechanzas
A otra muchacha mas rica;
Y esto es lo que á mi me pica.
Miron. Vuelta á las desconfianzas.
Dª Rita. ¿Qué quiere usted? Yo no tengo
Mas que un decente pasar.
Se habrá puesto á calcular
Que acaso no le convengo
Para suegra; y ya usted sabe
Que en tocando el egoismo...
Miron. Usted me ofende á mí mismo,
Si le hace cargo tan grave.
Conozco su corazon
Franco, jeneroso y recto,
Y en él no cabe un defecto
De tamaña dimension.
Mas bien en eso que ha hecho
Debe existir un arcano
Que pretendemos en vano
Saber. (Yo me lo sospecho.)
Dª Rita. ¡Un arcano! ¿Y qué será.?
Yo pienso, señor Miron,
Que en lo que toca á opinion...
Miron. (¡Miren por donde se va!)
Dª Rita. No habrá que poner un pero.
Miron. ¿Acaso yo he dicho nada?
Dª Rita. Porque al fin yo fuí casada
Con mi difunto Sotero,
Antes de darle el dolor
De que al cabo le perdí;
Y si antes con él viví
De aquel modo...
Miron. (¡Esto es mejor!)
Dª Rita. Fué porque éramos incautos,
Mas ya por fin este abuso
Con casarnos se compuso.

Miron. (¡Agréguese esto á los autos!)
Dª Rita. Y dado que no transija
La opinion con madre y padre,
Querer que lo de la madre
Se pegue luego á la hija,
Es querer de todos modos
Dar una sentencia ciega.
Miron. A ella nada se le pega;
(Pero esto despega ó todos.)
Dª Rita. Por todas estas razones
Juzgo que lo mas prudente
Para que despues la jente
No rompa en murmuraciones,
Es que usted hable con él.
Miron. ¡Con don Celestino!
Dª Rita. Sí.
Y le diga... pero aquí
Le tengo escrito un papel, *(Saca un papel.)*
En que le pido que diga
Qué intenta hacer de Merced.
Désele en su mano usted,
Para ver si esto le obliga.
Léalo usted, por si acaso
No le parece bien puesto.
Miron (lee.) „He recibido...” ¿qué es esto?
„De don Felipillo Atraso
„Veinte pesos...”
Dª Rita. ¡Ah! No... no...
Miron. „Del cuarto accesoria...
Dª Rita. A ver
Acá: que es el alquiler
Del cuarto, que se cumplió.
Adentro dejé la esquela.
Voy á buscarla. *(vase.)*
Miron. ¿Hase visto
Mejor sazonado pisto
Para un plato de novela?
Lo gracioso es que no quiero
Meterme en ella; y la Rita,
Como una cosa esquisita,

Me da un papel.... de tercero.
Yo, Miron, yo, vaga sombra,
Que de lejos examino,
Intrigando!...—¿Y Celestino *(en voz alta)*
Qué me dirá?.... *(Sale don Celestino)*

D. Celest. *(en tono trájico.)* ¿Quién me nombra?

Miron. ¡Qué graciosa aparicion!
Pero sábete, Celeste,
Que aunque no es un paso este
De don Pedro Calderon,
Te has metido en una intriga
Que parece de Dumás.
(¿Si él sabrá lo del Foblás?)

D. Celest. Antes que tu voz prosiga
Me has de hacer un gran favor:
Para esto solo me entré
En esta casa.

Miron. Lo haré
Con el contento mayor;
Pero sábete que viene
Pronto tu ex-suegra á esta sala.

D. Celest. ¿De veras?

Miron. Y está que exhala
Centellas.

D. Celest. Pues no conviene
Que me vea: por lo cual
Dale á Merced esta esquela, *(se la da)*
Que aunque yo sé que le duela,
No será el golpe mortal.

Miron. ¡Tú tambien me entregas cartas!
¡Señor! ¿Qué soy yo correo?
Mas no cumplo tu deseo,
Si antes que de aquí te partas,
No me dices el motivo
De olvidar á esa mujer.

D. Celest. ¿Decirlo? No puede ser.

Miron. ¿Por qué?

D. Celest. Porque aquí lo escribo.
Merced te lo esplicará.
Si me dilato en hablar,

Puede la madre llegar
Y todo se perderá.

Miron. Pero dime únicamente:
¿Es grande el motivo?

D. Celest. Es tal,
Que nunca soy mas formal
Que siendo un inconsecuente.

Miron. ¡Cosa extraña!—¿Y con qué estilo
La escribes? No sea cosa...

D. Celest. Con la circunspecta prosa
De un hombre que ya tranquilo
Olvida una cara bella,
Porque le ha infundido horror
Su alma fea; y en favor
De su sosiego y el de ella,
La correspondencia corta
Que ha durado un mes entero,
Sacrificando severo
Lo que agrada á lo que importa.

Miron. Bien pensado; pero date
Prisa á salir, porque siento
Ruido.

D. Celest. Me voy al momento,
Porque temo un disparate
De mi tia.—Y ¿cómo sé
Que has dado tú mi recado?

Miron. Ve á casa: despues de dado
Contigo me juntaré. *(vase don Celestino.)*
Ahora que solo me quedo,
Necesario se me hace
Pensar con qué desenlace
Debe acabar este enredo.
¿De qué arbitrio me valdré
Para que la señorita
Lea esta carta maldita,
Y aunque por *brava* se dé
Saque provecho? La carta
Maldita la llamo yo,
Porque no debe ser, no,
Mas que una prolija sarta

De claridades severas.
En leyéndola la niña,
Se ha de seguir una riña
Conmigo; y á sus tijeras
Tengo un miedo singular,
Pues si en el pueblo me infama,
A un Miron de mala fama
Nadie le querrá mirar.
¿Qué haré?

(Sale Mercedes con el libro que llevó Agustina.)

Mercedes . (¿Quién será este hombre
Que me ama, y escribe así?
Será el Miron?)

Miron (¡Ay de mí!
Mi apuro no tiene nombre.)

Mercedes. ¡Señor Miron!

Miron. ¡Mercedita!

Mercedes. ¿Usted fué quien escribió
Esto en este libro?

Miron. (¡Oh!
¡Casualidad esquisita!
Lo que la dije por broma,
Seriamente he de seguir.]

Mercedes. Qué me quiso usted decir? *(leyendo.)*
,,¡Una inocente paloma
,,Bebe en el raudal impuro
,,De este libro corrompido!
,,Si inadvertencia no ha sido,
,,Yo prometo de seguro
,,Que aunque silencioso y fino
,,Un año la idolatró,
,,Ya no la amará mas, no,
,,El rival de Celestino."—
No supe que esta novela
Era tan perversa: yo,
Como ayer me la mandó
Mi parienta Micaela,
Hoy la pensaba leer,
Pero ya de ningun modo.

Miron. (No está viciada del todo.)

Mercedes. Y se la he de devolver
Diciéndole que otro dia
Me mande obritas mas sanas.
Miron. (¡Pobres doncellas cubanas!
¡Con que descuido se os cria!)
Mercedes. Pero ¿qué intencion secreta,
Amigo, llevaba usted
Con aquello........
Miron. (Ahora sabré
Si Mercedes es coqueta!)
Mercedes. ¿Qué con lápiz apuntó?
Pues por mas que lo examino,
Ser rival de Celestino
Es lo que no entiendo yo.
Miron. ¿Usted no lo entiende?
Mercedes. Ignoro
El sentido literal
De esta frase: *ser rival.*
Miron. Es decir que á usted la adoro.
Mercedes. (¡Qué escucho!)
Miron. Y que hace ya un año
Que mi pasion escondí,
Hasta que obligado asi
Por un cruel desengaño,
La he declarado este dia,
Aunque como usted verá
No digo que quiero ya,
Sino que antes la quería,
Mercedes. (¡Caramba! Esta es mas finura
Que la del otro. ¡Adorar
¡Todo un año sin hablar!
¡Esta se llama ternura!)
Miron. Pero si don Celestino
Es su constante amador,
¿Qué sirve ya que mi amor
Se interne por un camino
En que no veo salida?
¿Qué dice usted?
Mercedes. Yo no sé;
Pero como usted ya ve,

El que me amaba me olvida...
Miron. (¡Qué oigo!)
Mercedes. Y dejar de venir
A verme sin ocasion
Me da una especie de accion.....
Miron. (¡Voluble!)
Mercedes. Para reñir
Y para acojer las pruebas
De otro amor......
Miron. ¿Será posible
Que mi afecto irresistible
No la coja á usted de nuevas?
Mercedes. No señor: yo, la verdad,
En sus miradas leía
Cierta cosa....
Miron. Y ¿no podria
Ser eso pura amistad?
Mercedes. Ay! No.—El verdadero amor
Siempre lo nota una dama
Desde lejos......
Miron. (Qué amalgama
De coquetismo y candor!)
Mercedes. Y aquel que en los ojos lee,
Pronto llega á descubrir
Lo que es amar y sentir
Miron. ¿De veras que usted me cree?
Mercedes. Sin duda.
Miron. Con que yo puedo
Desbancar á Celestino?
Mercedes. Cite usted otro mas fino
Para rival!
Miron. Tengo un miedo....
Mercedes. ¿De qué?
Miron. De entregar el alma
A esta ardorosa pasion.
Mercedes. ¿Por qué?
Miron. Porque va el turbion
Siempre detras de la calma.
Porque si otro me suplanta.......
Mercedes. ¿Usted me juzga coqueta?

Miron. Yo....
Mercedes. ¡Qué agravio!
Miron. Soy poeta
Romántico. Amor me encanta:
Yo amo—¡mas solo una vez!
Mercedes. Ese es el amor sincero.
Miron. Pero es mi afecto tan fiero....
Mercedes. ¡Ese es de mas brillantez!
Miron. Que si celos me dá alguno,
Me echo un lazo ó me echo al rio,
Mercedes. ¡Qué bello amor! (¡Ay Dios mio!)
Miron. Pero no siente ninguno
Como yo. Cuando al papel
Mis impresiones confio,
Mi amor es un vasto rio,
Es un torrente cruel,
Que quema como la lava
Del Vesubio......
Mercedes. ¡Oh! Yo quisiera
Ver una carta siquiera
De usted!
Miron. (¡La pobre se clava!)
¡Una carta!... Aquí traia
Una escrita para usted,
(Saca la carta de Celestino.)
Mercedes. Mi madre viene.
Dª Rita (dentro.) ¡Merced!
Mercedes. Démela usted.
(Coje la carta y la guarda en el seno. Sale doña Rita.)
Dª Rita. Hija mia,
¿No sabrás adonde está
La esquelita que escribí
Para Celestino?
Mercedes. Sí;
¿Pero de qué sirve ya?
Dª Rita. Es que yo se la remito
Con nuestro amigo el Miron,
Para que él nos dé razon.......
Mercedes. Ya yo no la necesito.
Pórtese él de la manera

Que le parezca mejor:
¿Qué me importa á mi su amor
Cuando hay otro que me quiera?
Dª Rita. ¡Otro!
Mercedes. ¡Qué bien cerca está!
Dª Rita. ¿Es nuestro amigo?
Mercedes. Cabal.
Mire, siendo su rival,
Con que gusto le dará
La esquela.
Dª Rita. Yo no te creo.
Mercedes. ¡Qué tonta es usted, mamá!
Miron. (¡Lindo estilo!)
Dª Rita. Y ¿quién dirá
Que es cierto?
Mercedes. Yo que lo veo.
Se muere por mis pedazos.
Dª Rita. Pero....
Mercedes. ¡Cierre usted el pico!
Dª Rita. Es que... pues bien: no replico.
Miron. (¡Si la manda á zapatazos!)
Dª Rita. Pero quisiera tener
Una señal evidente
De ese amor.
Mercedes. Pues prontamente
La voy á satisfacer.
(Saca la carta que guardó.)
Usted permita, amiguito,
Ya que mi mamá es tan terca,
Y la prueba está tan cerca...
Miron. ¡Leer!.. Yo no lo permito,
Si no me promete usted
No decir una palabra
Hasta el fin.
Mercedes. Yo sí.
Miron. Pues abra
Ahora.
Dª Rita. Lee, Merced.
Mercedes (leyendo.) „Mi primita, antes amada...”
¿Qué es esto?

Miron. Hasta concluir
No me debe usted decir
Reparo, nota, ni nada.
Siga usted.

Mercedes (leyendo.) „Una doncella,
„Cuyo mediano pasar
„Nunca lo debe olvidar,
„Cuando repare que es bella,
„Para que con la instruccion
„Resarza al fin de algun modo,
„En parte ya que no en todo,
„Faltas de su educacion,
„O si no quiere instruirse
„Debe aprender á coser,
„Pues aunque nació mujer
„Siempre tendrá que vestirse,
„¿Será razon que olvidada
„De sí, tan dejada sea,
„Que nunca cosa, ni lea,
„Ni piense al fin ni haga nada?
„—No, me dirás.—Y esta bella,
„Añado, se hará querer,
„No sabiendo nada hacer,
„Por su linda cara de ella?
„—Menos: dirás.—¿Y el mancebo
„Que la ame durante un mes,
„Si la examina despues,
„Hace en dejarla algo nuevo?
„Hará lo que es natural..."
Señor Miron....

Miron. Yo no digo
Nada hasta el fin.

Dª Rita. Pero, amigo...

Miron. ¡Siga usted!

Mercedes. (¡Estoy mortal!)
(Lee.)—„Por tanto querida prima,
„No te asombre abandonarte
„Uno, que no puede amarte,
„Aunque es verdad que te estima.
„Un mes te amé: no es extraño

,,Que busque la paz que sigo
,,En otro amor. Si contigo
,,Algo puede un desengaño,
,,Ama la buena lectura,
,,Si es que la buena disciernes,
,,Para que cuando la alternes
,,Con tu precisa costura,
,,Al paso que ella te alegra,
,,Pueda hablarte tu marido,
,,Sin sospechar que se ha unido
,,Con una ignorante negra.
,,Y aunque ya nuestro camino
,,No es uno el dia de hoy,
,,Siempre el que te amaba soy,
,,Y siempre soy Celestino."—
¿Con que es decir...?

Miron. Que se porta
Muy comedido el primito,
Porque yo no hubiera escrito
Carta, señoras, tan corta.

Dª. Rita. Y ¿qué mas diría usted
A Merced?

Miron. A Merced no.
¡A usted que así la crió!

Dª. Rita. Yo no gobierno á Merced.

Miron. Peor que peor: por eso
Hay mas que tachar, señora.
Pues ¿quién en el dia ignora
Que el mimar es un esceso
Que no se cura jamas?—
Y añado que es cosa fea
Que la que no lee, lea
Ese libro de Foblas:
Libro de horrendas resultas
Que no se puede mentar
Sin hacer horrorizar
Las almas castas y cultas.

Mercedes. Buena burla me ha jugado
Usted: por abandonada,
Por tonta y por mal criada

A sus ojos he quedado.
Y he sido tan indiscreta
Que me llegué á descubrir.....
¡Ay! *(vase cortada.)*

Miron. (No ha podido decir
Que ha quedado por coqueta.)—
Con que ve usted, doña Rita,
Como tenia el sobrino
Razon?

Dª. Rita. El tal Celestino....

Miron. Es bueno.

Dª. Rita. Pero me irrita.

Miron. No ha hecho ningun desvario,
Y para dar de esto fé,
De este lance compondré
Un nuevo artículo mio.

Dª Rita. Si usted me pinta, me pierdo.

Miron. Yo tambien seré del acto.

Dª. Rita. ¿Qué título?

Miron. El mas exacto:
El inconsecuente cuerdo.



III.

EL TU Y EL SU MERCED.

PERSONAS.

DON LUCAS.—ANICETO.—DON NICOLAS.—NICOLASILLO.—UN NEGRO.—EL MIRON.

Cuarto del Miron amueblado modestamente.

(*Salen don Lúcas y el Miron.*)

D. Lúcas. ¡Ay, señor Miron! Usted,
Que no hay cosa que no mire,
Hoy se ha perdido de ver
Un paso, que si se imprime,
Segun lo extraño que ha sido,
Se tendrá por increible.
Miron. ¿Y dónde ha pasado?
D. Lúcas. Dónde?
En casa del sabio insigne,
Que atendiendo á sus libracos,
Ni ve cuasi como vive:
En la casa de mi hermano
Don Nicolas.
Miron. Usted pinte
Lo que ha sido.

D. Lúcas. Es una cosa
Que parece inverosímil.
Miron. Tanto la pondera usted,
Que cuando me la descifre
No parecerá gran cosa.
D. Lúcas. No es raro que yo me admire
Que un docto como mi hermano
Que de mis cosas se rie,
Y que me está aconsejando
Siempre que me civilice,
Haya cometido un yerro
Que con el mayor compite.
Yo, usted vé, soy un guajiro
Que no lee y que no escribe;
Y siendo así, reconozco
Que por mas que desatine,
No soy capaz de haber hecho
Lo que en esa casa vide.
Miron. Qué vió usted?
D. Lúcas. Usted se azore.
Sepa usted que ayer le hice
Una visita, y estando
Con su mujer Eduvijes,
Y otros dos ó tres señores..,.—
Es la cosa mas horrible
Que se ha visto, ni se ha escrito!..—
Se apareció..—¿no me dice
Usted quién?
Miron. ¡Hombre! ¿Soy brujo,
Para que yo lo adivine?
D. Lucas. Su hijo mayor Nicolas,
Que se acercaba á pedirle
La bendicion; y delante
De la jente (que es factible
Que ya por todo ese pueblo
Habrá divulgado el chisme)
Le dijo á su padre...— ¡Oh Dios!
¿Estas cosas se permiten
En el siglo diez y nueve..?
Miron. ¿Qué le dijo? Usted me aflije.

Una desvergüenza?

D. Lúcas. No:

Mucho peor.

Miron. Finalice

Usted, que mi admiracion

Ya llega á su mayor crisis.

Qué fué?

D. Lúcas. Le trató de *tú!*

Mas qué es esto? Usted se rie!

Miron. Hombre! Y para esta simpleza,

Para decirme este chiste,

Me tiene usted tanto tiempo?

D. Lúcas. Señor Miron! Qué me dice?

Simpleza es tutear á un padre?

Así Dios me glorifique,

Como no me he visto en lance

Que tanto me escandalice.

Llamar á su padre *tú*!

Eso allá entre los caribes,

O entre los moros!

Miron. Cuidado

Que tiene cosas terribles

Usted!

D. Lucas. Jamas en mi casa

Fuimos nosotros tan viles,

Que dijésemos palabra

Tan atroz!

Miron. Hombre! Qué dice?

D. Lúcas. No señor: entre nosotros,

Que hemos sido como quince,

Ha habido.... cómo ha de ser?

Rateros y borrachines

Dos ó tres; pero ninguno....

A gritos puede decirse!

Fué mal hablado.—Señor,

Si desde que oí al belitre

De Nicolasillo aquello,

Se me ha exaltado la bilis!

Jesus! Es cosa que espanta.

De aquí puede deducirse,

Cuando el bobazo del padre
Al hijo se lo permite,
Qué manera de educar
Es la que mi hermano sigue.

Miron. Pero el dejarse tutear
¿Qué buen resultado impide
En la enseñanza?

D. Lúcas. Y un hombre
Advertido me lo dice?
Pues yo, imitando á mi padre,
Y con el fin de infundirle
Respeto, nunca á Aniceto
Se la perdono, si omite
El *su merced.* No sufriendo
Que se me familiarice,
No hará mas que lo que quiero.

Miron. Si en eso solo consiste
Su educacion, el muchacho
Poco adelantar consigue.
Y aun con esto digo poco.
Bastante pierde.

D. Lùcas. Es posible!
Pues eso yo no lo creo.
(Salen don Nicolas y un negro.)

D. Nicol. *(al negro)* A Nicolasillo dile
Que ahora el sol está muy fuerte,
Y que á la tarde lo *empine.*

Negro. Señor, el niño yo creo
Que hará lo que se le dice;
Pero si el niño Aniceto
Se empeña en que ha de salirse
Con volarlo....

D. Nicol. Yo no quiero
Que los dos se atabardillen.

Negro. Pero es que el niño Aniceto
Puso el cordel y los güines,
Y niño Nicolasillo
El papel.

D. Nicol. Están en litis?
Pues yo haré por remediarlo.

Amigo Miron, felices.—
Lúcas, se me ofrece un pleito
Y no quiero decidirle
Sin tu anuencia. Aniceto
Y mi Nicolas insisten
En volar un *papalote*
De que ellos fueron artífices.
Ambos lo han compuesto á medias.
El sol está muy terrible,
Y la brisa está muy floja:
Yo, para que no peligre
Su salud, mando á mi hijo
Que por la tarde lo *empinen.*
Mas como el tuyo es en parte
Dueño tambien, no es posible
Que yo use de mis derechos
Sin que los tuyos lastime.
Qué quieres tú que se haga?

D. Lúcas. Yo! Dejarlos divertirse.
Miron. Pero el sol, como usted oye,
Puede que les orijine
Algun tabardillo.
D. Lúcas. El sol
No es malo que los castigue,
Por si tienen algun dia
Que andar en el campo.
Miron. (Es chinche!)
D. Nicol. Pero, Lúcas....
D. Lúcas. Yo me entiendo.
D. Nicol. Bien pensé que era temible
Tu decision. Pues mi hijo
No quiero que se aterrille.
D. Lúcas. Pues el mio ya se ha hecho
Cuando viví en Macurijes.
Miron. De modo que en vez de hacer
Que este pleito se termine,
¿Quiere usted que continúe?
D. Nicol. Yo no sé porque te obstinas
En no ceder.
D. Lúcas. Pues yo sí.

Tienes modo tan risible
De educar, y tan distante
De nuestros usos civiles,
Que me he propuesto oponerme
A todo cuanto imajines,
Porque no crean que yo
En cosa alguna te imite.

D. Nicol. ¿Usté ha visto cosa igual,
Señor Miron?

Miron. Malos fines
Tiene él consabido pleito.
¿Qué es lo que al fin se decide?

D. Lúcas. Que empinen el papalote.

D. Nicol. Yo digo que no lo empinen.

Negro. Señor, que digo á los niños?

D. Lúcas. A Aniceto que se olvide
De todo, y que se divierta.

D. Nicol. A Nicolas, que ya dije
Que á estas horas no lo vuele.

Negro. (Guerra tenemos!) *(vase.)*

Miron. Dificil
Fuera encontrar otro medio
Que en lugar de que aniquile
Completamente los pleitos,
Mas pronto los multiplique.

D. Lúcas. Qué quiere usted? Cada loco
Con su tema.

D. Nicol. No me piques
Hasta el punto que te diga
Que el señor Miron concibe
Quien de los dos es el loco.
Y ya que tú me dijiste
Que no es posible que en nada
Que trate yo hacer me imites,
Como yo no entiendo, Lúcas,
La causa por que lo dices,
Preciso será que ahora
Te pida yo que te espliques.

D. Lúcas. No es nada dificultosa
La esplicacion. Que es risible

Tu manera de educar,
D. Nicol. Por qué?
D. Lúcas. Por el modo libre
Con que tu hijo te tutea.
D. Nicol. El *tú* con que él me distingue
Estrecha mas el cariño
Que en nuestras almas existe.
D. Lúcas. Qué ha de estrechar? Ese *tú*
Es una palabra horrible
Hablándole un hijo á un padre.
El respeto la resiste.
D. Nicol. No quiero que él me respete
Tanto como que me estime
Y me quiera.
D. Lúcas. Pues á *taita*
Recuerda que no dijiste
Nunca el *tú* que ahora celebras.
D. Nicol. Fué que no quise aflijirle;
Mas cuando yo le trataba
Con un *su merced* humilde,
Reconocí claramente
Que el filial afecto jime
Con tal dictado, y aquello
Mas que amarle era servirle.
Pero esta costumbre goda,
Lúcas, que se nos trasmite
De antiguo, ya irá cediendo
Al impulso irresistible
De las modernas ideas.
D. Lúcas. ¿Y quién con ellas transije?
El que es bobo.—Mi Aniceto
Nunca entrará, ni por chiste,
En esos usos.
Miron. Señores,
Pero ¿quién es el que afirma
Que el tratamiento de *tú*
Es barómetro infalible
Para calcular la mala
Educacion?
D. Lúcas. Yo lo dije

Y lo repito; y añado
Que es una muestra visible
El *su merced* de que el niño,
Que al tratamiento estile,
Se ha criado como debe.
D. Nicol. Tú lo sostienes?
D. Lúcas. Y firme.
D. Nicol. Yo sostengo lo contrario.
Miron. ¿Cómo podrá decidirse
Este interesante pleito?
Aniceto (dentro.) Va que no es verdad?
Nicolasillo (dentro.) No grites!
D. Lúcas. Este segundo litijio
Nos obliga á interrumpirle.
(*Salen Aniceto con un papalote grande en la mano y Nicolasillo.*)
Aniceto. Aquí los tienes. Pregunta.
Nicolasillo. Señores, si me permiten
Ustedes, diré á mi padre
Una palabra.
Aniceto. No estires
Los cumplimientos, y empieza:
Que si es verdad que él lo dice...
Nicolasillo. Calla tú!
Aniceto. Me callaré;
Pero haré lo que me oiste.
D. Nicol. Qué ha habido?
Nicolasillo. ¿Es verdad, papá,
Como Sinforiano dice,
Que tú....
D. Lúcas. (Jesus! Qué palabra!)
Nicolasillo. Me has mandado que no *empine*
El papalote?
D. Lúcas. (Esta falta
De respeto es insufrible!)
D. Nicol. Yo lo mandé, porque el sol
Tal está, que no es posible
Que deje de hacerte daño.
Nicolasillo. ¿Sabes tú lo que dió oríjen
A dudarlo, y á venir

A saber si lo dijiste?
Habernos dicho el criado
Que el señor don Lúcas dice
Que lo permite *empinar*,
Cuando tú no lo permites.
Y aunque yo puedo en el patio,
Sin que el sol me mortifique,
Volarlo, bajo el alero
Del cuarto nuevo que hiciste,
Hasta la tarde, papá,
No quiero ya divertirme.

D. Nicol. Espérate: si es verdad
Que ese cuarto los abrigue
Contra el sol, yo les permito
Que en el momento lo *empinen*,
Si es que lo consiente Lúcas.

D. Lúcas. (Este quiere que lo imite.)
No señor. Hasta la tarde
No es bien que se verifique
Lo del volarlo.

Aniceto. *Taitica!*
Su merced es insufrible!

D. Lúcas. ¿Qué me has dicho?

Aniceto. Su merced
Trata solo de aburrirme,
Y yo....

D. Lúcas. Qué dices, *guanajo?*

Aniceto. Que el *guanajo* es mas creible
Que lo sea su merced,
Pues cuando no me permite
Empinar el papalote,
Yo hallo modo de salirme
Con la mia.

D. Lúcas. Cual es?

Aniceto. Este:
No dejando ni los güines. (*Rompe el papalote*)

D. Lúcas. Pícaro! Atrevido! Espera!
(*Va á darle con el baston, y Aniceto huye.*)

Nicolasillo. Tio, no te encolerices
Contra él, sino contra mí.

D. Lúcas. Por qué?
Nicolasillo. Porque fuí quien vine
A irritar con la cuestion
Los ánimos.
D. Lúcas. Qué me dices?
Nicolasillo. Que yo lo merezco todo.
Y al ver que el baston dirijes
Contra Aniceto, no es justo
Que del castigo me libre.
Pégame á mí, si á él le pegas.
(Se arrodilla ante su tio.)
D. Lúcas. Alzate del suelo!
Nicolasillo. Humilde
Te pido que á mi primito
Esta vez no lo castigues.
D. Lúcas. Dame un abrazo: yo juro
Que aunque es verdad que él me irrite,
Le perdono, porque tú,
Nicolasillo, lo pides.
Nicolasillo. Con eso puedo decir
Que ahora voy á divertirme. *(vase.)*
Miron. Con que ¿qué dice don Lúcas?
D. *Nicol.* Ya ves tú como es posible
Que tratando un hijo á un padre
De *su merced*, se le olvide
Aquel profundo respeto
Que el ser su padre le exije?
D. *Lúcas.* No tan solo noto eso,
Pero mi mente concibe
Que el *tú*, sin quitar á un padre
Sus fueros imprescriptibles,
Aviva mas el afecto
Filial.
Miron. ¡Ojalá motive
Este suceso algun cambio
En las costumbres civiles,
Reconociendo que el hombre
Solo por amor se rije!

IV.

SABER ALGO.

PERSONAS.

Don Luis.— Sofia.— Una mulata.— Un negro musico.— Una negra.—El Miron.

Casa de don Luis.

(Salen don Luis y el Miron.)

Miron. Usted debe ser dichoso,
Al menos como imajinan,
Señor don Luis, muchos hombres
Esto que llaman la dicha.
Posée usted dos injenios,
Y un cafetal que se estima
El mejor del Aguacate.
Tiene usted una escesiva
Cantidad de casas buenas,
Que todas cuando se alquilan
Le procuran una entrada
Como de treinta amarillas
Todos los meses.
D. Luis. Amigo,
Esas casas y esas fincas
Me vinieron por herencia,

Y no me dan ni me quitan
Satisfaccion. Ningun goce
Nos proporciona alegría,
Si antes no nos dió trabajo.
Soy viudo, y ya tengo encima
Cincuenta y dos: mi mujer
Solo me dejó una hija,
Y mi hija no es hermosa.

Miron. Es verdad; mas siendo rica,
No hay duda que es un partido
En el pueblo de codicia.

D. Luis. Y siendo así, ¿de qué nace
Que se me esté todavia
Sin casar? Ya tiene treinta
Primaveras, y aun no pica
El pez.

Miron. Mas de un dia á otro....

D. Luis. No, no: de un dia á otro dia
Se va poniendo mas vieja,
Y esto es lo peor.

Miron. Las ricas
Pueden siempre impunemente
Envejecer.

D. Luis. Yo querria
Que antes de que envejeciese
La dejase establecida.
Estoy tratando casarme
Con una jóven tan linda
Como pobre: fué una oferta
Que al tiempo que se moria
Hice á su difunta madre,
Que fué mi mejor amiga.
Yo no fuerzo á la muchacha,
Porque por tal que no digan,
Ha tres años que dilato
La boda. Al fin, ella misma
Consiente en ser mi mujer,
Porque haciéndome justicia
Sabe muy bien que yo trato
De darle una buena vida.

Pero no quiero meterla
En casa, hasta que Sofía
No salga de ella: usted sabe
Que empezando en armonía,
Al fin madrastras y nueras
Disuenan, riñen y chillan,
Y adios gusto!... Lo que ahora
Me entristece y mortifica
Es no atinar con la causa
De que no pueda mi hija
Hallar novio.—Usted, amigo,
Que todo lo nota y mira,
¿Qué va que no me resuelve
Tan dificultoso enigma?

Miron. No empeñe usted mi amor propio
En tan curiosa pesquisa:
Que si usted me arroja el guante,
No será cortesanía
Dejarlo en tierra.

D. Luis. Pues ea!
Qué término necesita
Usted para averiguarlo?

Miron. Yo no puedo fijar dias:
Que si al indagar las causas,
Veo que se multiplican,
Es fuerza alargar el plazo.

D. Luis. No señor: la bizarria
De un buen adivinador
Es lo pronto que adivina.
¿Quiere usted quince minutos
De término?

Miron. Ave María!

D. Luis. Nada mas ni menos. Yo,
Por dependencias precisas
Que me roban los momentos,
Y sin esa sangre fria
De usted, no soy para el caso:
Mas cuando usted me lo diga,
Le deberé una fineza
Que la estimaré grandísima.—

¡Qué sé yo que gran defecto
Podrá tener mi Sofía
Que yo no lo noto.

Miron. Entonces,
Como siempre es mi divisa
Hablar claro, usted dispense
Que mi indagacion la diga
Sin rebozo.

D. Luis (yéndose.) Eso se entiende.

Miron. Dónde va usted?

D. Luis. Ahora iba
A despachar mi correo:
Dos cartas á la Península.
Me demoraré los quince
Minutos mientras escriba
Las dos; pero cuando salga
Del escritorio, y le pida
Razon del pactado exámen,
Ya usted tendrá concluida
Su negociacion.—Le aviso
Que yo le he dado á Sofía,
Porque en esto de educar
Soy torpe como un mandinga,
Todo el dinero que quiere
Para alfileres y cintas,
Y para buscar maestros.
Esta nota preventiva
La debo hacer, con objeto
De adelantar la pesquisa.
Obre usted con libertad:
Pregunte, inquiera, no omita
Medio alguno para el logro;
Y si no aclara el enigma,
Diré al público cubano
En tres *Auroras* seguidas
Que usted no vale un comino
Con respecto á articulista. *(vase.)*

Miron. En buen compromiso pone
El don Luis por vida mia
Mi carácter literario.

¿A quién pediré noticias
Para conocer el jenio
De una niña única y rica,
Y deducir despues de esto
Las consecuencias precisas
Que á estar sin casar la fuerzan?
Y tengo que hacerlo aprisa,
Porque los quince minutos
Pronto se van.—Fantasia,
¿Qué debo hacer? Si por tí
Es prudencia que me rija,
Pues me hallo falto de datos,
Y el hombre cuando cavila
Tiene que echar de tí mano,
En esta situacion crítica,
¿Qué me sujieres?... ¿que piense
En que se llama Sofia?
Este nombre es de discreta,
Y si á esto añado en seguida
Que dice el padre que es fea,
No tiene duda, la niña
Debe haber dado en pedanta
Tal vez por ser instruida.
Esta sospecha la aumenta
El ver en aquella esquina
Del salon un gran armario (*Sale una negra*)
Que será su librería.
A ella va andando una negra,
A la que tal vez Sofia
Le habrá dicho que le traiga
Una novela.—María,
Si es que María te llamas,
Dime: lo que allí se mira
No es biblioteca?

Negra. Señor,
Si es, y yo vengo á abrirla.

Miron. Qué libro es el que te pide?
Tu graciosa señorita?
(Voy acertando.)

Negra. Señor,

Su librito de oir misa,
(Abre el armario y saca lo que dice.)
Su abanico y su manton,
Que están aquí todavia
Desde el domingo pasado.

Miron. (Lo que creí librería
Es guarda-ropa.)—Pues dime:
No dices tú, morenilla,
Que esta es biblioteca?

Negra. Así
La llama la señorita,
Porque esta era de su padre;
Mas como niña Sofía
Nunca lee....

Miron. (Qué oigo, cielos!)

Negra. Parte de su prendería
La guarda aquí, y de su ropa,
Porque ya no le cabian
En los dos escaparates
Que tiene dentro. La niña,
Como nunca tiene arreglo,
Todo lo coje y lo tira
Donde quiera.

Miron. (Conjeturas,
Salisteis todas fallidas.)

Negra. Prueba de su mal gobierno
Es hallar aquí metida *(la saca del armario)*
Esta guitarra que ahora
La dejaré en esta silla. *(la pone.)*
¿Quién encontrará la funda?
Ya yo la doy por perdida.
Jesus! Desde que tuvieron
El concierto el otro dia
Ella y la niña Mariana,
No parece. *(vase.)*

Miron. Qué noticia!
Concierto dijo?... No hay duda:
Siempre observé que las niñas
Filarmónicas no son
Ordinariamente amigas

De la lectura. A mas de esto,
Esa dejadez continua
Se amalgama fácilmente
Con la musical manía:
La música enerva el alma:
No es mucho que el cuerpo siga
Su impresion. Ya voy abriendo
Camino. La tal Sofía
Deja por capricho el piano,
Y á la guitarra se inclina.
Ya he dado con el misterio.
Estas mujeres artistas
De Cuba son celebradas,
Son chilladas y aplaudidas;
Pero lo que yo reparo
Es, sin ver que lo motiva,
Que no pocas de ellas tardan
En desposarse. ¿Esto estriba
En que no á todos les gustan
Conciertos y musiquitas?
No sé. (*Sale un negro músico.*)

Negro. Felices, señor.
Como supe por Martina,
La mulata costurera
Que sirve á niña Sofía,
Que mi guitarra está acá....

Miron. (Si será el maestro?)

Negro. Ha dias,
Desde aquel en que me honraron
Ella y la otra señorita
Mandándomela pedir,
Porque vivo ahí en la esquina,
Yo, en atencion á que tengo
Que ir á casa de mi prima,
Donde hay una francachela,
A reclamarla venia.

Miron. Ahí la tiene usted.

Negro. Señor,
Dispense usted la impolítica
De llevármela tan pronto;

Mas como sé que la niña
No toca nada....

Miron. (Qué escucho!)

Negro. Pues la niña Marianita
Fué la que punteó una danza....

Miron. (Otro chasco!)

Negro. La pedia *(coje la guitarra.)*
Porque yo la necesito,
Y ella no.—Felices dias. *(vase.)*

Miron. Vaya usted con Dios.—¿Qué es esto,
Sospechas desvanecidas?
Ni amiga de la lectura,
Ni de la música amiga
Es la muchacha. Pues cierto
Que adelanto en mis pesquisas!

(Sale otra vez el negro músico.)

Negro. Señor, soy vuelto por causa
De ver si el señor evita
Un chasco.

Miron. Un chasco! (Qué es esto?
Volved, sospechas antiguas!)

Negro. Es que el señor no es de casa,
Y como es cosa mal vista
Que me lleve la guitarra
Sin que lo sepa Martina
Por lo menos, yo no quiero
Que en lo adelante se diga
Que yo he metido al señor
En ninguna tropelía.

Miron. (Este si es chasco de chascos!)
Yo tengo con la familia
Mucha amistad, y jamas
De mí se sospecharia
Ninguna cosa. Usted nunca
Me venga á mí con malicias.

Negro. Señor, usted me dispense
Si hablé con mayor franquicia
De lo que debo. Usté es blanco
Y saldrá bien de una intriga;
Mas yo, que soy de color,

Fácilmente seré víctima.
Con licencia del señor:
Voy á decirle á esta amiga
Lo notificado. (*Se acerca á un cuarto.*)
Abra
Usted aquí, ña Martina! (*Sale una mulata.*)

Mulata. ¿Se lleva usted la guitarra?

Negro. Sin ponerlo en su noticia
No lo quise hacer.

Mulata. Pero, hombre,
Ahora que tengo la dicha
De encontrarle, diga usted:
La fiesta de Ceferina
Cuando se hace?

Negro. Esta noche.

Mulata. Cómo!

Negro. Por eso pedia
La guitarra.

Mulata. Y no le dije
Que me diese la noticia
Como una semana antes?

Negro. Ha sido cosa imprevista.

Mulata. Usté anduvo descuidado:
Puede ser que yo no asista.

Negro. Por qué?

Mulata. Porque eso depende
De si ha acabado la niña
El dibujo.

Miron. (Qué oigo!)

Mulata. Ahora
Debe estar entretenida
En eso: hasta que no acabe
No pienso yo que estoy lista.
Voy á traer la razon.
Espérese. (*vase.*)

Miron. (Quién creeria
Que siendo del bello sexo
La pasion mas decidida
La música, haya en el pueblo
Una mujer que dedica

Sus ratos á dibujar?
Quién sabe si está escondida
Otra madama Lebrun
En la modesta Sofía!) *(Sale la mulata.)*

Mulata. Nada, amigo, ya no bailo.
Negro. Por qué ha sido, ña Martina?
Mulata. Como me quise fiar
En las cosas de la niña,
Me he dado chasco.
Negro. ¿No quiere
Darle licencia que asista?
Mulata. No señor: ¡si ni ha empezado
El dibujo!... Y ella misma
Dice que ya no lo hace.
Negro. No lo hace!
Mulata. Porque no atina.—
Vea el señor caballero
Si hay igual majadería.
Miron. En efecto, es un capricho
Que usted no baile, Martina,
Porque ella no concluyese
Lo que dibuja. Usted diga:
¿Qué es lo que tiene que ver
Quien baila con el que pinta?
Mulata. Muchísimo.
Miron. Cómo es eso?
Mulata. Porque me ofreció la niña
Dibujarme, si pudiese,
El túnico que yo iba
A estrenar. Todo el trabajo
Era hacerme florecitas
Con lápiz en un papel.
Miron. (Qué escucho! Tercera pifia!)
Mulata. Y no ha podido.
Miron. (Esto mas!)
Negro. Yo lo siento, ña Martina;
Pero no puedo llorar.
Mulata. Pues yo si lloro de envidia
De que se diviertan otras,
Y yo me esté aquí metida

Cosiendo tanto!...

Negro. Es decir
Que aquellas cuatro dancitas
No las las bailo con usted?

Mulata. No señor.

Negro. Usted permita
Que las baile con Ignacia.

Mulata. Diviértase usted.

Negro. Amiga,
Pudiera usted divertirse
A no ser tan presumida. *(vase.)*

Miron. Consuélese usted cosiendo.

Mulata. Ay, señor! Yo coseria
Con gusto, si las costuras
Me las diesen con medida;
Pero desórden tan grande
Como el que tiene la niña
No se ha visto! Estando yo
Haciendo una camisita,
Quiere qüe marque un pañuelo;
Y si empiezo, me lo tira
Para que le ribetee
Zapatos que le precisan.
Así no me entiendo yo,
Ni el *dianche* se entenderia.

Miron. ¿Con que es decir que no sabe
La interesante Sofia
Ni coser, ni ribetear,
Ni marcar?

Mulata. Nada, nadita.

Miron. (Estamos frescos!)

Mulata. No quiere
Dar puntada, porque afirma
Que se le ponen las manos
Muy gordas. *(Sale Sofia.)*

Sofia. Dime, Martina:
¿No ha venido.... Mas qué veo?
Usted aquí de visita,
Señor Miron!

Miron. Esperando

A que salga su *taitica*
Del aposento en que escribe;
Aunque en lengua mas castiza,
En vez de estar esperando,
Temiendo estoy su venida.

Sofia. Por qué?

Miron. Porque es un negocio
Que me apura, y él me obliga
A que le dé una razon
Que aun no ha podido inquirirla.

Sofia. ¿Se puede saber cual es?

Miron. Decírsela yo á usted misma!
No puede ser.

Sofia. Pues ¿acaso
Estoy en eso metida?

Miron. Usted es la interesada;
Pero será groseria
Que yo se la diga á usted.

Sofia. Y yo ¿de quién lo podria
Saber?

Miron. Quizá de su padre,
Si es que él conviene en decirla.

Sofia. No sé qué razon es esa,
Que es razon que no se diga
A la interesada.

Miron. Es una
Que su padre me pedia
Acerca de usted: pidióme
Contestacion decisiva,
Porque él no puede saberla
Y piensa que yo podria.
Me ha dado quince minutos
Para tratar de inquirirla,
Y ya han pasado los quince
Y no la sé todavia.
Qué le diré?

Sofia. Amigo mio,
El apuro que le hostiga
No será como el que tengo.
Su misteriosa noticia

Me pone en curiosidad
Tan grande, que voy *ahorita*
A hacer que salga papá
Para que usted se la diga. *(yéndose.)*

Miron. Deténgase usted, por Dios,
Porque está comprometida
Mi opinion en la razon
Que he de dar á su *taitica*,
Y no la sé.

Sofia. Cada cosa
De las que usted me noticia,
Aumenta mas mi deseo.

Miron. (Eso es lo que yo queria:
Picarla, porque despues
Obre mas la leccioncita.)
Pero usted me obliga á huir
Si llama á su padre, niña.
Espérese usted un poco.
Su padre vendrá y aprisa
Sin que usted lo llame, y yo
Le pediré que le diga
La razon á usted, se entiende
Despues de hacer mi salida.
No se apure tanto. Usted
Cuando del cuarto venia
Entró diciendo: ¿ha venido....
A su criada Martina,
Y al verme no continuó,
Qué era lo que usted decia?

Sofia. Ha venido el tio Liborio?

Mulata. Su mercé está decidida
A aprender el baile?

Miron. (Oh cielos!
Pues qué! Ni bailar sabia?...)

Sofia. No, Martina: me parece
Que habrá de escitar á risa
Ver á una mujer ya hecha,
Que se olvidó cuando niña
De aprender, que aprenda ahora.
Dí que no se necesita.

Mulata. Es posible! Y por qué es eso?
Sofia. Como de un dia á otro dia
Me puedo casar, qué vale
Saber bailar?
Miron. (Pobrecita!
Qué poco apurada está!) *(Sale don Luis.)*
D. Luis. Señor Miron, ¿qué hay de enigmas?
Miron. (Pobre de mí! El apurado
Soy yo!)
D. Luis. Qué buscas, Sofia?
Sofia. Una cosa de importancia
Que el señor ha de decirla,
Y esperamos por usted.
D. Luis. Luego te la diré.
Sofia. Aprisa,
Porque en mi cuarto le espero.
(Vanse ella y la mulata.)
D. Luis. Las cartas ya están escritas,
Y el cuarto de hora corrido.
Miron. Y usted ¿qué quiere?
D. Luis. Que diga
El señor Miron la causa
De estar célibe mi hija,
Siendo tan rica y decente.
Qué jenio tiene la chica?
Miron. No sé.
D. Luis. Pues usted qué ha hecho?
Diga usted: y á qué se inclina?
Miron. No sé.
D. Luis. Mis muchos negocios
Me impiden hasta este dia
Saber qué maestros tiene,
Y á qué cosas se dedica.
Ella qué sabe?
Miron. No sé.
Yo me pensé que era amiga
De la lectura, y no lee
Una pájina en su vida:
Despues sospeché que fuese
Filarmónica, y me esplican

Que nunca ha tocado nada.
Luego concebí en seguida
Que dibujase, y no solo
No sabe echar ni una línea,
Pero ni da una puntada.

D. Luis. Pues perdió la apuestecita
Usted.

Miron. Antes la he ganado.
Si no toca, si no pinta,
Si no lee, si no cose,
Si está ociosa todo el dia,
¿Qué mas causa quiere usted
Que su matrimonio impida,
Que ser un inútil mueble
Que á todas luces fastidia?
¿Acaso imajina usted
Que la exonere el ser rica
De saber?

D. Luis. No tiene duda:
Usted descifró el enigma.

Miron. Pues vaya usted á su cuarto,
Y al contárselo á Sofía,
Que ya le espera impaciente,
No olvide usted de decirla
Que es fuerza que sepan algo
Aun las que nacieron ricas.

V.

HIJO Y PADRE LITERATOS.

PERSONAS.

DON MARCELO.—DON JAIME.—UN LIBRERO.—EL MIRON.

Librería con sillas y mostrador.

(Salen el librero y el Miron.)

Librero. Vamos: al fin quiso dar
Su prometido paseo,
Señor Miron, por mirar
La Habana.
Miron. Y ¡qué buen mareo
Que me ha llegado á costar!
Librero. Es que las grandes ciudades
Son como las damas bellas,
Que el contemplar sus beldades
Nos cuesta penalidades.
Miron. Yo me conformo con ellas,
Con tal que halle una porcion
De novedades picantes.
Librero. ¿Con qué usted siempre Miron?
Miron. Siempre la misma pasion
Sin crecientes ni menguantes.

Librero. Pues llega usted, camarada,
En ocasion en que cebe
Su escrutadora mirada.
Miron. En qué?
Librero. En la gran turbonada
Que continuamente llueve
Dramas románticos.
Miron. Ya
En mi buen pueblo he leido
Algunos que echan de acá,
En los que siempre se dá
Una tunda al buen sentido.
Los malos imitadores
De Victor Hugo y Dumas
Tejen y tejen horrores,
Aunque los espectadores
Se están dando á Barrabas.
Pero inadvertidamente
Critico yo sin rodeo
Este pecado presente,
En que usted ha sido reo.
Librero. Pero reo penitente.
Es verdad que yo escribí
Un drama, y drama infernal,
Pero cuando conocí
Lo que era, si no hice aquí
Por cariño paternal,
Un auto de fé con él,
Lo desterré de la luz.
Miron. No ha sido usted muy cruel.
Librero. Al fin el vender papel
Y libros no es poca cruz,
Sin lidiar con la censura,
Y arrostrar los mil chiflidos
Del público que murmura.
Miron. Oh! Aquí la literatura
Es para autores sufridos!—
¿Con qué al cabo condenó
Al drama en su nacimiento
A baul perpétuo?

Librero. Oh!
Y ¿qué iba á hacer?... pero miento.
Prestado me lo pidió
El hijo de don Marcelo
Yo no me acuerdo que dia:
Y por cierto que el mozuelo,
Que es un nuevo escritorzuelo
En cascaron todavía,
No me lo ha devuelto.
Miron. ¿En fin
Nada sacó del trajin
De hacerle estudiar derecho
Su padre? Qué figurin!
Librero. Peor es lo que el padre ha hecho.
Se ha metido á literato
Tambien.
Miron. Qué me dice usted?
Don Marcelo, tan sensato!
Librero. Pues sino hay perro ni gato
Que no caiga en esta red!
Tambien ha compuesto un drama
Que me lo ofrece enseñar,
Con que piensa ganar fama
Nada mas.
Miron. Ese se llama
Patriotismo singular.
Librero. Pues para hoy me ha prometido
Que me ha de hacer la lectura
Del drama.—Yo, la verdad,
Por cierta curiosidad
De ver que cosa ha compuesto,
Le espero.
Miron. Señor! ¿Qué es esto
Que ha plagado esta ciudad?—
Con que él lo trata imprimir?
Librero. Como hay imprentas de sobra,
¿Quién se lo puede impedir?
Miron. Y el título de su obra?
Librero. No me lo quiso decir.
Cuando traiga el manuscrito

Lo he de ver: así pretende
Despertarme el apetito
Literario.

Miron. Y el maldito
¿Que se hará, si no lo vende?

Librero. Qué sé yo? Renunciará
Al gran lauro de poeta.

Miron. Oh! Pues yo me quedo acá
A ser oyente.

Librero. Será
Mi satisfaccion completa;
Pues si la obra, como pienso,
Vale poco, usted, por Dios,
Que es parco en rendir incienso,
Y yo tambien, (pues los dos
Lo cojemos indefenso)
De su error le sacaremos.

Miron. Y ¿si es cosa buena el drama?

Librero. De los primeros seremos
Que demos vuelo á su fama,
Pues ambos publicaremos
Un remitido...—Mas tate!
Que ahora me acuerdo que el hijo
Me ofreció (qué botarate!)
Leerme otro drama.

Miron. Me aflijo
Del dramático combate
En que se halla usted metido.

Librero. ¿Que haré para oir los dos,
Pues tras de haberme molido
Con el uno, yo he creido
Que es imposible, por Dios,
Tragar otro.

Miron. Es situacion
Patética la de usted.
Mas ¿quién entra?

Librero. (*mirando á la calle.*) Que afliccion!
El mismo... no hay redencion,
Pues me ha cojido... y á pié!

(*Sale don Jaime.*)

D. Jaime. ¡Ay don Juan! Estoy volado
De lo tarde que he venido.
Librero. (Tarde dice; y no he almorzado!
En ayunas me ha pescado.]
D. Jaime. Y lo que mas he sentido
Es que la composicion
No la hallo viva ni muerta.
Librero. (Respiremos, corazon!)
D. Jaime. Porque no queda rincon
En mi cuarto, es cosa cierta,
Que no registrase yo,
Pero el drama no parece.
No sé quien me lo cojió.
Librero. Pues otro dia...
D. Jaime. No: no.
¡Si yo me estoy en mis trece
De buscarlo!—Vuelvo á casa
Para rejistrar de nuevo.
Librero. Un dia nada retrasa.
D. Jaime. No señor: buscarlo debo.
Por decirle lo que pasa
Vine acá, pero al momento.
He de retornar con él.
Librero. Pero si ese impedimento...
D. Jaime. Yo creo con fundamento
Que he de encontrarlo.—El cordel
Con que lo tengo liado,
Porque está descuadernado,
Fué solo lo que encontré.
Este es el cordel, vé usté?
(Muestra un cordelito.)
Miron. Oh! Pues si el cordel se ha hallado,
No debe de estar el preso
Muy lejos.
D. Jaime. Seguro es eso.
Y firme lo quiero atar,
Que en nadie debo fiar
Hoy que hay plajios con esceso. *(vase.)*
Librero. ¿Ha visto usté un tarambana
Mayor?

Miron. Y usted, ¿qué se hará
Si él no se aguarda á mañana
Para leer lo que ya
Por consecuencia bien llana
Cosa mala debe ser,
A juzgar por el autor?
Librero. No sé, de veras, qué hacer.
Miron. Segun mi corto entender,
Aun no es eso lo peor.
Librero. Pues qué?
Miron. Si el padre y el hijo
Vienen á leer á un tiempo,
Con mucha razon colijo
Que termine en contratiempo
Lo que empieza en regocijo.
Reñirán, disputarán,
Y movidos de la envidia
Acaso se arañarán.
Librero. Y en medio de tanta lidia,
Qué hago yo?
Miron. Motejarán
Su dictámen de parcial
El hijo y padre rivales.
Librero. Y ¿cómo evito este mal?
Miron. Dejando á entrambos iguales,
Y huyendo del temporal
Con esconderse.
Librero. Bien dicho.
Diga usted que salí fuera
Al uno y al otro bicho,
Mientras dentro busco un nicho
Que sea mi madriguera.
Miron. Cuando yo le llame á usté,
Es señal de que se han ido
Y entonces...
Librero. Salir podré.
Pues voy adentro. *(Entra en lo interior.*
Miron. No sé
Si el medio que he discurrido
Resultará contra mí,

Viniendo yo á ser aquí
Víctima de sus porfias.
(Sale D. Marcelo con un gran manuscrito.)
D. Marc. Ha salido don Juan?
Miron. Sí.
D. Marc. Tenga usted muy buenos dias.
Miron. (¡El modo de saludar
Es atento y singular!)
D. Marc. Qué veo!.. Señor Miron,
Usted quiera dispensar
Mi mucha desatencion.
¿Cuándo ha llegado usted?
Miron. Hoy.
D. Marc. Usted estará mareado?
Miron. Algo mareado estoy.
(Si esta disculpa le doy
Puede que me escape á nado.)
D. Marc. Y usted ¿por qué no se sienta?
Miron. Porque se pase el mareo
Mas pronto.
D. Marc. Pues me presenta
Mi suerte feliz y atenta...
Miron. (Ay de mí!)
D. Marc. Lo que deseo
Que es hallarme de repente
Con un crítico de fama.
Yo quiero seguidamente
Preguntarle lo que siente
Acerca de cierto drama.
Miron. Qué drama?
D. Marc. Uno que yo he escrito.
Aquí está: ¿se azora usted
De ver tan gran manuscrito?
Miron. No señor.—Es gran merced
(¡Ah cumplimiento maldito!)
Que usted me haga esa lectura:
Lo que me azora es el ver
Metido en literatura
Un hombre que al parecer
Es sugeto de cordura.

D. Marc. Y nunca lo demostré
Mejor que ahora: usted sabe
Que nada vale el café...
Miron. Con efecto.
D. Marc. Yo noté
Al mismo tiempo este grave
Movimiento literario
Que se difunde en la Habana:
Escaseaba mi diario,
Y como el hambre tirana
Es el peor adversario,
Quise meterme á dramista
Tambien. Recorrí la lista
De las nuevas producciones:
Busqué vorios cronicones:
Ensayéme á ser versista.
Y á los cuatro ó cinco meses
De una continua tarea,
Leyendo dramas franceses,
Y sin borrar de la idea
Mis perdidos intereses,
Produje este drama hermoso—
Hermoso lo llamo yo,
Porque es su asunto horroroso—
Y ahora lo imprimo.
Miron. Es forzoso.
D. Marc. Y ¿quién me dirá que no
Es un patriótico fin
El que á imprimirlo me mueva?
Miron. Por supuesto.
D. Marc. Y no ruin?
Miron. Pero ¿qué título lleva?
D. Marc. Uno orijinal: Cain!
Miron. Byron, el vate sombrío,
Hizo tambien de ese nombre
Un sublime desvarío.
D. Marc. Byron! Quién es ese hombre?
Oh! No será como el mio.
Miron. Yo lo creo.
D. Marc. El manuscrito

Lo malo es que no lo he puesto
En limpio, y siempre me irrito
Con tanto borron.

Miron. Pues chito!
Si ha de serle á usted molesto
leerlo, lo llevaré
A casa...

D. Marc. No. Para qué?
Leeremos pausadamente,
Para lo cual es prudente
No mantenernos en pié. *(Se sientan.)*

Miron. (No me queda agarradero
Contra este lector cruel!)

D. Marc. Hay en el acto primero.
Tantos borrados, que infiero...

Miron. (Tengo en el cuello un cordel!)

D. Marc. Que yo no podré entender
Ciertos pasos: sin embargo
Empezemos á leer.
El primer acto no es largo.

Miron. (Indecible padecer!)

D. Marc. *(lee.) Personajes. Dios. Cain
Eva. Adan...*—Porque no diga
Algun transeunte ruin
Que el que me oigan es mi fin,
Y porque el sol nos hostiga,
De espaldas nos sentaremos
A la calle. Prosigamos.
(Siéntanse de espaldas á la calle.)
De este modo fijaremos
La atencion.—En qué quedamos?

Miron. En las personas.

D. Marc. Volvemos
A empezar la lista?—*(lee) Dios...*

(Sale D. Jaime cautamente y acercándose por detras de su padre, ve el manuscrito y esclama.)

D. Jaime. Oh Dios! ¿Cómo habia de hallar
El drama, aunque fuese en pos...

D. Marc. Quién es?

D. Jaime. Si encuentro á los dos
Leyéndolo?
D. Marc. (Qué pesar!)
Jaime, ¿qué vienes á hacer?
D. Jaime. Su mercé ¿qué va á leer?
D. Marc. Un drama.
D. Jaime. Pues es el mio.
Miron. (Qué escucho!) No puede ser:
Usté ha dicho un desvarío.
Ese drama lo ha compuesto
Don Marcelo: él me lo ha dicho.
D. Jaime. Taitica, pues ¿cómo es esto?
D. Marc. (Perdido soy!)
D. Jaime. ¿Qué capricho
A su mercé se le ha puesto
De dar por suya una obra,
Que en diciéndolo yo, sobra
Para conocer que es mia?
No he pasado ningun dia
La dolorosa zozobra
Que hoy he pasado, temiendo
Que estaba el drama perdido.
D. Marc. Hombre, Jaime, no comprendo
Que es lo que me estás diciendo.
Acaso estás distraido?
Este drama...
D. Jaime. Lo compuse
Yo mismo: diré la trama
Que yo propio le dispuse.
D. Marc. Qué título es?
D. Jaime. Yo le puse
Cain!
Miron. (Este sí que es drama!)
D. Jaime. Y para prueba mayor
De que es todo de mi mano,
Aun lo tengo en borrador.
D. Marc. Lo que tu dices es llano,
Pero estás en un error.
(Enseñándole el manuscrito.)
¿No ves que esta letra es mia?

D. Jaime. Y todo esto, ya borrado,
Quién sino yo lo escribia?
Miren si conocería
Yo lo que he garabateado!

Miron. Suprimamos las cuestiones,
Señores. Yo aquí reparo
Tres especies de renglones:
(*Hojeando el manuscrito.*)
Dos que son todo borrones
Y uno enteramente claro.
Segun veo, el manuscrito
Por este estilo está escrito.
¿A quién pertenece; pues,
El mas claro de los tres?

D. Marc. A mí. Que diga un perito
Si esta no es mi letra.

Miron. Bien
Y esta letra ya borrada?

D. Jaime. Esa es mia.

Miron. Pues ¿á quién
Le debe ser achacada
La otra, borrada tambien?
Usted lo sabe.

D. Marc. Yo no.

Miron. Y usted?

D. Jaime. No sé de quien es.

Miron. Luego, en limpio saco yo
Que este drama se formó
Como una regla de tres.

D. Marc. Ya he dicho, señor Miron,
Que es mia esa produccion.

D. Jaime. Su mercé no mienta así.
Diga, y dirá con razon
Que me la ha robado á mi.

D. Marc. Cómo robar, atrevido?
¿Qué modo es ese de hablar?

D. *Jaime.* El de quien nunca ha sufrido
Que le quieran usurpar
Los hijos que ha producido.
Esos versos son mis hijos,

Y yo los defenderé
De mil ataques prolijos.

Miron. Muy amigo de acertijos
Y enigmas sin duda fué
El que quiso así escribir,
Y luego, por confundir,
Los tres renglones borró.
¿A quién debo atribuir
El drama en disputa yo?

D. Marc. A mi.

D. Jaime. No señor: á mi.

Miron. Eso es confundirme aquí.

D. Marc. ¿Tú que fundamento tienes,
Para decir que mis bienes
Te pertenecen á tí.

D. Jaime. Haberle yo preguntado,
Despues de haber rejistrado
De alto abajo mi aposento,
Qué era del drama á un criado,
Y responderme al momento
Que sumercé de él salió
Con un vasto manuscrito,
Que á nadie se lo enseñó;
Pues sumercé lo escondió
Como cuerpo del delito.

D. Marc. Eres loco y temerario
En porfiar contra lo dicho.

D. Jaime. No digo yo lo contrario,
Pero es mas raro capricho
Ser un escritor plajiario.

D. Marc. ¿Sabes que ya me incomodo?

D. Jaime. Y ¿no sabe su mercé
Que ya me canso de todo?

D. Marc. Ah! pícaro!...

Miron. (¡Mire usté
Como no encontramos modo
De que no riñan los dos!)
Señores, miren por Dios...

D. Marc. Los sordos nos han de oir.
(*Agárranse los dos del manuscrito.*)

D. Jaime. Yo me quiero reprimir.
Pero...
D. Marc. Suelta!
D. Jaime. Acá inter nos,
Fueran locuras estrañas...
D. Marc. Y lo vas á deshacer!...
D. Jaime. Que esponga yo á malas mañas,
Teniéndolo en mi poder
Al hijo de mis entrañas!...
Miron. (Aquí no hay otro remedio!)
Don Juan! Don Juan!
D. Marc. Cómo así?
Ya ha venido?
Miron. (Halle él un medio
De poner paz!)
D. Marc. Suelta!
D. Jaime. (Oh tedio!
Don Juan se acerca... Ay de mí!)
(*Sale el librero.*)
Librero. Señores...
Miron. Amigo mio,
No pudimos evitar
El recelado bajio.
Librero. Pues ¿qué es esto?
Miron. El desafio
Mas nuevo y mas singular.
Hijo y padre están lidiando
Por ese drama, y afirman,
De él con cólera tirando,
Que es suyo. Y ámbos confirman
Que es algun drama nefando,
Pues ha sido la manzana
De la discordia.
D. Marc. Don Juan;
Dé usted con esa macana
Un golpe á este perillan.
D. Jaime. Don Juan, cuente usté á la Habana
Que se la quiere lucir
Taita con cosas ajenas.
Librero. Caballeros, el reñir

En mi casa es darme penas,
Y dar á otros que reir.
Venga el drama, que deseo
Mediar en el desafío. (*Lo coje y lee.*)
Cain!...—Qué es esto que leo!

Miron. Qué estraña usted?

Librero. Que es el mio
El drama. Si no lo creo!
Si: el mismo que escribí es.

D. Marc. Conque es de usted?

D. Jaime. Si señor.

D. Marc. (Inesperado reves!)

Miron. Ya sé como el borrador
Se ha escrito por todos tres.
El primero que escribió
Fué don Juan: el señorito
Todo lo escrito borró,
Dejándole al manuscrito
Aquello que le gustó.
Luego el señor don Marcelo,
Llevado del mismo anhelo
De escribir sin estudiar,
Sin tener ningun recelo,
Tampoco quiso dejar
El segundo borrador;
Pensando así el buen señor
Lograr duros y sufrajios,
Sin ver que plajios de plajios
No tienen ningun valor.





VI.

LA MUJER DICTANDO.

PERSONAS.

DON FRANCISCO.—DOÑA LUZ.—UN NEGRITO.—EL MIRON.

Casa de D. Francisco.

(Salen D. Francisco y el Miron.)

D. Franc. Usted todo lo ha de ver;
Pero á usted, señor Miron,
No hay quien le vea la cara.
Miron. Una majadera tos
Me tuvo encerrado en casa
Hace dias.
D. Franc. ¿Por fluxion
Se encierra usted?—Pues yo creo
Que uno que es observador
No ha de salir de la calle.
Miron. Eso es lo que estraño yo,
Que me predique que salga
Quien casi nunca salió
De su casa, dando causa
Al vulgo murmurador
A que por tener esposa

Que en la hermosura es un sol,
Le apellide hombre celoso.

D. *Franc.* Hombre, pues yo no lo soy.

Miron. Y ¿quién que lo es lo confiesa?

D. *Franc.* Mi continua ocupacion
En cuentas...

Miron. Todo eso dice
Quien tiene cierto rubor
De parecer un tirano
Con su mitad; pero no,
No cuela, amigo. Por ahí
Ya publican mas de dos
Que usted trata á doña Luz
Con muchísimo rigor.
Dicen que nadie la ve.
Desde que usted se casó.

D. *Franc.* Hombre, yo creo que usted
Jamás pondrá su atencion
En hablillas...

Miron. Las hablillas
Los juicios críticos son
Del pueblo. Yo las acojo
Casi siempre, porque no
Suelen mentir.

D. *Franc.* Usted sabe
Que aquella que se casó,
Debe dejar ciertos usos
De soltera.

Miron. Eso es razon
Cuando los usos que deja
Hacen contraposicion
Contra su serio decoro
De casada.

D. *Franc.* Es que el honor...

Miron. Es frájil y es enfermizo;
Pero con un encerron
Piensa usted robustecerlo?
Ay, camarada! Eso no.
Deje usted que le de el aire,
Que á una frájil complexion

El poco ejercicio mata
Y el mucho siempre salvó.

D. Franc. Yo soy de opuesto dictámen.
Sin embargo, mi opinion
No impide que trate á Luz
Con dulzura y con amor.

Miron. ¿Usted quiere que me acabe
De declarar?

D. Franc. Por qué no?

Miron. Pues señor: antes de anoche
Conocí por conviccion,
Que las ideas de usted
Son las de un rancio español
Del siglo catorce ó quince,
Mas bien que no las de hoy.

D. Franc. Esa acusacion...

Miron. Se funda
En tres puntos que ahora yo
Los diré con órden, para
Hacer mas claro el sermon.—
Primeramente: antenoche
Un alboroto se oyó
Aquí dentro de su casa.
¡Si le digo á usted por Dios
Que estábamos los del barrio
En triste consternacion!

D. Franc. Fué Miguel, cuyas *perradas*...

Miron. Segundo punto: eso no,
Pues yo que salí á la calle
Con muchísimo temor,
Le pregunté al negro mismo
Que usté nombra, la ocasion
De la bullanga; y el negro,
Que es un soberbio hablador
Como todos, refirióme
Que estaba usté hecho un Neron
Contra doña Luz.

D. Franc. Y usted
Algun crédito le dió?

Miron. Tercero y último punto:

Si se lo dí.

D. Franc. Cómo!

Miron. Oh!

Pues no habia de creerle
Si entre el ronco diapason
De voces que oí salir
De esta casa, noté yo
La voz aflijida de ella?

D. Franc. Qué! Si usted se equivocó!!.
Fué la mulatica Cleta
Que transida de terror.,.

Miron. ¿Y la mulatica pudo
Decir con tan clara voz:
Eres un bárbaro esposo?

D. Franc. Mire usted, señor Miron...

Miron. Lo que un Miron mirar debe
Es que no hay jamas razon
Para que alborote el barrio
Un doméstico opresor;
Sin que el barrio se despique
Pintando en conversacion
Con ridículos colores
(Que siempre es un mal pintor
El pueblo) la triste estampa
Del Otelo en pantalon.

D. Franc. No puedo yo responderle,
Porque del cuarto salió
Mi mujer: no sé á que viene:
Cuando se vaya...

Miron. Chiton!

(*Sale doña Luz.*)

Dª *Luz.* Pancho, escribiste la carta?

D. *Franc.* Qué carta?

Dª *Luz.* Se te olvidó?
Pues cierto que te interesas
Por tus cosas: la ocasion
No tiene mas que un cabello:
Si no lo aferras, adios!

D. *Franc.* Ah! Ya sé que carta dices.
Pero ¿hay tanta precision

De que se escriba ahora mismo?

Dª Luz. El capitan del vapor
Puede llevarla, y mañana
Remitiéndola veloz
A Encarnacion, ten por cierto
Que logras tu pretension.

D. *Franc.* Pero ¿es preciso escribir
A Encarnacion?..

Dª Luz. Si señor:
Ella es el móvil de todo.

D. *Franc.* Buena mortificacion.
Ponerme á escribir ahora
Yo, que en estas cosas soy
Un camueso, una misiva
A la esposa de un señor
Fiscal! Una carta culta,
Escrita con atencion,
Con decoro, con estilo
Que nunca manejé yo.
Con mis libros de comercio
Me entiendo, y aun sabe Dios
Como lo hago!

Dª Luz. Jesus!
No seas tan remolon.
Coje la pluma.

D. *Franc.* No, hija:
Te cansas.—Señor Miron,
Usté ha de creer que siempre
Que tengo que escribir yo
A estilo de corte, sudo
El quilo?

Miron. Anjá!

D. Franc. Si señor.
Como que yo en no escribiendo
En un estilo ramplon,
No sé que decir.

Dª Luz. Pues, hombre,
¿Será bonito que yo,
Que le he escrito de este asunto
Tres veces á Encarnacion,

Sabiendo que te interesa,
Sufra despues el rubor
De oir, escrito por ella;
Que tu pleito se perdió
Por dejadez?

D. Franc. Señorita,
Ya tengo dicho que no,
Y no digo mas. Usted,
Aténgase á su labor,
Y deje correr.

Dª Luz. Pues bien.

D. Franc. Me acabaste el pantalon?

Dª Luz. Casi lo estoy concluyendo:
Lo interrumpí...

D. Franc. Sin razon:
Por charlar tu poquitico,
Porque las cubanas...

Dª Luz. Oh!
Ya empiezas con las cubanas?...

D. Franc. Tan conversadoras son,
Que por charlar...

Dª Luz. No prosigas,
Que á mi costura me voy.

D. Franc. Se dejarán morir de hambre,.
Se estarán un año al sol,
Ve...

Dª Luz. No mas!.. (Siempre le gusta
Abochornarme!) *(vase.)*

Miron. (Hombre atroz!)

D. Franc. Al fin se fué.

Miron. Pero amigo,
Yo no entiendo la razon
De oponerse usted á un paso
Que doña Luz declaró
Ser provechoso y urjente;
Y tanto que á la abstraccion
Que á ella le causa, atribuyo
Que ahora no me saludó.

D. Franc. Ahora respondo lo que antes,
Cuando ella entró á este salon,

Iba á responder.—La causa
De que no le escriba yo
A la esposa del fiscal,
Es que desde nuestra union
He establecido con Luz
El método del rigor,
Y me va perfectamente.
Haciendo contradiccion
A cuanto quiera, me libro
De que me domine.

Miron. Oh!
Es posible!

D. Franc. Y lo que quiero
Es ser yo cabeza.

Miron. En dos
Casados, *réjimen* tal
Enjendra por precision
Mala *concordancia*. Entrambos
Iguales en fueros son.

D. Franc. Cómo iguales? La mujer
Aspira á ser superior;
Y eso es lo que evito así.

Miron. Pero ¿usted santo varon,
No necesita á las veces
De su mujer?

D· Franc. Nunca!... Yo?
Ella á mí me necesita
No yo á ella.—Quién entró?

(Sale un negrito.)

Negrito. Señor, el señor don Félix
Para su mercé mandó
Esta esquela que precisa.

D. Franc. Mi abogado!..! *(lee.)* Santo Dios!
Qué veo!... He perdido el pleito!...
No leo mas... oh dolor!...
Mi cafetal es del otro!...
Luz! Luz!

Miron. Qué fué?

D. *Franc.* Caso atroz!...
Sin dinero, sin recursos!...

Luz!... Luz!... *(Sale doña Luz.)*

Dª Luz. Pancho! Qué fué?
Qué tienes?

D. Franc. Aquí me escribe
Mi abogado defensor
Que he perdido el pleito. Mira:
Lee ese primer renglon:
Que los demas no los leo
De cólera y de dolor. *(Le dá la esquela.)*
Qué injusticia se me ha hecho!

Dª Luz. Quién ha sido el portador?

D. Franc. Este negrito. Muchacho,
Está bien: vete con Dios.

Dª Luz. Toma. *(Le dá una moneda.)*

Negrito. Señora, si ha sido
Mala noticia, aunque yo
Me pensaba que era buena,
Ya no cojo nada. Adios. *(vase.)*

D. Franc. Qué le dabas?

Dª Luz. Un realito.

D. Franc. ¿Por qué ¿Por el gran favor
De decirme que he quedado
Por puertas?

Dª Luz. No lo cojió.
Pero que dice la esquela?
Yo no la he leido.

D. Franc. Oh!
Pues lée. ¿Qué serviria
De escribir á Encarnacion?

Miron. Pero sepamos que dice
Don Félix.

Dª Luz. *(lee.)* "Usted perdió,
Señor don Francisco, el pleito
En que soy su defensor..."

D. Franc. Mira eso! Qué te parece?
No leas mas.

Dª Luz. *(lee.)* "Como no
Escriba usted á la Habana
Hoy mismo sin detencion
A la prima de su esposa..."

D. Franc. Qué dices?
Dª Luz. (*lee.*) "Pues pienso yo
Que en moviendo este resorte,
Que es el resorte mayor;
En vista de que el fiscal,
Hombre sin resolucion,
Hace cuanto quiere, usted
Dará á su competidor,
A quien tengo acorralado.
La herida de conclusion."
D. Franc. Ay!.,. Respiro.
Dª Luz. (*lee.*) "Pero es fuerza
Hablar con algun calor
A esa señora, trayendo
De preciso á colacion
Los fueros del parentesco,
Y escribir con espresion
Particular: Todo suyo:
Félix de Carrera."
Miron. Oh!
Esto es otra cosa!
Dª Luz. ¿Ves
Qué fácil terminacion
Tiene el pleito?
D. Franc. ¿Cómo fácil?
Si ahora entra lo peor;
Lo mas dificil!...
Dª Luz. Qué cosa?
D. Franc. Escribir á Encarnacion!
Qué me hago yo?... Ya te he dicho
Que para estas cosas soy
Un zopenco. Ya se ve:
Necesita el escritor
Buscar palabritas finas,
Ponerlas en ilacion
Y despues...
Dª Luz. Ese reparo
Me ofrezco á salvarlo yo.
D. Franc. Tú? (Me pierdo, si no ve
En mí mas contradiccion.)

Es que hay otro de mas peso.
D.ª *Luz*. Cuál?
D. *Franc*. Aun no se me curó
Este fatal *siete-cueros*,
Cuyo rabioso dolor
Me tuvo inhabilitada
La mano derecha; y yo,
Segun dice el cirujano,
No debo por precaucion
Escribir mucho.
Miron. Mi letra
No es pésima: pronto estoy
Por salvar ese reparo
A escribir la carta yo.
D.ª *Luz*. Ya no hay objecion que valga.
Venga usted, señor Miron,
Siéntese aquí.
(*El Miron se sienta en una mesa y se dispone á escribir.*
D. *Franc*. (Si no logro
Mortificarla, me voy
A perder.—Mas ¿Quién la dicta?
D.ª *Luz*. Ya que tú no lo haces, yo.
D, *Franc*. Pero tú ¿qué sabes de eso?
D.ª *Luz*. *Carísima Encarnacion.*
Miron. *Encarnacion.*
D. *Franc*. *Apreciable*
Es un vocablo mejor:
Demuéstrale mas respeto.
D.ª *Luz*. La mejor demostracion
Es la del cariño. *En tí*
Se cifran ya desde hoy
Las últimas esperanzas
De mi bien.
Miron. *Bien.*
D. *Franc*. Eso no:
No va bien. ¿Tras de tutearla
Retratarnos á los dos
Tan míseros?—Cambia eso.
D.ª *Luz*. *Si tu hermoso corazon*
Se goza en labrar la dicha

De dos que te aman...

D. Franc. Por Dios,
Que va á reirse tu prima
De la carta. ¿A qué ocasion
Usas tantos circunloquios?
¿Usted no cree mejor,
Señor Miron, que le escriba
Con mayor circunspeccion
A la mujer de un fiscal?

Miron. Don Francisco, usté avisó
Que de esto no entiende jota:
Nunca se meta á censor
Quien no es capaz de inventar.
Aman, doña Luz.

Dª Luz. *Si yo,*
Por deuda tuya, merezco......

Miron. *Merezco...*

Dª Luz. *Tu proteccion,*
A mas de la que me ofrece
Mi justo derecho...

D. Franc. Adios!
¿Le vas á contar el pleito
De cabo á rabo?

Dª Luz. Yo no.—
Ten compasion de la suerte,
No mia...

D. Franc. Qué distraccion!
Pues ¿de quién? Buenas simplezas
Estás dictando!

Dª Luz. *Si no*
De mi esposo y de mis hijos,
Que son mi dicha y mi amor...

Miron. Aprenda usté, y no interrumpa,
Señor don Francisco. Allons.
Amor.

Dª Luz. *Pues sabes que el cielo*
Acoje la bendicion
De un alma, que agradecida
Ve en ti la imájen de Dios.

Miron. *Dios.*

D. Franc. Oh Dios! Qué carcajadas
Va á soltar Encarnacion,
Cuando lea ese tejido
De dislates! Me perdió
Tu carta, Luz!
Dª Luz. *Yo querida...*
D. Franc. Dale con confianzas!
Miron. Oh!
Si usted dice que no sabe
Para qué se entrometió?
Querida...
Dª Luz. *Espero que tú*
No sufras que mi dolor
Obra la llame yo tuya...
Miron. *Tuya.*
Dª Luz. *Cuando es mas razon*
Que sea tu obra mi dicha
Y mi paz. Y firmo yo.
D. Franc. Qué vas á firmar? Espera:
Y no dará mas valor
A la peticion, que firme
Yo y no tú?
Dª Luz. Válgame Dios!
Entonces será preciso
Romper...
D. Franc. Eso es de cajon:
La carta.
Miron. Ese *siete-cueros...*
D. Franc. Ya lo tengo bueno.
Dª Luz. Oh!
Entonces tienes placer
En hacer oposicion
A cuanto digo?
D. Franc. Yo sé
Que irá la cosa mejor
Firmando yo la misiva:
Hagamos otra.
Miron. Por Dios,
Que es usted, mi don Francisco,
Orijinal. ¿Va que no

Es mejor que la ya hecha
La carta que usted pensó?
Va que mas hace su esposa
Con ese cándido amor
Que pinta que tiene á usted,
Que usted con la pretension
De escribir su carta seria.

D. Franc. ¿Qué apostamos á que no?

(*Sale el negrito.*)

Negrito. Señor, *ahoritica* mismo
Entró en el puerto el vapor,
Y en él han traido esta carta
Para sumercé.

(*Se la da á doña Luz y se va.*)

D. Franc. Y yo
No puedo verla?

Miron. (El tal hombre
Es zeloso y martagon
Aun mas de lo verosímil.)

Dª Luz. Pero á mí se me mandó,
Y debo abrirla.

D. Franc. ¿Y qué pito
Tocas tú, donde yo estoy?

Miron. (Tonto!)

Dª Luz. Pues ábrela tú.

D. Franc. (*lee.*) *Querida Luz: se logró*
Tu pretension: aquel pleito
De difícil decision
Que llevaba tu marido
Con el administrador
De su finca, lo has ganado.
Digo que tù, por razon
A que teniendo justicia
Y sabiendo tú mi amor,
No lo hice yo por tu esposo...—
Qué es esto?

Miron. (Buen mojicon!)

D. Franc. (*lee.*) *Sino por tí, por tí sola,*
A quien siempre tuve yo
Tanto cariño. Tu amiga

Y tu prima Encarnacion.

Dª. Luz. Etcétera... Qué ventura!
Déme usted, señor Miron,
La enhorabuena.

Miron. Señora,
No es á usted á quien la doy.
Sino al señor don Francisco,
Cuya muda suspension
Me está indicando que admira
Ese anjelical amor,
Con que usted, pobre criatura,
Tan bella para con Dios,
Retribuye los rigores
Con que zeloso y feroz
El la trataba, pensando
Que no hay entre ustedes dos
Igualdad.—Aprenda ahora
A conocer con rubor
Que compañera y no esclava,
La mujer se mereció
Nuestro mas alto respeto
Y nuestro mas vivo amor.

VII.

EL HOMBRE INDECENTE.

PERSONAS.

DOÑA IGNACIA.—D. SEVERINO.—MARICA.—UN BARATILLERO.—UNA NEGRITA.—EL MIRON.

Casa de doña Ignacia.

(Salen Marica y una negrita.)

Marica. Se largó el baratillero?
Negrita. Ya va pegando chillidos
Por la calle.
Marica. Qué distante
Ha de estar el pobrecito
De que le falta el pañuelo!
Negrita. Niña, la verdad, no atino
Por que dél se compadece
Su mercé, cuando yo he visto
Que su mercé enamorada
Del pañuelo consabido,
Mientras le entretuve yo
Comprándole el collarcito
De cuentas verdes, se supo
Con el mayor artificio
Sentar sobre el tal pañuelo.
Marica. Mi compasion ha nacido
De considerar la furia
Que ha de tener el bendito

Cuando se lo eche de menos.

Negrita. Ah! su mercé tiene un vicio
Que puede costarle caro.

Marica. Pues nada me ha sucedido
Hasta ahora.

Negrita. Puede ser
Casualidad, y yo insisto
En que su mercé se deje
De hacer lo que hacen los pillos.

Marica. Mi tia tiene la culpa,
Que es tan avara conmigo
Que nunca quiere comprarme
Las cosas que yo le pido.

Negrita. Pero su mercé tambien
Quiere gastar infinito.

Marica. Qué entiendes tú de eso? Toma.
(*le da el pañuelo.*)
Guárdalo bien dobladito
En la primera gaveta.

Negrita. Caramba! Al verlo tan fino
Me da una envidia.

Marica. De qué?

Negrita. De que el pañuelo no es mio.
Oh! si á su mercé le va
Tan bien con estos robitos,
En cuanto otra vez se ofrezca
Me parece que me animo
Yo tambien....

Marica. Calla la boca,
Que tia Ignacia puede oirnos.

Negrita. Y ella nunca habrá robado
De estas cosas?

Marica. Ya te he dicho
Que no soy yo la inventora
De esta industria que ejercito.
Otra me ha dado el ejemplo.

Negrita. Quién? el ama?

Marica. Y yo la he visto
Sin que ella lo reparase,
(Esto tenlo calladito)

Robar sus cositas.

Negrita. Ola!

Marica. Nunca lo hubiera creido,
Porque es tan seria.... Yo viendo
Que es agarrada conmigo,
Por no tener otro á mano
Me he valido de este arbitrio.
Y como ella no rejistra
Mi ropa!...

Negrita. Pues si vivimos
De este modo, desde ahora
Yo la máscara me quito
Y le declaro la guerra
A todos esos perdidos
Que andan por la calle.

Marica. Bien:
Ve y guarda donde te he dicho
El pañuelo.

Negrita. Voy volando. *(vase.)*

Marica. Si me descubriere el vicio
Mi tia, culpando el suyo
He de defender el mio.
Yo al fin he de andar decente.
(Sale el Miron.)

Miron. (Dramático compromiso
Es este en el que hoy me pone
La amistad; pero es preciso
Hacerlo, retribuyendo
Al pobre don Severino
El favor de hacerme gratis
El estante de mis libros.)
Señorita....

Marica. Caballero,
No es usted, segun me han dicho,
El Miron?

Miron. El Miron soy,
Y siento ser conocido
Tan pronto.

Marica. Yo bien lo creo,
Que si usted ha pretendido

Buscar ridículos hoy
En casa, será perdido
Ese trabajo, por que
Estando ya sobre aviso,
Trataremos de ocultarlos.

Miron. No es eso lo que he sentido,
Si no que traigo entre manos
Un negocio de un amigo,
Que he de conseguir. Si fuera
A ustedes desconocido,
No sintiera el no lograrlo;
Pero sabiendo que sirvo
De Miron, quedo muy mal
Si el negocio no consigo.

Marica. Puede saberse el negocio?

Miron. Aunque es usted el motivo
Principal de que yo venga
A abogar por cierto amigo,
No debo decirlo á usted
Por no faltar al estilo
Social.

Marica. Pues á quién?

Miron. Al ama
De la casa.

Marica. Ya malicio
Por quien viene usted á hablar.

Miron. Por quién?

Marica. No debo decirlo
A usted, para no faltar
Tampoco al social estilo.

Miron. Pues llame usted á su tia.

(*Sale doña Ignacia.*)

Dª Ignac. Señor Miron....

Miron. Al servicio
De usted me ofrezco, señora.

Dª Ignac. Cómo vamos de cuadritos
Dramáticos? Se hacen muchos?

Miron. Los colores del ridículo
Son al pintor de costumbres
Tan varios como infinitos.

Lo que siento es que el pincel
En manos haya caido
De un embarrador.

Da. Ignac. Y usted
No se sienta?

Miron. Yo he traido
Cierto asunto de importancia:
Y despues que lo haya dicho
Veré si debo sentarme
O irme.

Da. Ignac. Diga usted, amigo,

Miron. Un jóven, á quien yo debo
Cierto favor, me ha pedido,
Creyendo que el ser Miron
Me hace en el pueblo bien visto,
Que le introduzca yo acá.
Puesto ya en el compromiso
De servirle, yo quisiera
Que no quedaran conmigo
Ni él ni ustedes dos quejosas:
Ustedes si hallan motivo
Para negarle la entrada:
Y él, si yo no lo consigo.
Conozco que es delicado
Meter á un desconocido
En una casa; y es claro
Que el amo del domicilio
Mas culpa al introductor
Despues que al introducido.

Da. Ignac. Todo eso puede allanarse
Si se sabe de un principio
Quien es el sujeto.

Miron. Un jóven
Amable y algo entendido.

Da. Ignac. No es vicioso?

Miron. Siempre tuvo
Un entrañable cariño
Al trabajo.

Marica. Es bien hablado?

Miron. Todo aquel que amable ha sido

Debe serlo. El no murmura
Sino tan solo del vicio.

Dª Ignac. Es rico ó pobre?

Miron. No es
Ni muy pobre, ni muy rico.

Marica. No es paseador?

Miron. Hace solo
Aquel prudente ejercicio
Que la salud nos exije.

Dª Ignac. Podrá ser un buen marido?

Miron. Habiendo dicho que es hombre,
Trabajador, recojido,
Modesto, amable y juicioso
Yo creo que he respondido
A esa pregunta.

Marica. Pues creo
Que no habrá ningun motivo
Para negarle la casa.

D. *Ignac.* Falta cierto reparito.
El es decente?

Miron. Señora,
De esa pregunta me admiro
Habiendo dicho las prendas
Que el jóven ha poseido.

Marica. Pues no bastan esas prendas
Si no sabemos su oficio.

Dª Ignac· Cual es?

Miron. Es el de ebanista.

Marica. Un ebanista! Ay Dios mio!
Y eso llama usted decente?

Dª Ignac. No, amigo, yo no le admito:
Nosotras somos decentes,
Y usted ve que no es bien visto
Tener con un artesano
Ninguna amistad.

Miron. El mismo
Me dijo que deseaba
Visitar acá, creido
Que ustedes son en el pueblo
El mas intachable tipo

De la decencia.

Marica. Nosotras
Agradecemos su estilo;
Pero eso mismo demuestra
Que muy de antemano ha visto
La distancia inmensurable
Que de él nos ha dividido.

Dª Ignac. Por supuesto; y si pretende
Adquirir el trato fino
Como parece, que empieze
Por otras casas.

Miron. Pues digo
Que ahora se ha puesto, señoras,
Mas terrible el compromiso.

Marica. Por que?

Miron. Por que no hay escusa
Para dejar de admitirlo.

Dª Ignac. Usted no le traiga acá:
Eso es lo que yo le aviso.

Miron. Señora....

Marica. ¿Y usted no puede
Aparentar un motivo
Para que desista?

Miron. Pude
Aparentarlo al principio;
Mas ya no.

Dª Ignac. De qué manera?

Miron. Porque él conmigo ha venido
Hasta la puerta, y pactamos
Que en tardando yo un poquito,
Era señal de que entrase.
Y ya en el zaguan le miro.
Interrogándome ustedes
Han dado á todo motivo.

Dª Ignac. ¡Un ebanista en mi casa!

Marica. Qué! Vendrá de *volantico*,
Y si es que trae corbata,
Será un lazo tan fruncido!

Dª Ignac. Qué calamidad es esta
Que me has mandado, Dios mio!

Miron. Silencio, que entra.
Marica. Pues yo
Le he de poner un hocico!
(*Sale don Severino.*)
D. Sever. Señoras....
Miron. Venga usté acá,
Amigo don Severino,
Porque aunque la timidez
Siempre fué bella, concibo
Que no todas veces pega
El ser con extremo tímido.
Marica (bajo.) Tia, dame algun pretesto
Para irme.
Da. Ignac. (bajo.) Yo necesito
El pretesto para mí.
D. Sever. Mi timidez es indicio
De que yo creo que siempre
Embarazo y mortifico.
Miron. Dice usted mal.
Da. Ignac. Dice usted
Muy bien.
D. Sever. Qué es aquesto, amigo?
Miron. Señora....
Marica. (Tia, yo quiero,
Ya que él nos ha metido
En un bochorno, tambien
Darle otro bochorno.) Amigo,
A cómo valdrá en el dia
Un armario nuevecito
De caoba?
Miron. (Qué mujeres
Son estas? Qué necio estilo
Con un jóven que es atento!
El va á quedarse corrido.)
D. Sever. Señorita, á esa pregunta
No respondo de seguido
Si antes no me satisface
Usted otro reparillo.
Marica. Cual?
D. Sever. La persona que pide

El armario consabido,
Será persona decente?

Miron. (Le dió por los mismos filos!)

Marica. Como si es decente? usted
Lo duda?

D. Sever. Por qué motivo
No he de dudarlo? Yo acaso
La conozco?

Marica. Pues yo afirmo
Que esa persona en el pueblo
Es el modelo mas fino
De cultura.

Dª Ignac. Y esa duda,
Que usté ahora ha concebido,
Nos fuera muy deshonrosa
Si no tuviéramos visto
Que un ebanista no puede
Usar de mejor estilo.

Miron. (Insultante!)

D. Sev. Ese ebanista
Que usted tacha de atrevido,
Piensa y habla bien, señora,
De todos los individuos
Que no conoce ó no trata.
Y él jamas ha confundido,
Para no errar con frecuencia,
El lenguaje y el oficio.
El sabe diferenciar
Con un breve raciocinio
El artesano decente
Que es cortes y anda de limpio,
Del artesano grosero,
Borrachin y mal vestido
Que infunde asco de una legua.
Y ya que sé de un principio
Que es decente la persona
Que el armario me ha pedido,
Sepamos como lo quiere,
Y el precio.

D.ª Ignac. Uste es un bendito.

D. Sever. Por qué?

Marica. Porque no conoce
Que esto que se le ha pedido
Es chanza.

Dª Ignac. Pero una chanza
Que da á conocer, amigo,
Una intencion, que si usted
No la penetra, preciso
Será decírsela claro.

D. Sever. Si yo formara un mal juicio
De esa intencion, en formarlo
Nada hubiera yo perdido,
Y ustedes mucho.

Marica. Nosotras
Ganáramos infinito
En que usted la conociese.

D. Sever. Señorita!....

Dª Ignac. Buen arbitrio
Es que la conozca usted,
Y trate en lo sucesivo
De no intentar que nosotras
Se la espliquemos clarito.

Miron. (Estoy volado!) Señoras,
Dejemos los artificios
Y los tapujos, y hablemos
Aquí pan pan, vino vino.
Yo veo que aquí se falta
A todo social estilo
Entre ustedes y este jóven;
Y ya que la cosa miro
En este estado, yo quiero
Faltar tambien á lo mismo.—
Señorita, usted notó,
Cuando habiendo yo venido
Quise anunciar á su tia
Que introducia á un amigo,
Que maliciaba quien era,
Pero usted no me lo dijo.
¿No podré saberlo ahora?

Marica. Yo pensé que el individuo

Era persona decente.

D. Sever. Señoras, qué es lo que he oido?
Luego yo soy indecente?

Dª Ignac. Usted mismo se lo ha dicho.
Y aunque usted traiga casaca,
No importa este requisito
Para alternar con usted.

Miron. Vámonos, don Severino.

D. Sever. No señor: no quiero irme
Sin que sepa yo el motivo
Para llamarme indecente.

Miron. Sabe usted cual es? Su oficio.
Así han dicho estas señoras....

Dª Ignac. Ya que usted quiso decirlo,
No nos volvemos atrás.

D. Sever. Señoras!

Miron. Vamos, amigo.

D. Sever. Yo he de probar....

Dª Ignac. Esas pruebas
A usted no se las pedimos.
¿Qué se dijera en el pueblo
Si un linaje esclarecido
Como el nuestro, se rozase....

D. Sever. Con quién?

Marica. Para qué decirlo?
Con un hombre de una esfera
Tan abatida.

D. Sever. Desisto
De añadir mas; pero siento
Que haya venido este amigo
A padecer un bochorno.

Miron. Vámonos, don Severino.

D. Sever. Lo que es por mí, bien conozco
Que ustedes son....

Dª Ignac. Atrevido,
Váyase usted! Acá somos....

Marica. Acá somos.... (*Sale un baratillero.*)

Baratill. Todos pillos.

Dª Ignac. Qué esto?

Baratill. Ya va de muchas,

Y yo que no soy sufrido
Lo he de poner todo en claro.
Vendiendo yo un collarcito
De cuentas verdes, faltóme
Un pañuelo de olan fino,
Y vengo por él, señoras.

Dª Ignac. Ay qué vergüenza, Dios mio!
Marica. Insolente!
Baratill. La negrita
Es la que creo que ha sido
La ladrona.
Dª Ignac. Basilisa!
Marica. (Temblando estoy!)
Dª Ignac. Ahora mismo
Lo he de averiguar. *(Sale la negrita.)*
Negrita. Señora?
Dª Ignac. Qué pañuelo le has cojido
A este vendedor?
Negrita. Ninguno.
Baratill. Ah perra! Qué es lo que has dicho?
Antes de ponerte á ver
El collarcito maldito,
No estaba viendo el pañuelo
Tu señorita?
Miron. (Esto es lindo,
Don Severino.)
D. Sever. Me pesa
De que este hombre meta ruido
Y lo haga público.
Baratill. Dí,
No es verdad?
Negrita. El collarcito
Yo lo he comprado en dos reales:
Esto lo juro y lo afirmo:
De lo demas nada sé.
Baratill. Ya tres veces he venido
A esta casa, y todas tres
Me han robado.
Dª Ignac. Usted es un pícaro.
Baratill. Señora, este tren que llevo

Le digo á usted que no es mio.
Debo dar cuentas, y así
Me dan el pañuelo ó chillo.

Negrita. (Sin disfrutar el pañuelo
He de decir que yo he sido?)

Dª Ignac. Marica, qué dices de esto?

Marica. Yo... no... sé...

Dª Ignac. Negra, qué ha habido
Aquí?—Entrega ese pañuelo,
O le diré á Casimiro
Que te ponga como nueva.

Negrita. Señora....

Dª Ignac. Lo has escondido?

Negrita. No señora: yo no fuí.

Dª Ignac. Pues dí, quién fué, basilisco?

Negrita. La niña!

Marica. Ah perra! Qué dices?

Negrita. Que yo no tengo motivo
Para callarlo, supuesto
Que el pañuelo consabido
Yo no me lo he de poner.

D. Sever. Escúcheme usted, amigo. (*al Baratillero.*)

Marica. (Yo me muero del bochorno!)

Baratill. Qué quiere usted?

D. Sever. Yo suplico
A esta señora que sufra
Contar el secreto mio
En su cara; pero es justo
Por evitar el castigo
Del inocente.—Morena,
¿No te acuerdas que el domingo
Te dije que iba á mandarte
Este pañuelo en litijio
Para que se lo entregases
A la niña?

Marica (*bajo.*) Dí prontito
Que sí.

Negrita. No me acuerdo de eso.

D. Sever. Cómo no, si te lo he dicho?
O en caso que no quisiese

Ella cojerlo, permito
Que te lo pusieras tú?
Negrita. Ah! si señor!
D. Sever. Es el mismo!
Baratill. Pero, señor, usté á mí
Ni una palabra me ha dicho
De venir acá.
D. Sever. Qué es eso?
Pues yo no le dije, amigo,
Que iba á pagárselo ahora?
Tenga usted el dobloncito
Que le ofrecí. *(se lo da.)*
Baratill. (Este hombre es loco,
Pues yo, la verdad, maldito
Si me acuerdo... pero al fin
Cojo mi dinero.) Digo
Que tiene razon usted.
Usted dispense mi olvido.
D. Sever. Pues váyase usted con Dios.
Baratill. Señoras, si he dado gritos
Ustedes dispensarán.
Me arrepiento de lo dicho. *(vase.)*
Dª Ignac. Miren el hombre!...
Marica. (Qué rasgo
Tan bello!)
D. Sever. Yo me retiro,
Señoras.
Dª Ignac. Usted no vuelva
A dar por ningun motivo
Esas cosas á mis negras.
Porque lo que es admitirlo
A usted, es cosa escusada.
Es cierto, Marica?
Marica. Digo
Que tú no tienes razon,
Y que este señor es fino
Y es decente.
Dª Ignac. Tú estás loca?
Pues no dijiste ahora mismo
Que era un indecente?

Marica. Ya
Me arrepiento de lo dicho.
Mira que debo á este hombre (*en voz baja.*)
Mi honor.
Dª Ignac. (Ay cielo! Que he oido?
Pues remediemos la cosa.)
Caballero, yo he tenido
Estas chanzas con usted
Tocante á haber de admitirlo
En mi casa; mas ya duran
Demasiado y asi digo
Que admita usted mi amistad.
D. Sever. No señora: no la admito.
Dª Igna. Cómo?
D. Sever. Yo soy indecente.
Dª Ignac. Son chanzas que hemos tenido
D, Sever. No señora: ya no vuelvo.
Lo que pasó lo he finjido
Para salvar el honor
De esta niña: usted, amigo,
Que es Miron, mire entre si
Sí será decente estilo
A un no merecido agravio
Devolver un beneficio,
Miron. Mas miro, y es que pensando
No encontrar aqui el ridículo,
Lo hallé, señoras, y ustedes
Lucirán en un cuadrito
Llamado el *Hombre indecente*,
Que á entrambas se lo dedico.

VIII.

ES HOMBRE DE BIEN.

PERSONAS.

DON AGUSTIN.—DON MARCOS.—UN GUAJIRO.—UNA MULATA.—
UN NEGRO.—EL MIRON

Casa de don Agustin.

(Salen don Márcos y el Miron con un libro.)

D. Marc. Y el amo?
Miron. La boca abierta
De ese portero dormido
Entre el quitrin y la puerta,
Me dijo con un gruñido
Que esta vistiéndose ahí
En ese cuarto escritorio.
D. Marc. De modo que siendo así
Y no siendo perentorio
El ver á don Agustin,
Puedo volver-Yo me voy.
Miron. A no ser un figurin
Pronto saldrá.
D. Marc. Yo no soy
Tan exijente: ademas
Esta es mi primer visita.
Mañana vendré quizas.
Miron. Antes de irse, usté permita

Que le haga una pregunta
Sobre nuestro visitado:
Pregunta en que pongo adjunta
Una parte de cuidado
Y otra de curiosidad.
Ayer me mandó una esquela
En que con urbanidad
Me pide cierta novela,
Que dice que yó anuncié,
Ofreciéndola comprar:
Admirado me quedé
Del pedido singular,
Pues el libro que vendia
No es ningun libro comun,
Si no la geografia
Compuesta por *Maltebrun*.
No le quise contestar
Sino traer en persona
El libro, al considerar
Que el yerro que al fin lo abona
Por hombre poco instruido,
Puede enmendarse tal vez,
Si él habiendolo leido
Lo compra. La sencillez
Con que le pregunto yo
Esto, nace de ignorar
Si él es literato ó no.

D. Marc. Tambien lo ignoro á la par.
Yo no le trato tampoco:
Usted mi índole conoce
Que yo con lo bueno y poco
Tengo solamente roce.
Con poca gente me ven
Conversar; pero eso si
Siempre con hombre de bien.

Miron. Pero eso á que viene aqui?

D. Marc. Viene á que tengo pensado
Que el don Agustin es hombre
De bien

Miron. Amigo, cuidado

Con no prodigar tal nombre!

D. Marc. No tal: yo no le prodigo;
Pero esto me pienso de él.

Miron. Porque?

D. Marc. Por esto que digo:
Porque en un pleito cruel
Entre su padre y el mio,
Y que mi padre ganó
Despues de pagar un rio
De costas, él me pagó
Una gruesa cantidad,
Y si hubiera sido pillo,
Pudo con facilidad
No sacarla del bolsillo.
Que le parece á usted esto?

Miron. Es un buen rasgo.

D. Marc. Admirable!
Desde entonces, ya compuesto
Nuestro pleito interminable,
He pensado visitar
Al don Agustin, á quien
Yo no dudo apellidar
Si se ofrece hombre de bien.

Miron. Usted dice que no quiere
Tratar sino poco y bueno?

D. Marc. Si señor.

Miron. Y al que no fuere
Tal?

D. Marc. Le huiré como un veneno.

Miron. Y usted dice que no ha visto
Ni ha hablado á don Agustin?

D. Marc. No señor.

Miron. Pues luego insisto
Diciendo al cabo y al fin
Lo que al principio he soltado
Respecto á llamar á un hombre
Sin tratarle antes, honrado.
Cuidado con ese nombre!

D. Marc. Ah! Pues entonces me ocurre
Por no darme una clavada

Una idea. A mi me aburre
Apellidar jente honrada
A aquella que no lo es,
Y para que averiguemos
Si este lo ha sido, y despues
Ya por esperiencia hablemos,
Usted que es hombre Miron
Y todo lo observa, puede
Hacerle un gran visiton
Y saber como procede:
Yo dejaré mi visita
Para cuando usted me informe
Y despues...

Miron. Usted permita
Que á ese plan no me conforme,
Si no me promete usté
Con toda sinceridad
Que el informe que yo dé
Ha de creer que es verdad:

D. Marc. Por supuesto. Mas la gracia
Es que usted lo sepa pronto.

Miron. De aquí á un mes.

D. Marc. Eso no sacia.
¿Usted me tiene por tonto?
Yo sé que usted hace aprisa
Sus observaciones...

Miron. Pero....

D. Marc. La gracia de una pesquisa
Es ser rápido y certero.
De aquí á diez minutos vuelvo.

Miron. Poco plazo.

D. Marc. Suficiente
Para un Miron.

Miron. Pues resuelvo
Para que usted no me afrente
Hacer esa indagacion.

D. Marc. No le deberé yo poco.
Adios, y vuelvo. *(vase)*

Miron. Ay, Miron!
¿Pues no es un empeño loco

Saber en tan corto plazo
Si un hombre es hombre de bien?
Tú puedes sin embarazo,
(Pues eso todos lo ven)
Conocer los exteriores
Del ridículo civil,
Sin que otras luces implores
Que un buen crítico candil.
¡Pero entrarte de rondon
En las interioridades
De un hombre, irle al corazon!....
Son muchas dificultades.
Sin embargo prometí
Y es preciso averiguar,
O de no lograrlo así
A nadie podré mirar,
¿Y cuál será el primer paso
Que he de dar? Yo no lo sé.
Fiémonos del acaso. (*sale un guajiro.*)

Guajiro. Señor, á los pies de usté.

Miron. (Este parece montero.
De dama me trata.) Amigo,
Qué busca usted?

Guajiro. Caballero,
Soy venido, como digo....

Miron. Usted no me ha dicho nada.

Guajiro. Porque en resumidas cuentas,
La mulatica tratada....
(Sí.... porque en compras y ventas
Siempre hay su mas y su menos)
Yo no la puedo vender....
Allá hubo rayos y truenos
Anoche con la mujer....
Y nada; no entiende de eso....

Miron. Yo tampoco entiendo, amigo,
Que dice usted....

Guajiro. Yo estoy preso
Con mis deudas, como digo....
Y es preciso: ya se ve
Porque cuando el hombre es pobre

Hace.... no me dice usted?

Miron. Qué?

Guajiro. De aquello que le sobre
Lo que quiere. La mulata
Señor, es una perlita,
Un grano de oro, una plata;
Una criada exquisita.
Yo se la vendiera á usté,
Pero hay mil dificultades....
Su madre no quiere.

Miron. Eh!

Guajiro. Y sus incomodidades
Las pago yo.

Miron. Yo, paisano,
Quisiera saber el fin
De su charla, pero en vano....

Guajiro. Mire usté, don Agustin!

Miron. Si yo no lo soy....

Guajiro. Ah! No?
Como yo no he conocido
A don Agustin, y yo
Por cartas se la he vendido....

Miron. Que ha vendido usté?

Guajiro. Señor,
La mulatica. Yo, fiel,
Busquéme un buen portador
Y se la he mandado á él.

Miron. Quién es él?

Guajiro. Don Agustin.

Miron. Y su madre no la vende?

Guajiro. No la vende: es hembra al fin,
Y de estas cosas no entiende.
Yo quisiera que el señor
Don Agustin la comprase.
Porque esta es casa de honor....

Miron. (Qué escucho!)

Guajiro. Y de noble clase.
Y aunque fuera solamente
Porque la madre la trata
Muy barbarísimamente

Vendiera yo la mulata.

Miron. Es decir, que el caballero
Si la compra la liberta
De ese tratamiento fiero?

Guajiro. Si señor: cosa muy cierta.

Miron. Y por eso está empeñado
En comprarla?

Guajiro. Si señor.

Miron. (El rasgo es de un hombre honrado.)

Guajiro. Y yo he sido el vendedor,
Porque ya se vé: no tengo
Tras que caer: sabe Dios
Del modo que me mantengo,
Y luego con esta tos...

Miron. Mas yo no puedo atinar
Entre usted y esa muger,
Por qué ella quiere estorbar
Lo que usted quiere vender.

Guajiro. Señor, diré por menudo
Todito lo que me pasa.
Yo soy.... *(sale un negro.)*

Negro. Hombre! Ño Cernudo,
¡Usté aquí por esta casa!

Guajiro. Sí, Matias. Qué hay de bueno?

Negro. Toditos sin novedad,
¿Usté estará muy ajeno
Del lance de Trinidad?

Guajiro. De mi hija?

Negro. Se la ha hallado
En haber venido acá.

Guajiro. Hombre, yo estaba asustado.
Y qué tal? Cómo le va?

Negro. Gordísima y muy contenta.
Está en grande: ya se vé,
Cayó en gracia....

Guajiro. Qué me cuentas?
Hombre de Dios! y porqué?

Negro. Por qué? yo no sé el motivo:
El amo la quiere mucho.

Guajiro. Si me engañas, te apercibo

Que vas á probar mi chucho.

Negro. Pégueme usted, si le engaño.
Si usté viera qué distinta
Se ha puesto en solo medio año!
¡Cuánto lazo y cuánta cinta!
Qué presuncion! Qué vestirse
Con lo mejor y mas caro!
Y tratar de divertirse
Sin un maldito reparo!
¡Ella perder ya maroma
Ni dejar de ir á retreta!

Guajiro. Pero ella de dónde toma,
Matias, tanta peseta
Como es menester para eso?

Negro. Se la da don Agustin
El amo: él sostiene en peso
Su lujo, un lujo sin fin.

Guajiro. El señor ha de creer
Tanta jenerosidad!

Miron Qué es lo que llego á saber?

Guajiro. Con darla hospitalidad
Pudo haberse contentado,
Pero en dando en jeneroso....

Miron. (Esto es mas que ser honrado!

Guajiro. Un hombre que es poderoso
No tiene cuando acabar.

Negro. Usté quiere que la llame?

Guajiro. Sí: yo la quisiera hablar
Para decirla que ame
Y que respete y que estime
A quien le da tanta plata. *(vase el negro.)*

Miron. (El rasgo es casi sublime.)
Pues volviendo á la mulata
Sígame usted refiriendo
Lo que nos interrumpió
Ese criado.

Guajiro Volviendo
Al cuento donde quedó,
Yo soy padre.... *(Vuelve á salir el Negro.)*

Negro. Ño Cernudo,

Yo le quisiera pedir,
Que en fin el hombre desnudo
Con algo se ha de vestir,
Un favor.

Guajiro. Favor á mí!
Hombre! Yo estoy en el caso
De pedirlo.

Negro. Escuche.

Guajiro. Dí.

Negro. Usté sepa que me caso.
Sí señor: yo me he propuesto
No pasar ya de este mes,
Pero es menester para esto
Tener algo....

Guajiro. Claro es.

Negro. Yo pude haber desistido
De casarme, porque al fin
Casi que me ha despedido
El señor don Agustin,
Por haberle yo contado
Quién es la novia y su clase,
Y que por estar pelado
No es posible que hoy me case.
A un *bocabajo* fatal
Estuve ya condenado,

Guajiro. Es posible?

Miron (Hombre moral!
Ni á un negro se la ha aguantado!)

Negro. Y yo en vista de lo expuesto
Le quisiera á usté pedir,
Porque al fin si me hace esto
Tal vez le podré servir,
Que me dé algun dinerillo
Que yo se lo pagaré....

Guajiro. Hombre, yo tengo un bolsillo
En que á la verdad podré
Encerrar una talega....

Negro. Vamos: me ha hecho el desaire....

Guajiro. Pero tiéntalo, y si llega
A haber en él mas que aire,

Cójete cuanto halles dentro.

Negro. Conque estaré sin casar!
Señor, pues yo ya no encuentro
Otro arbitrio que emplear.

Guajiro. Lo siento. Cómo ha de ser?
Pero chico, ven acá:
Y quién va á ser tu mujer?

Negro. Usté pronto lo verá. *(Vase.)*

Guajiro. Pues señor, antes que venga
Otro que nos interrumpa,
Le diré....

Miron. Usted se detenga,
Que es fuerza que yo prorrumpa
En frases de admiracion,
Penetrado ya por fin
Del hermoso corazon
Del señor don Agustin!
Qué hombre tan liberal!
Tan franco y hospitalario!
Qué arreglado y qué moral!

Guajiro. No digo yo lo contrario,
Caballero, mas no sé
Por qué usté tanto se admira.

Miron. Y usté pregunta por qué?
Casi me llena de ira
Esa duda. ¿Cómo así,
Pues usté no está escuchando
Todo lo que ha hecho?

Guajiro. Sí.

Miron. Y esto es poco?

Guajiro. Estoy notando
Que usté lo llama arreglado.
Y se equivoca el señor.

Miron. En qué?

Guajiro. Juega demasiado.
Le digo que es jugador
Que da miedo....

Miron. (Qué oigo cielos!)

Guajiro. Tiene un sitio en Alacranes
Herencia de sus abuelos

Que con bastantes afanes
La consiguieron poner
En buen pié, y en una noche
Sin poderse contener
Hizo con ella un derroche!
La jugó!

Miron. (¿Será razon
Negarle el nombre de honrado
Teniendo buen corazon?
Qué exámen tan intrincado!)

Guajiro. Y volviendo á la mulata
Le diré.... mas siento ruido.
Oh! pues si usté no remata
Vuelve á ser interrumpido.
(Sale una mulata muy compuesta.)

Mulata. Taita! *(Se abraza con el guajiro.)*

Guajiro. Hijita! usted perdone,
Mi venerado señor,
Pero es bien que me abandone
Por un momento al amor
De padre....

Miron. Qué es lo que he oido?
Usté es padre de esta niña?

Guajiro. Si tal: y por esta ha sido
Por quien tuvimos la riña
Con la mujer que decia....

Miron. (La ama y la quiso vender!
Horrorosa anomalía!)

Guajiro. Estás hecha uua mujer,
Trinidad!

Miron. (Pues no pensaba
Que era blanca Trinidad?)

Mulata. Y mamá como quedaba?

Guajiro. Con aquella enfermedad
Con que la dejaste. Pero
Tu estás contenta?

Mulata. Yo sí,
En la gloria.

Guajiro. Y con dinero?

Mulata. Con todo el que quiero aquí.

Miron. (Yo estoy tan maravillado
Con esto que llego á ver,
Que no quedo sosegado
Si no alcanzo á comprender.
Lo que pasa.) Amigo mio,
Conque esta es, al parecer
La que tuvo el desvarío
Usted de querer vender?
Mulata. Cómo vender? Ay taitica!
Pues qué no soy libre?
Guajiro. No.
Decirlo me mortifica,
Pero ya se declaró
Sin quererlo yo decir.
Como tu madre es mi esclava,
Y yo no puedo vivir
Con tantas deudas, pensaba
Venderte á don Agustin....
Mulata. Ay! qué entrañas tiene usté
Taitica.
Guajiro. Ya no es mi fin
Hacer lo que antes traté
Porque si tú, como cuentas,
Tienes dinero y consigues
Con el amo cuanto intentas,
Yo me pienso, si aquí sigues,
Que no solamente puedes
Libertarte á tí y tu madre,
Sino hacerme á mi mercedes
Respecto á que soy tu padre.
Miron. (¡Horrenda historia!)
Guajiro. Mas dime:
Cómo has hallado manera,
Que don Agustin te estime
Te vista bien y te quiera?
Mulata. No lo sabe usté?
Guajiro. No tal.
Mulata. Qué modo de hacer papel
Quiere usté, sino el usual?
Miron. (Cuál será?)

Guajiro. Vives con él?
Mulata. Si señor.
Miron. (Horrorizado
Estoy de franqueza igual!
Y le creia yo honrado,
Y benéfico y moral!)
Mulata. El mismo me lo propuso.
Guajiro. Yo siento que lo hayas hecho,
Pero en fin si este es el uso
Dicen que á lo hecho pecho.
Yo bien sé que tu mamá
Cuando lo sepa se ofende,
Pero es mujer, claro está,
Y de estas cosas no entiende.
¿Con que te pasas los dias
Muy alegre?
Mulata. Solamente
Me incomoda quę Matias
Que en esta casa es sirviente,
Se haya tomado el trabajo
De requebrarme.
Guajiro. Qué perro!
Mulata. Y cón un buen bocabajo
Por poquito paga el yerro.
Parece que ignora él
Que soy su señora.
Guajiro. Hay tal?
Miron. (¡Pobre amante! Y yo cruel
Pensé que era el inmoral!)
Guajiro. Dime: y no podremos ver
Al amo?
Mulata. Con qué intencion?
Guajiro. Ya para darle á entender
Que agradezco con razon
Tu fortuna.
Mulata. Ahora se está
Vistiendo en ese aposento.
Venga usté al mio: entre acá
Y descansará un momento.
Quiero que le lleve á mama

Algunas cositas.

Guajiro. Bien.

Mulata. Verá usté que rica cama
Hay en mi cuarto tambien! *(vansc.)*

Miron. Ya qué mas tengo que ver?
¿Puede haber, bien reparado,
Hombre que mas pueda ser
Un pillo desorejado?
Qué engaño tan triste el mio!
¿Quién duda que este señor,
Dando casa y señorio
A una esclava y de color,
Lo hace con la idea impía
De que al punto que se halle
Fastidiado de ella, un dia
La pueda echar á la calle?
Y este hombre hace tal desden
De la pública opinion?
Y quién en el pueblo, quién
Tendrá tal resolucion
Que le dijera en su cara
Que es mal hombre? Al cabo tiene,
Y donde quiera se para
Sin que nadie lo condene.
No sé como aquí no son
Todos pícaros tambien,
Si aquí se luce un bribon
Al par que un hombre de bien.

(Sale don Agustin.)

D. Agust. Caballero, me han contado
Que usted me esperaba.

Miron Sí:
(Mas que hablar á este malvado
Quisiera pegarle aquí.)
Porque á causa de la esquela
Que ayer usted me escribió,
Pidiéndome una novela
Que dice que anuncio yo,
Vengo á que usted reconozca
Que se puede equivocar....

Y para que lo conozca....
D. Agust. Qué modo es ese de hablar?
Miron. El mio.
D. Agust. Usted no vendia
Algo de Pigault-Lebrun?
Qué es esto?
Miron La jeografia
Escrita por Malte-Brun.
Esa fué la que anuncié.
D. Agust. Pues, señor, ahora confieso
Que sí, que me equivoqué.
Miron. Esta es una obra de peso,
D. Agust. Con efecto, son pesadas
Esas obras para mí.
Miron. Lo creo.
D. Agust. Muy dilatada.
Esa que yo le pedí
Pensé que era alguna nueva
Hecha por Pigault-Lebrun,
Que ya nos ha dado prueba
De que no es jenio comun.
Para mí en toda la Francia
No ha habido igual novelista.
Miron. (Esto mas!)
D. Agust. Con que en sustancia
No la compro; usté no insista.
Miron. No señor: eso redunda
En mi favor: no es comun
Que se enrede y se confunda
A Pigault con Maltebrun,
Por la razon no pequeña
Que la semejanza rompe
De que Maltebrun enseña
Al par que Pigault corrompe;
Pero si usted no lo quiere....
D. Agust. No señor: adios, amigo. *(vase.)*
Miron. Quien amigo te dijere
No podrá serlo conmigo.
No extraño ya, como hay sol,
Que quien á todos prefiera

Los escritos de Pigault
Se porte de esta manera.
Pero salgamos de aquí. (*sale don Marcos.*)

D. Marc. Qué ha habido de nuestro trato?
Pero ya reconocí
Que no es ningun literato
El don Agustin, supuesto
Que usté el libro no vendió.

Miron. No señor: no entiendes de esto.

D. Marc. Y es hombre de bien ó no?

Miron Vive con una mulata
A quien sedujo.

D. Marc. Es posible?

Miron. Y su caudal desbarata
Jugando hasta lo increible.

D. Marc. Pero él me ha pagado.

Miron. Y quién
Entra en la opinion aciaga
De llamar hombre de bien
Solo al que sus deudas paga?

IX.

NO ES MAL MUCHACHO.

PERSONAS.

DON ESTEBAN.—DON RAMON.—DON AGUEDO.—MIRON.

Casa de don Aguedo.

(Salen don Estéban y el Miron.)

D. Estéb. **He preguntado al porterr,**
Y me dijo que don Aguedo
Salió, pero vuelve pronto.
Por fuerza he de hacer un rato
De antesala en el zaguan,
Y me tengo por honrado,
Señor Miron, con que usté
Tambien me esté acompañando.
Pero lo que extraño es verle
En casa de un hacendado,
Y de un hacendado, amigo,
Que segun me le pintaron
Es hombre de pocas letras,
Escepto letras de cambio.

Miron. **Esa extrañeza de usted,**
Habiéndome usted hablado
Del deseo que tenia



De entrar á ser secretario
De don Aguedo, parece,
Perdone usted el pleonasmo,
Que es una extraña extrañeza.

D. Estéb. Por qué?

Miron. Porque yo empeñado
En que usted logre la plaza
He venido á dar el paso.

D. Estéb. Ay amigo! Deme usted
Un par siquiera de abrazos
Por su buen amor.

Miron. Y el tio
Don Ramon?

D. Estéb. Oh bueno y sano
Como siempre. Ayer le hablé
De este empeño que ahora traigo
Y me pesó.

Miron. Por qué causa?

D. Estéb. Porque habiéndole informado
De todo, me contestó
Despues de estarse callado
Muy cerca de un cuarto de hora,
Que vendrá á hablar á don Aguedo
En mi favor; mas que sabe
Que aun hay otro interesado
Que de la misma manera
Aspira á ser secretario.

Miron. Y ese qué mérito tiene?
Quién es?

D. Estéb. No lo ha averiguado
Todavía: mas le han dicho
Que es hombre serio y sensato.
Dilijente, diestro en cuentas,
Y en extremo reservado.

Miron. Buenas prendas!

D. Estéb. Yo quisiera,
Si debo á usted hablar franco,
Que no poseyese tantas,
Pues en ellas voy mirando
Cierta probabilidad

De que he de quedar chasqueado.
Miron, No hay que desconfiar. Usted
Las tiene al igual y es claro.....
D. Estéb. Que si en ellas solas fio,
Me pueden dar carpetazo.
¿No me lo dieron mil veces
Cuando estuve yo empleado
De meritorio en la Aduana?
Vea usted: perder tres años
Y salir de allí tan pobre
Como entré! Yo me he pensado
Que estas carreras reales
Son las que dan á un muchacho
Menos reales: á lo menos
Las de oficial para abajo
Son plazas de poco lucro.
Miron. Quién lo duda? Y aun añado
Que deben servir al rey
Solo jóvenes ricachos,
Por evitar la vergüenza
De estar mano sobre mano;
Pero querer progresar
Un pobre en la Aduana!
D. Estéb. Amargo
A lo menos para mí
Ha sido ese desengaño.
Bien que, amigo, en esta tierra
De Cuba, en aqueste vasto
Almacen, donde es la vida
Solo tratos y contratos,
Se hallan tan pocas carreras
Habiendo jóvenes tantos,
Que no se debe extrañar,
Mirándolo muy despacio,
Que una gran parte se den
A ser tunantes y vagos.
Las artes aquí son viles:
Los colejios, esos claustros
Donde debiera aprenderse
La sacra ley del trabajo,

No pueden estar seguros
De ese apestoso contajio
Que la esclavitud derrama
Por todo el suelo cubano.

Miron. Pues señor; para olvidar
La amargura de ese cuadro,
Dígame usted una cosa:
El tio sigue ocupado
Siempre en la correduría?

D. Estéb. Si señor: pero este año
Son tan pocos los negocios,
Y esos pocos son tan malos,
Que él no debe estar contento.

Miron. Oh! Pero el año pasado
Se puso las botas.

D. Estéb. Sí:
Mas siempre se está quejando
Y dice que si pudiese
Hallar tal vez otro cargo
Que unir al de corredor,
Fuera mejor.

Miron. Eso es claro:
Pero volviendo á otra cosa
Usted no habrá abandonado
Sus jeográficos estudios?

D. Estéb. Ya he concluido aquel plano
De la isla de Cuba: aquí
Lo traigo si no mé engaño.
Si: mire usted. *(saca un planito.)*

Miron. Tan pequeño!

D. Estéb. Este no es mas que un ensayo,
Una miniatura de otro
Que he de hacer mas dilatado;
Pero aunque pequeño ese,
Es completo.

Miron. Buen trabajo!

D. Estéb. Cinco años lo he estado haciendo.

Miron. Y todo compuesto á mano!

D. Estéb. Todo.

Miron. Curiosa tarea;

Pues es preciso guardarlo
Para que otro no le usurpe
La invencion, y dar los pasos
Precisos para imprimirlo.

D. Estéb. Estoy tan desalentado
Con mi pobreza, que pienso,
Si no salgo secretario,
Romperlo y ....

Miron. Démelo usted.
(Coje el plano y lo guarda.)
Yo seré depositario
De esta joya: usted, amigo,
No esté tan desconfiado,
Que puede ser....

D. Estéb. Poco espero,
Porque estoy hecho á los chascos.
(Sale don Ramon.)

D. Ram. (Malo! Temprano ha venido
Estéban!)

D. Estéb. Vió usted á don Aguedo?

D. Ram. Ahora viene para acá.
Comprando estaba tasajo
Para su finca.

D. Estéb. Usted viene
De hablarle de aquel encargo?

D. Ram. Sí; pero no es conveniente
Cuando he de elojiarte tanto
Que estés presente. Ve á casa
Y espérame allá en tu cuarto.

D. Estéb. En usted solo confio.

D. Ram. Camina, y pierde cuidado.

D. Estéb. Señor Miron, usted quede
Con Dios.

Miron. Adios!

D. Estéb. Ese plano....

Miron. Yo lo quiero ver en casa
Y examinarlo despacio.
No tema usted que se pierda.

D. Estéb. Yo no lo dije por tanto,
Sino antes para decirle

Que es de usted, se lo regalo.

Miron. No lo admito.

D. Estéb. Es un desaire.

Miron. Yo quedara desairado
A no hacerlo así. Despues
Platicaremos del plano
Mas despacio.

D. Estéb. Pero usted,
Si acaso yo no le enfado,
Dígame cuál es la causa
De no querer aceptarlo.

Miron. Despues la diré. *(vase don Estéban.)*

D. Ram. (¡Este hombre
Me parece literato.
Tiene cierta seriedad....)

Miron. He sabido con agrado,
Señor don Ramon, que usted
Es tio de ese muchacho'
Con quien acabo de hablar.

D. Ram. Servidor de usted.

Miron. Yo trato
Por cierto amor que le tengo
De hablar por él á don Aguedo.

D. Ram. (Malo!)

Miron. Y sabiendo que usted
Quiere hacerle secretario
Para así proporcionarle
Un buen sueldo, hallo acertado
Que unamos nuestros esfuerzos
Para allanar los reparos
Del hacendado, si tiene
Algunos.

D. Ram. Y no infundados.
Como mi sobrino ha sido
Tan poco social, yo hallo
Que no se hará á las maneras
Ni á la mesa de don Aguedo.

Miron. Ese retiro en un joven,
Cuando es por estudiar algo,
Es disculpable. Ademas

Con la frecuencia del trato
El adquirirá despejo.

D. Ram. Mucho; pero yo he notado
Que él es falto de carácter,
Y usted ve que un secretario....

Miron. Un secretario yo creo
Que ha de tenerlo templado,
Sino pierde su destino.

D. Ram. Dice usted bien: lo mas malo
Es que él es algo haragan.

Miron. No lo tengo por extraño,
Si nunca tuvo carrera
Estable; pero en logrando
La presente, él mudará.

D. Ram. Hay que advertir....

Miron. Yo reparo
Que ni don Aguedo mismo
Podrá ponernos acaso
Tantos peros como usted.

D. Ram. [Señor, ¿quién es este diablo
Que va á enredarme mis planes?)
Está usted equivocado;
Yo me interesu por él,
Pero esto es que me adelanto
A las objeciones suyas....

Miron. De quién?

D. Ram. A las de don Aguedo.

(*Sale don Aguedo.*)

D. Agued. Qué objeciones hago yo
Y sobre qué....¿Como estamos?

Miron. Muy bien.

D. Ram. (De aqui me asiré
Para irme insinuando.)
Hablábamos el señor
Y yo de que usted, pensando
Crear por sus muchos quehaceres
La plaza de secretario
Que llevará muy buen sueldo
Porque usted es un ricacho,
No la entregariá usted

A cualquiera pelagatos,
Y que pondria objeciones
Muy justas.

D. Agued. Por de contado.

Miron Pero si las cualidades
Del que ha de ser candidato
Fuesen instruccion y juicio,
Reserva y desembarazo,
Pienso que usted no pondría
Ninguna objecion?

D. Agued. Es claro.

D. Ram. Yo vengo á hablar en favor....
De un hombre....

Miron. Fuera preámbulos:
De su sobrino.

D. Ram. (¡Este hombre
Hará que me quede chato!)

D. Agued. De su sobrino? Pues creo
Que nadie podrá informarnos
Mejor que su mismo tio.

Miron. Usted puede ir preguntando.

D. Agued. El jóven que ustedes dicen
Es como yo quiero, honrado
Y de conducta severa?
Qué tal es?

D. *Ram.* No es mal muchacho.
Pero usted ve que esas prendas
Se encuentran á cada paso:
Y no constituyen solas
Las prendas de un secretario.

D. Agued. No es mal principio si tiene
Lo primero que he indicado.—
Y en cuanto á instruccion?

Miron. En eso
Soy testigo que á sus años,
Pocos pueden reunir
Conocimientos tan vastos.

D. *Ram.* (Este hombre me va á perder!)
Pero son innecesarios
Muchos de los que él posée.

D. *Agued.* Sabe de cuentas?
Miron. Y tanto
Que puede llevar los libros
Al modo claro y exacto
De comercio.
D. *Agued.* Usted, qué dice
A eso?
D. Ram. Que no es mal muchacho.
Tendrá método y será
Buen aritmético, vamos;
Pero aun le faltan con todo
Ciertos requisitos raros.
D. Agued. Los de dilijente y ájil
Los tiene?
D. Ram. El no es mal muchacho.
Pero....
Miron. En esto no se puede
Ponerle justos reparos;
Porque es menester que empiece
A dedicarse al trabajo,
Para conocer si es ájil
Y dilijente.
D. *Ram.* (Yo rabio!)
Miron. Mas quien es juicioso y sabe,
Ha de serlo de contado,
Pues que ni él ni nadie ignora
Que no puede con descanso
Trabajar, aquel que no
Abrevia siempre el trabajo.
D. *Agued.* Pues, señor, estoy contento
De encontrarme, sin buscarlo
Tan buen sujeto. Usted puede
Decirle...
D. *Ram.* El no es mal muchacho;
Pero su poca experiencia
En los negocios de campo,..
Miron. La irá adquiriendo.
D. *Agued.* Seguro:
Y sobre todo á mi lado
Saldrá un águila. Pues nada

Hay mas que añadir al caso:
Mi secretario será.
D. *Ram.* Hay que añadir un reparo.
D. *Agued.* Cual?
D. *Ram.* Estéban mi sobrino
Ya se ve, no es mal muchacho;
Pero yo creo que usted
Debe estar mas confiado
De un hombre que á muchas prendas
Una tambien muchos años.
D. Agued. Pero si en este me encuentro
Todo lo que se ha indicado,
A qué ponerme á buscar
Otro? ¿Y si no puedo hallarlo?
El no es instruido?
D. Ram. Si.
D. Agued. Honrado?
D. Ram. No es mal muchacho.
D. Agued. Pues qué mas?
Miron. Otra cosita
Que para postres la guardo.
Es un geógrafo.
D. Agued. Cómo?
Miron. El ha compuesto este plano
De la isla de Cuba. (*enseñándolo.*)
D. *Agued.* El!
Usted me deja azorado.
Con qué recursos lo ha hecho?
Miron. Con los que dan al conato
Y á la aplicacion la gana
De servir al mundo de algo.
D. *Agued.* El hizo este plano! Amigo,
Es tan curioso trabajo
Que no parece creible.
Miron. Pues menos creible hallo
Que su autor, como si no
Perdiese en perder cinco años
Cosa alguna, lo regala.
D, Agued. Cómo es eso? Yo lo pago
En lo que quiera pedirme.

Miron. Le gusta á usted?
D. Agued. Y no es caro.
Pues señor don Ramon, yo
No puedo hallar secretario
Que una como su sobrino
Las prendas...
D. Ram. No es mal muchacho;
Pero yo iba á proponerle
Otro que tal vez...
D. Agued. Rechazo
A todos y solo admito
A don Estéban: volando
Vaya usted y le dirá...
D. Ram. Pero mire usted, don Aguedo...
D. Agued. Nada miro; le daré
Un sueldo que en pocos años
Le abra paso á la fortuna.
Dígale usted que le aguardo
A almorzar, que le doy mesa
Y cama y algun trabajo,
Pero bien pagado.
D. Ram. Pero
Yo me había figurado
Que él..que yo..yo ya se vé..
Estéban no es mal muchacho....
Pero yo....
Miron. Seor don Ramon,
Déme usted un fuerte abrazo
Por el empeño constante
Con que le ha patrocinado.
D. Ram. Es verdad que ...(Yo fallezco!)
Es verdad! no es mal muchacho....
Pero es que yo....
Miron. Usted guerrea
La plaza y no la ha logrado.
Porque el cielo castigó
Su egoismo declarando
Los méritos escondidos
De ese desvalido ahijado,
A quién quiso usted perder,



(Perdone usted que hable claro)
Con ese equívoco elojio....

D. Ram. Cual?

Miron. El de *no es mal muchacho.*



INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE CUARTO TOMO

EK

JW

ER

JW




FEB 26 1935

